

Ivonne Vivier

Ven... te cuento

Relatos Erótico-Románticos

D.J.57



Ven... te cuento

Ivonne Vivier

©Edición Julio, 2018

"VEN... TE CUENTO"

Derechos e-Book IVONNE VIVIER

Prohibida su copia sin autorización.

@2018, 07

Safe Crated: 1806227475886

La licencia de este libro pertenece exclusivamente al comprador original. Duplicarlo o reproducirlo por cualquier medio es ilegal y constituye una violación a la ley de Derechos de Autor Internacional. Este e-Book no puede ser prestado legalmente ni regalado a otros. Ninguna parte de este e-Book puede ser compartida o reproducida sin el permiso expreso de su autor o la editorial.



Agradecimientos.

Como siempre, a la familia que aguanta ausencias y silencios.

A mis lectoras cero por sus comentarios y críticas.

A Maru, Laura y Flavia por ser tan detallistas.

A todas las personas que se verán reflejadas, un poquito, en estas pequeñas historias inventadas a partir de otras reales.

Y a ustedes, por elegirme una vez más.

¡Bienvenidos!

Dedicatoria.



A todas aquellas personas que me sirvieron de inspiración mientras me contaban un retacito de sus vidas. Sin ustedes mis musas no podrían haber actuado.



Sinopsis

Esta es una recopilación de 11 historias cortas, algunas cargadas de romanticismo y otras solo de sensualidad, aunque todas sazonada con una pizca de picante. El condimento necesario para dejar en la mente del lector el saborcito de la fantasía.

Índice

SEÑORA DE LAS CUATRO DÉCADAS.

EL PROBADOR.

SIETE MESES.

EL DESCONOCIDO DE TODOS LOS DÍAS

SOLO FUE UNA ACTUACIÓN.

AMÁNDOTE EN SILENCIO.

UNA NOCHE CUALQUIERA.

ESA PRIMERA VEZ...

LA NOVELA ERÓTICA DE LUCÍA.

UNA NAVIDAD DIFERENTE.

COMPAÑEROS DE TRABAJO.

NOTA DE LA AUTORA:

BIOGRAFÍA DE LA AUTORA:



Señora de las cuatro décadas.

Mi nombre es Moni, tengo cuarenta años (y algunos más). Creo que los llevo emocionalmente bien y físicamente no estoy nada mal. Mantengo mi cuerpo tonificado, lo que no significa que no tenga mi piel flácida, mis rollitos, mis arrugas... Vuelvo a decir, tengo cuarenta (y algunos) años.

Parece que todo cambia a esta edad... o tal vez nada cambia, solo la forma de pensar y por eso una quiere que todo se modifique.

La verdad es que nunca me tomé seriamente eso de la crisis de la edad, aunque parece que me atacó de todas formas, aún sin creer en ella. Puedo reconocer que, ahora, me siento más libre de decidir, de hacer, de pensar, de fantasear y podría hasta reconocer que estoy siendo un poco más egoísta en mi toma de decisiones.

Aclaremos que solo estoy contando hechos, no pretendiendo la aprobación de nadie. A esto me refiero con eso de sentirme más egoísta. Sé muy bien lo que quiero y, si bien me importan las consecuencias de mis actos, ahora las peso y veo para qué lado se inclina la balanza, solo entonces actúo. Y, así como sé que es lo que quiero, también tengo una leve idea de lo que no quiero y decidí que, lo que no quiero, es sentirme abrumada entre la rutina y el hastío. Y en eso, justamente, es en lo que mi matrimonio se convirtió.

Mi marido, un hombre buen mozo que me quiere y quiero, goza mucho

de su tiempo ocupándose de sus empresas y de su amante. Le encanta ocuparse en ambas cosas y las disfruta de verdad. El resto del día, esa parte que le queda libre, es para mí o para la familia y no es una crítica, es una realidad. También están mis hijos, hermosos y adorados... Adolescentes intensos e ingenuos que creen que ya exprimieron de mí lo suficiente y no me necesitan más, como si todo lo supieran en su corta vida sin siquiera haber empezado a vivir.

Ya conté quién soy y, aunque puedo decir muchísimo más sobre mí que estas pocas palabras, son las suficientes para darle contexto a lo que voy a contar y sirven también para aclarar los motivos que me llevaron a pensar en lo que voy a hacer.

Hace un par de noches tuve un sueño, uno muy erótico y excitante, en el que yo estaba en la cama con un hombre más joven, gozando como una maniática y delirando de placer. A la mañana siguiente amanecí con el humor renovado habiéndome inventado semejante fantasía y habiendo disfrutado de ese imaginario orgasmo. Me sentí diferente; con una sensación de felicidad inusual, nueva, y hasta me reía sin motivo aparente cuando estaba en soledad. Me duró varios días ese cosquilleo en el vientre y hasta hice el amor con mi marido de una manera más... más... desinhibida y atrevida, sí, eso. Tal vez, más carnal.

Entonces, esta mañana después de mi ducha diaria, me dije que quiero tener esa deliciosa sensación otra vez. Me la voy a procurar yo misma porque no puedo depender de los sueños, eso está claro. Me pregunté, ¿por qué no? ¿Qué y quién me lo impide? y mi respuesta llegó mientras estaba desnuda frente al espejo.

«Nada ni nadie te lo impide, nena. Ya tienes más de cuarenta, adelante».

Sé, por comentarios, de un lugar al que la gente (hombres y mujeres) va sola para encontrar a alguien interesante, para dejarlo más claro, seducir o dejarse seducir por un desconocido y solo por esa noche, nada más. Nada de presentaciones, algo sin compromisos ni apellidos ni teléfonos o próximas citas.

Pienso ir. Sola, obvio. Mis amigas jamás me acompañarían a un lugar así y muchísimo menos mis hermanas. Así es mejor, sin testigos... sin consejos.

Me pongo una falda corta, para dejar a la vista mis piernas que parecen ser mi fuerte con los hombres, y la combino con una blusa con un escote importante ya que mis pechos son de los comprados y están perfectos, dignos de ver. Completo el atuendo con zapatos sexis y un muy provocador conjunto de ropa interior. Me pongo poco maquillaje en los lugares necesarios, crema para suavizar mi piel y un rico perfume. ¡Listo!

Mi marido piensa que salgo a cenar con amigas, sin embargo, voy a vivir una fantasía prohibida, a pesar de que mi mente grita con todas sus fuerzas un fuerte «no lo hagas», que yo elijo ignorar a conciencia y eso me tiene mucho más que excitada y ansiosa.

Llego al pub recomendado antes de lo pensado, aunque no sé si es un pub o un bar o... No importa como se llame. Enseguida me distraigo y mis pensamientos quedan en el olvido. Veo demasiada gente, lo que me hace sentir cómoda. Nadie me mira con intriga de saber a qué o por qué vine, porque imagino que todos estamos con las mismas intenciones, al menos eso supongo yo. Mientras sigo mi lento e insinuante camino, adentrándome cada vez más al salón, sigo suponiendo que soy una más de todas las mujeres presentes deseosas de una noche lujuriosa.

El lugar está bastante oscuro. La poca iluminación y la música le dan un toque sensual que despierta algún que otro sentido, seguro que en eso pensaron los que ambientaron este antro.

Noto a más de un hombre recorrerme con la mirada mientras balanceo mi cadera con sensualidad y me gusta. Me hacen sentir segura, admirada, y reafirmo mi decisión de estar en este lugar porque, debo reconocer, que pensé en la posibilidad de no interesarle a nadie, sí, son esas cosas que una piensa y descarta en el mismo instante. No creo ser la única a la que se le cruzan por la

cabeza este tipo de ideas cargadas de inseguridad.

Me siento en una de las butacas libres frente a la barra para pedir una copa de vino y el muchacho que la sirve me sonrío al dármela. Aunque me agrada la actitud sé que lo hace por la propina, que no le niego.

—Jorge, me das una cerveza, por favor.

Una hermosa voz masculina me hace girar la cabeza para ver al dueño y no me lamento de hacerlo. Tendrá unos treinta y pico... Es muy bonito de cara y con un corte de cabello bastante moderno. Viste ropa de buena calidad, pero nada pretencioso: jeans, camisa y botas. Un perfecto y musculoso cuerpo se adivina debajo de cada prenda y veo una sonrisa seductora, posiblemente ensayada frente al espejo unas doscientas veces al día, pero qué más da, el resultado es maravilloso.

—Y otra copa para la dama. Si la acepta, claro está —dice. Sonríe sin dejar de mirarme y me guiña el ojo. Me encanta su arrogancia. Se sabe lindo y no lo disimula.

—Con mucho gusto, gracias —respondo, simulando no darle demasiada importancia. Se acerca más a mi cara y sin quitar su mirada de mis ojos, me arrima su mano presentándose como Lucas.

—Moni —digo a secas, y le doy la mano. Su tacto es suave y su apriete firme, bien masculino.

Tomamos nuestras bebidas y charlamos de todo y nada, cosas absolutamente irrelevantes.

Mientras más lo miro, más lindo me parece. Si para mi propósito de una noche de placer puedo elegir, elegiré lo mejor posible y, definitivamente, él es lo mejor: Sexi, seguro, guapo, musculoso, joven, divertido y, lo más importante, mujeriego, eso significaba experiencia y descarado. Justo lo que yo no tengo.

—No te vi nunca por aquí —dice después de un rato de silencio, de esos

que se hacen cuando la conversación pide sinceridad. Estábamos deseando llegar al punto importante, aunque ninguno rompía el hielo.

—Entonces parece que vienes seguido —le digo con una sonrisa que intentó ser atrevida—. Esta es mi primera vez.

—Interesante. Casada —susurra, acariciando mi anillo de bodas.

—¿Acaso importa? —Sonríe pícaramente y sigue con su caricia, ya sobre mi mano.

Sin dejar de tocarme se termina de un solo trago su segunda cerveza y me saca de ahí.

Caminamos media cuadra, nos metemos en un edificio de departamentos y subimos hasta el sexto piso. Todo eso en un silencio cómplice que me pone demasiado ansiosa. Abre la puerta que tiene la letra “B” y mi corazón se acelera desbocado. También mis dudas comienzan a hacer acto de presencia, aunque ya es tarde para eso, así que las borro con un suspiro y una exploración del ejemplar masculino que me acompaña. Solo como recordatorio de lo que me perdería si escapo acobardada.

Al entrar, lo que veo es un departamento moderno y pequeño, aunque con todo lo necesario para vivir cómodamente. No pregunto si es su casa o la de un amigo o solo algo preparado para este tipo de encuentros. No quiero saber.

—¿Casado? —pregunto para seguir con la conversación que habíamos dejado, porque el silencio me estaba invitando a analizar lo que estoy por hacer y yo no quiero analizar nada.

—De novio, con una mujer muy hermosa e inteligente. —Hace una pausa y me da una sonrisa devastadora para mis piernas—. ¿Acaso importa? —pregunta, y no puedo adivinar si es por curiosidad o por imitarme y nada más.

A mí no me importa su estado civil, la verdad, al menos para este momento y para lo que yo lo quiero, no. «Si no soy yo será otra», pienso, por lo

que tampoco me siento culpable. Mis valores morales quedaron frente al espejo de casa, junto con mi decencia.

Sus ojos viajan por mi cuerpo, de arriba abajo, mientras se para frente a un desayunador alto al final de la cocina. Ahí dejamos mi bolso y su cartera; las llaves y los teléfonos de ambos, apagados, por supuesto. Noto que en uno de los costados hay una cajita transparente con preservativos dentro y otra idéntica, pero con caramelos. Claramente no es su casa.

Sonrío con la mirada de escrutinio que el muchacho me regala, me siento deseada y, porque no decirlo, excitada.

Animada por su silencioso deseo tomo los botones de mi blusa, uno por uno los desprendo de manera lenta, y la abro dejándola deslizarse por mis brazos hasta que cae al suelo. Llevo mis manos al cierre de mi falda y al abrirlo por completo también cae. Con un movimiento lento y sensual de mis piernas salgo del círculo que han formado mis prendas y le sonrío.

Aquí estoy yo, vestida solo con mis hermosos zapatos de tacón y mi provocador conjunto de ropa interior (negro de encaje) y mi flacidez, mi prominente pancita, mi celulitis y todas las huellas de mi edad exhibidas para este hermoso caballero que mira, con deseo, cada detalle.

—Me gustan las mujeres sensuales y conocedoras de su belleza. —Su voz es muy masculina y su tono al hablar muy incitante. Sabe muy bien qué decir y hacer con esas herramientas.

Me lo creo. Me siento bella y sensual.

Apoya las yemas de los dedos de su mano derecha en mis labios y los recorre lentamente. Sin detenerse baja con caricias por mi cuello, mi hombro y luego por el hueco entre mis pechos. Dibuja círculos por mi vientre y al llegar a mi tanga, sí, uso tanga, engancha el elástico para asomarse y ver lo que tengo para después.

—Me lo imaginaba —dice, mordiéndose el labio inferior, y supongo que se refiere a la depilación casi total con la que lo recibiré.

Yo no estaba improvisando, había pensado en cada detalle.

— ¿Qué tienes para mí? —pregunto en tono sugerente mientras desprendo el primer botón de su camisa, solo para insinuarle que quiero que se desvista. Lo dejo que siga solo para deleitarme con la imagen que me regala.

Es perfecto, su cara bonita me obliga a quedarme recorriéndola mientras él me mira. Sus labios carnosos y entreabiertos me piden a gritos que los bese y deseo hacerlo, con todas mis fuerzas.

Estoy mostrándome segura y experta, aunque no soy ni lo uno ni lo otro. Pero, según creo, las mujeres maduras (cómo odio esa palabra ¡ni que fuésemos una fruta!) ofrecemos ese morbo en los jóvenes como él y no quiero defraudarlo. Así como le exigiré que no me defraude en lo que yo espero de un joven como él: fuego, lujuria, muchos orgasmos y acción llena de energía.

Una vez que queda vestido solo con su ajustado bóxer hago los movimientos similares a los que hizo él, pero con mis dos manos. Apoyo mis dedos en sus hombros y bajo por sus pectorales, deliberadamente acaricio sus tetillas que reaccionan al instante y sigo bajando marcando cada músculo, agrandando de esa forma su maravilloso ego y no me importa. Llego a la cinturilla de su ropa interior y la recorro acercándome a él mientras mis manos viajan hacia atrás por su cintura y se cuelan dentro de la prenda para atrapar sus perfectos, duros y redondos glúteos.

Siento sus manos en mi cadera y su erección sobre mi vientre. Sus labios se apoderan de mi boca con determinación mientras se refriega contra mí, respirando por la nariz y produciendo un bufido muy excitante.

Definitivamente la acción está comenzando, ya no hay más preliminares.

Con este simple contacto está muriendo el deseo para darle espacio al

disfrute. Las ganas no se van a quedar en eso y yo estoy eufórica. Le gusta sentirme, lo sé por los sonidos que salen de su boca mientras me besa de una manera intensa. ¡Hace tanto que nadie lo hacía así!, invadiendo mi boca, quemándome con la lengua, mordéndome con pasión... Es una sensación maravillosa que desentierra muchos recuerdos y despierta en mi cuerpo demasiadas sensaciones dormidas y olvidadas.

Sus labios contra los míos buscando un contacto total y su lengua en mi boca moviéndose desesperada, provocándome un gemido involuntario, me llevan a pensar que es un experto besador o yo una ignorante en la materia. No me detengo a pensarlo demasiado, solo quiero disfrutarlo y sentirlo.

Llevo mi mano a su sexo y lo recorro desde arriba hacia abajo con mi palma, mientras él lleva su cabeza hacia atrás e inspira con fuerza. Su mano llega a mi vientre en milésimas de segundos y se cuelga en mi ropa interior. Dejo salir ese gemido que estoy reteniendo para no mostrarme tan desesperada como realmente me siento. Ya nada me importa, estoy perdida.

Nuestras atrevidas manos juegan sin limitaciones, nuestros labios se aprietan tanto que no existe espacio entre ellos y nuestras lenguas nunca se despegan.

Llego al maravilloso éxtasis con sus dedos que entraron, salieron, recorrieron y acariciaron todo lo que quisieron hasta hacerme estallar. Él no me dejó terminar con mi tarea de darle placer hasta llegar al mismo punto que yo y sigue con una sorprendente erección.

Me toma de la cadera, me desnuda y me sienta sobre el desayunador. Pienso en preguntarle sus intenciones, pero lo dejo hacer. Me gustan las sorpresas. Se quita la única prenda que le queda y se acaricia durante unos segundos para mí, ¡por Dios! Es una vista demasiado excitante para quedarme sin hacer nada, por lo que me tomo los pechos con mis manos y se los ofrezco con descaro.

—¿Vamos por el segundo, señora? —pregunta mientras se acomoda una banqueta frente a mí, y con sus dedos sobre mis pechos sopla mi entrepierna.

Gimo y me apoyo sobre el mármol con las manos a mis costados. Tanta preparación me pone ansiosa y anhelante. Por supuesto que espero que sea muy placentero. Besa mi sexo con sus labios perfectos, suaves y carnosos, es un beso que hace vibrar mis entrañas, otro más y un tercero, no hay un cuarto porque con su lengua me recorre varias veces.

—¡Ah...! Sí... —Mi voz sale entrecortada por la deliciosa sensación y no soy capaz de pronunciar palabra alguna.

Mi piel quema y mi interior amenaza con descargar toda la energía que está acumulando. Gradualmente mis sonidos se convierten en gritos delirantes. Los dedos de una de sus manos entran en mí llevándome a ese final prometido y los de la otra mano juegan con mi seno apretando y pellizcando, haciendo que una intensa sensación de electricidad recorra mi columna vertebral y que cada músculo de mi cuerpo se tense, para dejar salir todo el ardor acumulado, y se destense luego de hacerme llegar al infierno más caliente.

Exhalo agitada, aún sin poder recomponerme del todo mientras siento su boca y sus dedos húmedos subiendo suavemente por mi piel erizada. Al llegar a mis pechos, él ya jadea, mientras mis gemidos vuelven a invadir el departamento.

—Si no entro en ti en este momento voy a volverme loco. Me gustan tus gemidos —me dice mordiendo mi pecho derecho con desesperación, y llevando mis piernas con sus manos hasta su cintura.

Toma un preservativo y se lo enfunda en dos segundos. Me abraza y aprovecho ese movimiento para dejarlo invadir mi interior y hacerle sentir cuánto lo necesito también. Sus ojos se cierran con fuerza y su gruñido masculino y perfecto se ahoga en mi boca. Muerdo su labio inferior y tiro de él para provocarlo un poquito más.

—Eres hermosa —dice, agarrando un puñado de preservativos en un puño.

En cinco pasos estamos sobre la cama, él sobre mí. Tira los condones a nuestro alrededor y entonces es mi turno de cerrar los ojos para disfrutar de ese primer movimiento. Un meneo certero, profundo e intencionalmente lento y controlado que me nubla el pensamiento.

—¿Cómo le gusta a la señora? —me pregunta con esa preciosa sonrisa ensayada y un rápido beso en los labios.

—Me gusta todo lo que un impertinente muchacho como tú tenga para darme —le contesto.

Su mirada me perfora y me excita más, si acaso puede. Entra en mí otra vez, con fuerza, haciéndome deslizar del lugar que ocupaba en el colchón, otra vez y una más. Es perfecto, ¿qué otra cosa puedo decir?, si cada golpe de cadera me hace gozar como si de un pequeño orgasmo se tratase. Perdida en mi placer acomodo mis piernas para su mejor profundidad y, con mis músculos internos tensos, me muevo a su ritmo. Sus ojos se abren y se muerde el labio inferior.

—No te muevas así, por favor —me ruega entre jadeos—. No voy a poder aguantar.

—Vamos dos a cero, puedo soportar verte gozar a ti esta vez —digo y me muevo más rápido.

No me lo permite demasiado. Con sus manos abre mis rodillas, se inclina para morder y saborear mis pechos y se adentra en mí con demasiada energía, más fuerte que antes y más profundo. Su vaivén es mucho más rápido y, si él creía que no podía regalarme otro pedacito de cielo con ese movimiento, se había equivocado porque mi cuerpo comienza a organizar todo lo necesario para hacerme volar otra vez.

No sé qué ni cuántas palabras subidas de tono pronuncia sobre mis labios mientras guía su cadera estrepitosamente contra la mía y aprieta

fuertemente mi pecho. Así llega a derramarse dentro de mí a los pocos segundos de darme el inmenso placer del final... Por tercera vez.

Mi cuerpo tenso busca calma mientras el suyo, impedido de controlar sus pequeños espasmos finales, cae sobre mí.

Sus labios suaves besan mi cuello, con una mano acaricia mi mejilla y con la otra, enredada en mi pelo, masajea mi cuero cabelludo. Mis dedos suben y bajan por su inmensa y perfecta espalda.

Es una placentera vuelta a la calma.

Perezosamente gira hacia un costado alejándose de mí para darnos el fresco necesario, nuestras pieles están febriles y sudadas.

Después de varios minutos de silencio su voz sensual interrumpe mis pensamientos, que no son otros que ruegos que se repiten una y otra vez en mi cabeza: «Ojalá puedas lidiar con este recuerdo sin consecuencias adversas».

—Señora mía, ¿me daría su número de teléfono? —pregunta sin mirarme. Apoyo un codo y giro para observarlo, su voz había sonado intrigante y me robó una sonrisa. Es tan bonito que no puedo dejar de impresionarme—. Tal vez necesite verte una vez más para saber si esto fue real.

Mi dedo comienza a delinear cada rasgo de su cara, a bajar por su pecho y sus abdominales perfectos; es una sensación divina acariciarlo.

—No sé si estoy de acuerdo con eso, chiquito —digo con intención de marcar nuestras diferencias, y no solo las de la edad.

Me regala su bella sonrisa, pero la natural, la que no se ensaya, esa que llega hasta los ojos. Supongo que me comprende, al menos eso me parece por su silencio.

Veo como su erección vuelve a hacerse presente entre nosotros y agradezco a la vida por su juventud. Me subo a horcajadas de él, tomo un preservativo de los que estaban a nuestro alrededor y se lo coloco lentamente.

Siento cada centímetro de él entrando en mí, dada la sensibilidad extrema que aún disfruto en mi interior. Le coloco unas almohadas en su espalda para que pueda mirar lo que hago, sin importar la edad es un hombre, y a los hombres les gusta mirar. Muevo mi cadera en círculos mientras siento como crece dentro de mí. Sus manos acarician mis pechos y los pellizcan haciéndome sentir una deliciosa corriente que me enciende más. Cierro los ojos y comienzo a galopar sobre él.

Sus jadeos y gruñidos lo vencen. Sus manos en mi cadera guían mis movimientos y la velocidad de nuestras investidas es increíble. Me mira a los ojos sin pestañear mientras yo gimo sin poder dominarme y sonrío. Acerca el dedo pulgar de su mano libre a mis labios, lo mete en mi boca y lo lamo mientras me obsequia un sensual gruñido. Ese mismo dedo se posiciona entre nuestros cuerpos y la otra mano aprieta uno de mis pechos. ¡Es demasiada estimulación! Sus dientes muerden mi otro pecho cuando se lo acerco y exploto. Me dejo envolver por un torbellino de placer desbocado.

La sensación de extremo goce ahoga mis sonidos, mis uñas se clavan en su pecho y escucho un maravilloso rugido cuando se vacía en mí. Mi cuerpo tenso lo recibe con restos de placer recorriéndome todavía en cada poro de piel que roza.

Cuando todo termina, necesito evitar cualquier contacto sobre mi piel ardiente y demasiado sensible. Saco sus manos de mí y me dejo caer sobre la cama.

Queda a mi lado, con una sonrisa tímida en sus labios y su mirada anclada en mis ojos. Yo intento, poco a poco, recuperarme mientras lucho con mis pensamientos. Los muy inoportunos disparan para todos lados, atacando todos los flancos de mi conciencia.

—¿Estás bien?

—Perfectamente. —Ahora sí le permito pasar sus dedos suavemente por

la piel de mi vientre, son una maravillosa distracción.

—Y, ¿entonces? ¿Me vas a dar tu número de teléfono?

¿Cómo decirle que no a esa preciosa mirada? Sin embargo, esa será mi respuesta.

—No.

No puedo negar que estoy tentada de pedirle el suyo, tal vez algún día podría llamarlo... Pero no lo hago. Sé que no podría lidiar con un segundo encuentro. Es mi primera vez y no estoy segura de cómo me sentiré al despertar mañana, siendo consciente de haber engañado a mi marido con un bello jovencito que me ha regalado nada menos que cuatro orgasmos seguidos.



El probador.

Tengo que comprarme ropa, esto no da para más. Toda la que tengo es chica, grande, vieja o fea, a excepción de alguna u otra que fueron, mayormente, regalos de mi último cumpleaños.

Odio ir de compras, aunque es un mal necesario que voy a enfrentar hoy mismo. Sin embargo, dejo constancia de que poco me agrada hacerlo y, mucho menos, desperdiciar una tarde completa para esto. En fin, la decisión está tomada.

Voy a ir por la zona en la que me comentaron algunos amigos (que sí disfrutaban de hacer compras) que hay un par de negocios que podrían gustarme. Si juzgo por ver cómo les queda ese estilo de ropa a ellos, entonces sí, ese lugar es para mí. No dudo en seguir sus consejos.

Niego con la cabeza y dibujo una sonrisa irónica recordando sus carcajadas al contarles mis planes inmediatos: Una tarde de malditas compras. Creo que todavía tengo alguna broma escrita en algún mensaje de texto sin leer. Saben que no me gusta y por eso mismo no me colaboran ni me acompañan, dicen que me pongo de muy mal genio. Puede ser. Así es que solito salgo de casa rumbo a mi tortura, sin dilatarlo mucho más.

Voy caminando, está cerca de mi edificio y ese es otro motivo para pensar que no es “tan” mala la idea. Mucho menos mala se está haciendo mientras veo las mujeres que entran y salen, caminan por la calle o miran las vidrieras. Debo decir que acabo de sumarle un punto a la idea de ir a comprar ropa.

Una tienda en particular llama mi atención, parece ser nueva y tiene más onda que las demás. Será por la decoración que es muy buena, con colores llamativos y artículos de diseño moderno. Además, la música que sale por la puerta invita a entrar. Parece un lugar muy bien pensado, hasta el más mínimo detalle. Y la ropa me gusta, es mi estilo, si es que tengo uno.

Resuelvo ingresar, realmente siento curiosidad por este lugar. Es muy grande y con buena iluminación... Decido que me gusta, sí, definitivamente, tanto que hasta parece que, toda la gente que mira la ropa colgada en los percheros, es linda. Claro que, si les dedico un poco de tiempo, descubro que no todos son tan bellos. Es solo la primera impresión, sin embargo, alguna que otra mujer me parece interesante y le regalo una sonrisa para ver si me la devuelve.

Me propongo buscar y elegir... paso a enumerar: Camisetas, camisas, pantalones... y odio esto, ya sé que lo dije, pero ya me viene el mal humor. No entiendo de combinaciones de colores y todo eso de vestirse bien y tal vez nada de lo que tengo en la mano quede bien entre sí. El consejo de mis amigas fue: «Que todo combine con todo para no tener que pensar una vez que lo tengas en el ropero». Y me pareció un muy buen consejo, si supiese seguirlo.

Necesito una vendedora que me oriente, definitivamente. Levanto mi cabeza, empiezo a girar y mis ojos parecen un radar. ¿¿Quién demonios vende en este maldito lugar?!

—¿Hola, puedo ayudarte con algo? —Escucho.

Por fin, sí, pensé antes de hablar y girar para ver a la vendedora que se ofrecía. Esto de que te ataquen por la espalda no es cómodo entre tanto perchero.

—Sí, por Dios que sí. Ya estaba desistiendo de comprar algo...
—¡Mierda!, no puede ser. No esperaba encontrarla aquí... pero sí, la encontré.
Tenía que pasar algún día.

Tengo que aclarar mis pensamientos.

En este instante tengo frente a mí a mi vecina. Claro que no es una vecina cualquiera, es “mi vecina”, la que me quita el sueño, la que busco cruzar por casualidad cada vez que puedo. La que está tan buena que, por vergüenza, no me animo ni a acercarme y no sé cómo actuar con ella. Años mirándola y ninguna palabra salió de mi cobarde boca, nunca.

—¿Tú eres...? —pregunta titubeando.

Lo dicho, no sé cómo hablar con ella, casi se me cae la pila de ropa que tengo en la mano al ver su dedo señalándome y su preciosa carita de duda.

—Creo que sí. Soy... —digo, en tono de broma y con un poquito de ilusión al ver que me reconoce, la verdad.

Debo decir que no estoy tan mal y menos ahora que voy al gimnasio. A las mujeres les gusta ver músculos y, dada mi timidez, debo poner un poco más de énfasis en mi apariencia. Mis amigas dicen que soy lindo, de un modo tierno, pero que ahora estoy, no sé si debería decirlo yo, en fin... solo repito lo que dicen, ahora estoy “comestible”. Eso levantó mi autoestima y la timidez está dominada, a veces.

—Peter —digo, no creo que sepa mi nombre.

—Sí, claro. Yani. —Se presenta, ¡como si no supiese hasta su fecha de cumpleaños! Me da un beso en la mejilla y nos reímos de la casualidad de encontrarnos aquí. A decir verdad, ella se reirá por eso; yo, por los nervios y porque, por fin, pude dirigirle la mirada y hablarle—. Dime en qué te puedo ayudar —agrega después.

Comenzaría a enumerar un par de cosas que se me vienen a la mente al

ver su falda muy, muy, corta y una camiseta blanca de tirantes que me deja ver su... piel, digamos, y me encanta... Aunque creo que me pregunta por la ropa que tengo en los brazos.

—Claro. Sí, supongo que me vendría bien un asesoramiento en las combinaciones de todo esto.

—Bien, déjame ver... Esto está perfecto... Esto no me gusta para ti...

Está varios minutos eligiendo entre lo que tengo en mis manos y dándome alguna que otra prenda. Yo me dedico a mirarla de cerca y a evitar querer comerme ese lunar que tiene en el cuello. Ella es “comestible”, como dicen mis amigas, más de cerca que de lejos, como yo suelo mirarla.

Tengo unas... no sé, dejé de contar en la prenda número veinte. Todo para probarme. Dije que odio comprar ropa, ¿no?

Entro al probador refunfuñando.

Al menos el talle está bien y casi todo lo que vengo probándome me gusta, excepto esta camisa. Me detengo unos minutos más frente al espejo y dudo, no sé...

—Peter, ¿todo bien? —¡Hasta la voz es sexy en esta mujer, por Dios!

Abro la puerta del probador donde tengo un sillón con toda la pila de ropa desparramada que todavía no me probé y me veo en el espejo del vestidor de enfrente del pasillo (que tiene la puerta abierta). También puedo ver el trasero y las piernas de mi vendedora favorita y su cintura desnuda, aunque eso es un detalle extra.

—Esta camisa te queda muy bien, resalta lo que a las mujeres nos gusta ver —dice, sin vergüenza alguna. OK. Para mi gusto es un poco ajustada, pero si a ella le gusta no se lo voy a discutir y hasta me la voy a comprar—. Permiso —dice acercándose a mí.

Esto se está poniendo interesante. Se me aproxima demasiado más de lo

esperado, tanto que puedo sentir su respiración en mi cuello y sus manos en mi nuca.

—Este botón cerrado hace que el cuello se vea más prolijo —asegura. Antes de alejarse me mira mordiéndose el labio inferior y eso hace que, el pantalón que todavía no compré, se abulte un poco a la altura de mi entrepierna. No mucho todavía, pero puedo sentir un “algo”.

—Rico perfume —digo.

No lo pensé demasiado. Se lo digo porque es realmente rico. Y rico debe ser ese pedacito de piel detrás de su oreja que quiero morder y lamer después. Desde mi altura puedo ver su escote y adivinar el tamaño perfecto de sus pechos. ¡Gracias Dios por estos centímetros de más!

Si supiera lo que pienso en este instante creo que se apartaría un poco de mí.

—Gracias —susurra.

Otra vez ese labio y sus dientes hacen estragos en mi imaginación. No debe saber lo sexy que se ve con ese gesto, o sí, y me lo hace adrede la descarada. No estaría mal si así fuese. Sigue trabajando con los botones de la camisa y sin darme cuenta termino con mi mano en su cintura. Me mira de reojo y la comisura de sus labios se eleva pícaramente. Y ahí va... sus dientes atrapan ese labio que voy a morder, definitivamente voy a hacerlo.

—Listo —vuelve a susurrar.

—Hazlo otra vez —dice mi voz, sin mi permiso.

—¿Qué cosa?

—Eso —señalo su boca —, muérdete el labio. —Me mira y se sonríe. Es muy sagaz.

Sin dejar de mirarme lo hace y yo sigo con mis ojos clavados en esa tentación. Acercó mi pulgar y le acaricio la boca, delineándola lentamente. Mi

otra mano, que apenas se apoya en su piel, comienza a acariciar todo su contorno y termino abrazándola y pegándola contra mí. Su cintura es la medida perfecta para que yo la pueda atrapar con un brazo. Mi boca se acerca lentamente a la suya y le doy un beso suave.

Quisiera hacerlo más apasionadamente, pero no quiero parecer desesperado. Es la mujer de mis sueños y la tengo abrazada y besándola... no puedo creerlo.

Definitivamente, ahora me encanta salir a comprar ropa, al menos hoy.

Caigo en la cuenta de que sus manos siguen en mi cuello y siento sus dedos en mi pelo. Me gusta, es una caricia dulce, como el beso, que no me niega, por cierto. Mi lengua quiere presentarse ante la suya y al ver que ella no se opone, dejo que lo haga. Disfruto de su sabor a menta y presiono, llevo ese beso a otro estadio.

—Peter. Estoy sola en el local, no puedo desatenderlo —dice sobre mis labios y en un precioso balbuceo dubitativo.

—No te detengo —le digo yo, sacando mi mano de su cintura, pero no mi boca de la suya. —¿A qué hora sales?

—Cierro a las cinco —me responde.

Por suerte solo falta media hora y tengo más ropa que probarme. Me sonrío y cierra la puerta. Vuelvo a mirarle las piernas y el trasero, la camiseta es tan ajustada que puedo adivinar más de su cuerpo y ¿ya dije que disfruté de su interesante escote?

Si debo ser sincero no es una mujer hermosa, pero su actitud le da esa seguridad que la transforma en una mujer digna de ver. Sus curvas están muy bien, hay quienes gustan de mujeres más delgadas, a mí me gusta tener de dónde agarrarme, y ella tiene algunos lugares que me tientan. ¿Qué puedo decir? A mí me fascina esta mujer.

Me miro la entrepierna, ¿ahora qué hago con esto? Exhalo impaciente. ¡Esto es una locura!

Sigo con lo mío, intentando no pensar en nada más que los botones que prendo y desprendo y la comodidad de los pantalones que me pruebo, pero cómo hacerlo si es ella. ¿Cómo no voy a pensar en lo que pasó? ¡La besé!

La voy a invitar a salir, sí, me gusta y no me parece que yo no le guste, por el contrario, me permitió que la besara. Es un detalle que no pasa desapercibido, ¿cierto?

—¿Cómo vas? —dice golpeando la puerta.

—Creo que terminé. —Abro el probador, agarro todas las prendas y camino hacia afuera, pero ella lo hace hacia adentro. ¡Oh, oh!

Sigue caminando obligándome a volver sobre mis pasos. Con una mano agarra la ropa que llevo (y voy a comprar) y la tira fuera. Me toma del cuello de mi vieja camisa para acercarme a ella y no quita su mirada de la mía.

—Estás jugando con fuego. No soy de los que dejan las cosas por la mitad —digo, entre espantado y osado.

—OK.

Solo eso dice y me besa y yo... la beso. Si a ella no le importa estar en su lugar de trabajo, a mí menos.

Ya con su permiso, mis manos van donde quisieron desde un principio: al final de su corta falda y acarician todo a su paso, levantándosela. Tiene la piel suave y tibia y su trasero encaja perfecto en mis palmas abiertas. Me apoyo en ella para mostrarle cómo me pone con sus besos, mi erección volvió con más fuerza esta vez y es que sus besos no son nada tímidos y los míos no se quedan atrás.

Esta mujer hace que arda de deseo por ella con solo devorarme la boca. ¡Cuándo me ponga una mano encima...!

Con un leve empujón me sienta sobre el banco donde antes tenía la pila de ropa. Ella se acomoda sobre mí, abriendo sus piernas para rodear mi cadera, y me encuentro otra vez con el reflejo del espejo del probador de enfrente.

Lo que veo me encanta. Levanto un poco más su falda y la imagen de la piel casi desnuda, porque solo diviso una pequeña tanga roja, me vuelve loco. Mis manos la aprietan con ganas ¡Es increíble esto que está pasando!

La acomodo cerca de mi sexo, ella se refriega un poco contra mí y ese movimiento es perfecto para ver y sentir. ¡Demonios!, me encanta esta mujer.

Se saca la camiseta y yo le desprendo el sostén mientras ella se deshace de todo después. Me quito la camisa sin dejar de mirarla. Suspiro ante la vista. Es hermosa y la deseo tanto...

La levanto hasta que sus pechos quedan a la altura de mi boca y los atrapo sin aviso. Ella se arquea y se acerca más. Una de mis manos se mete en ese pedacito de tela que se hace llamar ropa interior y la encuentro lista para ser estimulada con mis curiosos dedos. El gemido suave que me regala ante mi intromisión, me eriza la piel.

Necesito el control de mi deseo ahora, porque no voy a lograr hacer ni la mitad de lo que quiero hacer. No voy a poder tenerlo, al control digo, porque su mano llega a mi pantalón y está deshaciéndose de todo lo que le impide tocarme y lo logra más rápido de lo que hubiese querido.

Me tiene en sus manos, no solo a mi temblorosa erección, sino a mí, entero. Cualquier movimiento que decida hacer me va a llevar a un camino sin retorno. Lo pienso mejor, voy a apurar las cosas.

Separo mis dedos de su sediento sexo y suspira. No, no quiero que se sienta frustrada. Vuelvo al mismo lugar, pero esta vez para descontrolarla. La invado con más ímpetu, gime; le muerdo un pecho, gime; muevo mis dedos frenéticamente y logro que sus gemidos se agudicen y su mano se olvide de mí. La llevo, en pocos y excitantes minutos, a su primer orgasmo. Y, mi necesidad

de ella, ya es urgente.

La miro, la disfruto, la beso y entonces sí, estoy listo. Sin alejar mucho mis dedos, deslizo su tanga hacia un lado y entro en ella. El movimiento es más que satisfactorio, mucho más.

Una vez conforme con el espacio que hice, y loco de felicidad por estar donde estoy, vuelvo a besarla.

Le permito que ella domine la velocidad en la que le gusta sentirme, a mí me da lo mismo, de cualquier forma, me encanta. Cierro los ojos y espero llegar a la profundidad que necesito. Una vez que ella considera que está bien, yo acomodo su cuerpo desde su cintura, abro más sus piernas y con un golpe seco de cadera, entro más, al instante que bajo su cuerpo. ¡Increíble! Escucho un gemido y sonrío.

—Ahora sí —digo, y le guiño el ojo.

Ella se muerde el labio y como me prometí, lo muerdo yo después y tiro de él al momento que empiezo con mis embestidas, cada vez más rápidas y profundas. Mi cadera se mueve al compás de la de ella, ayudada por mis manos, y es un baile absolutamente coordinado y estimulante. Además de preciso, demasiado preciso.

Levanto la vista y miro por el espejo, es una imagen muy excitante la que me devuelve y, sin dejar de mirar, me quedo quieto y dejo que se mueva.

Estoy a punto de estallar, pero ella va primero. Porque después quedo inservible por unos minutos y no voy a dejarla sin gritar de placer, definitivamente no.

Saco la mirada de ahí, llevo mi boca a la suya y luego a sus pechos que se mueven deliciosamente hacia arriba y abajo.

Gime. Jadeo. Sudamos.

—Sí, Peter. Sí.

—Vamos, linda. —Se arquea. Me hundo más en ella, casi con desesperación, y la escucho gritar.

Se tensa y me exprime. ¡Mierda!, esto es impresionante. No recuerdo si alguna vez terminé al mismo tiempo que con mi pareja, pero lo dudo, porque no me lo hubiese olvidado. Es increíble. Nuestros cuerpos explotan juntos y se liberan de toda la tensión. Yo me dejo llevar por lo que ella hace con su orgasmo sobre mi sexo y no puedo dejar de gruñir y jadear.

—¡Eres increíble! —Le susurro, perdido en ella y en todo lo que siento.

Apenas puedo respirar por la agitación que tengo y ella está igual. Tengo mi cara pegada a sus pechos y mis manos la aprietan contra mi cuerpo. Ahora, más tranquilo, siento su piel suave en contacto con la mía y me encanta.

Acaricio su espalda y beso suavemente sus pechos, hasta su cuello. La excitación del momento se fue y ahora me permito disfrutar de esta calma. Levanto la vista para encontrarme con su mirada y sus mejillas sonrojadas. Además de una preciosa sonrisa.

Es definitivo, esta chica me encanta.

—¿Te gustaría salir esta noche conmigo? —Por fin me animo a pedirle una cita.

Esta criatura es alucinante, maldigo mi anterior timidez. Pero agradezco al destino habérmela impuesto de esta forma en mi camino. Me estaba perdiendo de algo fabuloso al no animarme.

—Creí que nunca te animarías.

—¿Perdón? —pregunto de verdad, porque no creo entender lo que dice.

—Ya no sabía que más hacer para que me miraras. Por lo que, cuando te vi entrar, supe que hoy no te dejaba escapar.

No me deja hablar, solo sonreír antes de comerme la boca, y casi que tampoco.

Me besó, mucho, y me dejó. Ese día y el resto de los días que le siguieron a ese. Le gusta besarme.

Mi novia es increíble, sexy y hermosa, además, me enamoró con su personalidad aventurera y divertida. En menos de un mes le dije el primer *te amo*.

Hoy cumplimos tres años de novios.

Tengo una sorpresa..., le voy a proponer casamiento y será dentro de ese probador.



Siete meses.

Él:

Cierro los ojos y suspiro.

Parece un día como cualquiera y de seguro lo es, para casi todo el mundo, no para mí. Un día como hoy, hace siete meses, Luz se fue de mi vida diciéndome que necesitaba un tiempo para estar sola. Separados, en realidad, supongo que no se animó a decirlo con todas las letras y bien claro.

Eso pienso hoy, no aquel día.

Esa horrible tarde yo no pude pensar en nada. Después de esas espantosas palabras hubiese querido preguntarle ¿cuánto tiempo?, ¿por qué?, ¿qué pasó?, ¿qué está mal? y tantas otras cosas... Sin embargo, no pude. No me dio espacio ni tiempo.

Recuerdo que su carita preciosa, esa que siempre tenía para mí una sonrisa, se cubrió de amargura y lágrimas. Lloró en silencio. Sin decir nada me abrazó con fuerza y después me besó, con más fuerza aún. Y se fue...

Esa tarde mi vida cambió. Yo cambié. No soy el mismo sin Luz. Me falta una parte porque ella era mi otra mitad.

¡Yo debería estar contando los meses de noviazgo!, el que ya llevaba casi dos años, no los meses de nuestro alejamiento. Sin embargo...

Fuimos realmente felices, muy felices.

No sé qué pasó y, aunque quiero dejar de pensar en ella no puedo. No me sale. La amé con locura. Nos amábamos con locura, porque yo era correspondido, lo sé. Pero parece que no le alcanzaba ese amor, puesto que se fue.

Intento dormir en vano, hace días que no lo puedo hacer de un tirón, me despierto a cada rato. Todavía no amaneció, aun así, me desvelo pensando en ella y me duele el cuerpo otra vez, porque la necesito.

Suspiro ante el recuerdo de su voz ronca y sensual.

«Hola, bebé», decía. Me encantaba que me dijese bebé mientras me miraba con esos ojitos tan bellos. Nada especiales, eran de un color común, pero su mirada... Ella me hablaba con su mirada.

Esa lejana tarde que mi mente trae a este instante, una cualquiera de esas en que disfrutábamos el uno del otro, ella estaba preciosa con un vestido corto de verano, que la hacía lucir fresca y femenina. Puedo cerrar los ojos y verla como si estuviese todavía aquí conmigo.

Con una sonrisa traviesa en sus labios, me miró con esa *miradita* tan personal, tan suya, y me invitó a que la amara. Solo necesitó una bajada de párpados, un suspiro y sus labios entreabiertos, nada más, y yo me rendí. Era pícaro y atrevida. Sus manos paseaban por mi cuerpo sin permiso.

Si ella me deseaba no me dejaba en paz y me torturaba hasta dejarme demente y con una necesidad indomable de robarme todo su placer. Y lo hacía, mientras le regalaba el mío; tantas veces como mi cuerpo me lo permitiese y el suyo aguantase, nos dedicábamos a amarnos, a enredarnos. Intentábamos saciarnos y nunca funcionaba.

Se nos daba de maravilla hacer el amor. Éramos complementos, encajábamos impecablemente.

—Déjame ver tu cuerpo —le pedía yo, y ella se meneaba un poco mientras se desnudaba para mí para mostrarme sus caderas anchas y sus piernas bien formadas... ¡Era una belleza! Seguramente lo sigue siendo.

Siempre se quejaba de sus grandes pechos, yo no, me divertía demasiado con ellos como para quejarme.

—Ahora quiero ver el tuyo —me pedía, y ya sin nada de ropa, comenzaba a sacar la mía. Observaba en detalle mi flaco cuerpo como si fuese su Dios. —Mi bebé precioso —me decía mientras me besaba el pecho, el cuello y apoyaba su piel en la mía, encendiéndome.

Cuando llegaba a mis labios, nos volvíamos peligrosos. Mis dientes y mi lengua la consumían hasta que me rogaba que la tocara y entonces me dedicaba a hacerlo con delicadeza. Le gustaba que le pellizcara los pechos y los besara suavemente después. Me encantaba caminar por su piel con mis palmas bien abiertas y recorrer su vientre y su cintura. Su trasero se acomodaba perfectamente en mis manos.

Sus ojos brillaban de lujuria cuando llegaba a su entrepierna ansiosa y se retorció sonriente porque yo no le daba lo que quería.

—No te apures, tenemos tiempo —decía yo jugando con su urgencia. Ella gruñía frustrada y entonces mi boca reemplazaba mis dedos y comenzaba con sus grititos que eran un tormento para mí.

Me excitaba sobremanera su forma de gozar. La miraba desde ese maravilloso lugar y ella estaba absorta en lo que veía. Mi boca y su sexo eran una combinación explosiva para ella y para mí también, eso está más que claro. Explotaba tan rápido y tan fuerte que se derretía entre mis manos.

Ella quedaba exhausta y yo prendido fuego.

Era la imagen más erótica que jamás imaginé ver. Nunca tenía suficiente de verla así. Era deliciosa con su sudor perlado, su vientre aplanado, sus pechos moviéndose al compás de su respiración, sus labios entreabiertos rogando por oxígeno, sus ojitos con la mirada perdida, sus piernas abiertas de cualquier manera buscando relajarse y sus dedos enredados en mi pelo.

A los pocos segundos me guiñaba un ojo y se mordía el labio. Con esa mirada tan sensual, tan transparente, me daba permiso para entrar en su cuerpo y me recibía abrazándome con un ajuste perfecto.

Las cosas se descontrolaban un poco a veces. Nos volvíamos locos. Juntos éramos como lava ardiente, no podría olvidarlo jamás. Los sonidos de nuestro amor eran excitantes: golpeteos de cadera, gruñidos, jadeos, gemidos, pedidos de más, carcajadas y algunos *te amo*.

Con mi espalda pegada al colchón, su cadera anclada en mí, mis manos apretando toda la carne de sus glúteos y ella moviéndose a mi ritmo, cabalgándome hasta el estallido final... ¡Era delicioso! Se agarraba sus pechos con fuerza mientras me miraba y yo me deleitaba con ella. Era pura pasión. Entonces me sonreía y nos dejábamos ir para detonar en mil pedazos y nos volvíamos a armar después en un abrazo largo y silencioso acompañado de caricias lentas.

¡Dios mío cuánto la amaba! Toda ella era perfecta para mí.

¿Por qué no volvió?

Le dí lo que me pidió. Alimenté mi amor con su recuerdo, mientras la esperaba, porque no quería olvidarla. Pero no volvió y yo... la esperé y la seguí amando.

Ya no puedo más.

Ella no volvió y ya no puedo esperarla más.

Ella:

Esta película me trae demasiados recuerdos.

«¡Mi bebé precioso, como te extraño!».

Suspiro, dolorida, después de decir en voz alta esas palabras.

«Sé que te lastimé y dañé un amor único. Fui una tonta, no tengo perdón ni excusa. Quisiera tener el valor de volver a tu lado, abrazarte y decirte lo arrepentida que estoy. Hacerte saber que fuiste, eres y serás para siempre el amor de mi vida».

Cómo quisiera decírtelo, sí. Sin embargo, aquí estoy llorando en silencio y hablando sola.

Otro mes que pasa y mis miedos a su rechazo me siguen acobardando.

Estaba tan enredada entre mis pensamientos egoístas que no supe ver mi mejor opción. Era él y yo no lo elegí. Prioricé un trabajo, un par de amigas que no sabían dar buenos consejos, un proyecto de estudio que terminó inconcluso, una vida de libertad que creí perdida, una diversión disfrazada de noche y música a todo volumen que me defraudó enseguida.

Me mareé, me engañé y me mentí, sin saber que lo hacía. ¡Qué necia fui!

No enfrenté las cosas como la adulta que era. Creí que mi juventud necesitaba otra cosa y... no existía otra cosa para mí. Solo él. No lo supe ver.

Es tan cierto eso que dicen que uno no se da cuenta de lo que tiene hasta que lo pierde.

Así fue, yo me dí cuenta tarde, cuando lo perdí.

Dos meses después de pedirle ese maldito e innecesario tiempo supe que había cometido el peor error de mi vida. No pude solucionarlo, no supe cómo y me permití un mes más para buscar la forma. Otro mes para hallar valor, otro para discernir si su amor había alcanzado para esperarme o me había olvidado.

Otro y otro más, solo por no asumir mi cobardía. Y llegué a hoy...

Miro la pantalla del televisor, la película continúa y me imagino con él en la escena romántica que veo. Se me nubla la vista, la pareja protagonista está en plena declaración de amor y cuando ella dice «te amo» no puedo hacer otra cosa más que llorar. Yo también quiero decirle «te amo» anclándome en sus ojos.

Me encantaba como era yo cuando estaba con él. Lo mujer que me sentía, la seguridad que me daba su mirada. Sus abrazos apretados, sus besos de fuego, sus susurros y sus caricias eran parte de mi vida y los extraño tanto...

Vuelvo a observar esta maldita película que tantos sentimientos está removiendo en mí y ahora no somos nosotros, porque mi *bebé* era más apasionado que este insulso personaje de mentira. Sus manos grandes tomaban todo de mí, me apretujaba y me obligaba a sentirlo.

El recuerdo de sus besos me quita un suspiro.

Me robaba el aliento con su boca, sus mordidas y esa lengua rasposa que humedecía mi piel..., eran una delicia. Un trio perfecto que me alimentaban el alma y me exaltaban el cuerpo.

No sé qué pasaba conmigo cuando estábamos juntos, pero era fantástico. Me liberaba..., me despojaba de todos mis prejuicios e inhibiciones y me convertía en una loba. Me hacía aullar con sus embestidas y sus toques.

Y, como la loca que soy, ahora me río a carcajadas... ¡Por Dios! ese hombre me hacía gritar de placer. Si lo pienso en frío y a distancia, me da vergüenza, pero a él le gustaba que yo fuera así.

«No te cohíbas. Déjame ver cuánto te gusta lo que te hago, mi amor».

Así me decía: «Mi amor». Y así me sentía: *su amor*.

Recuerdo aquella primera vez que hicimos el amor... No fue fácil para mí. Estaba demasiado «rellenita» entonces, había engordado mucho, pero él me decía que así le había gustado y que no le importaba el número que se reflejaba

en la balanza. Me quitó la ropa con mucha parsimonia. Yo estaba muy nerviosa, sin embargo, su mirada de a poco fue ahuyentando mis nervios y convirtiéndolos en deseo. Sus manos dibujaron mis formas, su boca se adueñó de mis labios y su pasión contagió a la mía, que estaba asustada, pero ansiosa por dejarse ver.

Nuestros cuerpos se contaron secretos libidinosos y ardientes en esa cama.

Nadie me había hecho sentir así, nunca. Me dejó en caída libre tantas veces como mi cuerpo resistió y en todas esas veces, él me recibió con abrazos mudos. Nunca me dejó caer. No tuve vergüenza, desconfianza, dudas... nada, solo deseo y pasión.

Así me convirtió en su mujer. Besó cada rincón de mi cuerpo con una ternura infinita y mi corazón se llenó de amor incondicional hacia él esa misma noche.

Y yo no respeté esa incondicionalidad. Fui injusta conmigo, con él y con nuestro amor.

Mi cuerpo lo extraña. Mis manos duelen. Mis labios están sedientos. A mi corazón le cuesta mantener el ritmo.

Miro mi teléfono y busco su número. No me animo. No puedo con mis miedos. No sé si me esperó. Tal vez, si me pongo en su lugar, yo no lo hubiese hecho y es por eso que pienso que no lo hizo. Sin embargo, yo soy egoísta y él no. Entonces dudo.

Son casi las siete de la mañana y mi despertador me dice que es hora de levantarme. No dormí casi nada, las horas se me pasaron entre pensamientos y recuerdos.

Una mañana más que me encuentra con el teléfono en la mano, el corazón palpitando asustado y un nudo en la garganta.

Se acabó la espera, no puedo más con esta incertidumbre. Ya no duermo,

no como, no vivo como quisiera vivir.

No me gusta estar sin él.

Aprieto el botón de la llamada en un acto de absoluto brío y coraje, y espero...

El martilleo de mis latidos no me permite escuchar con claridad, pero sé que está llamando una y otra vez. La espera es eterna, aunque son solo segundos, un minuto tal vez.

Todo sucede de pronto y ante el instante de silencio del otro lado todo mi mundo se paraliza. Abro los ojos para mirar la nada y ruego que mis palabras quieran salir por el poco espacio que mi garganta cerrada les deja.

Apenas si puedo respirar y antes de poder emitir sonido lo escucho.

-¿Luz, eres tú? Mi amor, ¿eres tú?



El desconocido de todos los días

¡Una mañana más para ponerme nerviosa!

Ya me he acostumbrado a salir a correr con los nervios de punta y con la ansiedad avivando mis sentidos o eso intento creer, porque si soy sincera conmigo misma, no puedo con ello todavía. Es una sensación rara e indomable, pero también agradablemente incómoda y excitante, que me tiene en estado de alerta.

Cada una de mis mañanas era una rutina estricta, estiro un poco los músculos de mis piernas e inspiro profundo un par de veces exhalando luego. Cierro los ojos por unos segundos y suspiro asumiendo mi estado; algo así como: la espalda tensa, las rodillas flojas, los dedos torpes intentando hacer el nudo del cordón de mis zapatillas y una sonrisa rebelde en mis labios. No puedo dejar de mencionar el cosquilleo que recorre mi espalda y mi vientre, el nudo en el estómago y mi corazón latiendo furioso... y es seguro que algo se me olvida.

Desde hace varias semanas en lo único que pienso es en comenzar el día con la hermosa visión de mi vecino y su mirada lasciva sobre mí. Esa

intimidante contemplación de mi cuerpo en movimiento es lo que produce todo lo antes mencionado y que yo prefiero reducir, otra vez, a una sola palabra: *nervios*.

No sé dónde vive ni la edad que tiene o si es casado o tiene hijos. Solo sé que es un delicioso ejemplar masculino digno de admirar. Eso pensé aquel primer día en que lo vi pasar en su lujoso y llamativo auto. Y sigo pensándolo.

Ese día que lo vi por primera vez... ese maravilloso día, ante semejante visión mi cerebro se desconectó por un momento. Estaba como ida, solo podía observar a ese hombre en ese auto. Lo demás, llámese, escuchar, caminar, hablar e incluso respirar se había tornado dificultoso, por no decir imposible.

Todo en él desprendía masculinidad, sensualidad y silenciosamente me pedía que lo mirara. Sus ojos, sus labios, su postura al manejar, sus dedos largos golpeando el volante al ritmo de una canción... Sus movimientos eran pausados y tranquilos, como si con ellos quisiera hechizarme. El codo apoyado en la ventanilla baja, el cabello al viento y la música a todo volumen. Todo el conjunto era una hermosa imagen.

Recuerdo que inspiré profundo, oculté mi sonrisa tonta y mi embelesamiento y, por instinto, podría decir, seguí apoyando un pie después del otro intentando correr. Supongo que no funcionó demasiado bien porque en segundos estuve besando el suelo.

No puedo decir claramente como llegué a esa posición y tampoco puedo aseverar como él llegó a esa posición. Solo sé que en un abrir y cerrar de ojos ese hombre estaba ahí, acariciando mi pierna y mirando mi rodilla sangrar, soplándola con esa boca tentadora que, por cierto, era preciosa, más de lo que podía haber visto a la distancia.

Todo él era mejor de cerca.

Su mirada descubrió la mía y, después de sonreírme, sus ojos hicieron un paneo lento de todo mi cuerpo. Situación que me incomodó. Tenía bastante a la

vista, no suelo correr demasiado vestida, a decir verdad.

Sentí calor, mucho calor, en ese momento en que sus verdes y penetrantes ojos me recorrieron y mi piel se erizó como si estuviese tocándome. Su perfume asaltó mis sentidos y su aliento me calentó, no solo la zona que sopló.

—¿Estás bien?

—Sí, gracias, estoy bien. —Mi respuesta salió con una quebrada voz que no parecía la mía.

Mis reacciones estaban delatándome y necesitaba huir de ese incómodo momento. Con esa decisión tomada, me levanté con la elegancia de una *lady*, acomodé mi poca ropa y, con la cabeza en alto, salí caminando. Solo me incliné a modo de saludo antes de irme, porque otra cosa no era capaz de hacer.

Desde esa mañana me encontraba con el auto, el conductor, sus ojos verdes y su descarado, cada vez que salía por mis ejercicios matinales.

Sé poco de él. Intuyo que es un vecino de mi barrio que a esa hora sale a trabajar y por eso me lo encuentro siempre. Sé que su mirada se posa en mí sin disimulo y reconozco que me produce una sensual molestia. Algo inusual en mí porque es un perfecto desconocido, y digo perfecto porque es realmente perfecto y desconocido porque nada más sé de él. Sin embargo, ambiciono verlo y consentirle que me mire cada día.

Normalmente no soy tan atrevida, más bien soy tímida con respecto a los hombres que no conozco. Eso me tiene algo mareada también. Mi propia reacción ante esta situación, que mi madre seguramente catalogaría de peligrosa, es demasiado rara.

Esta, en particular, es una mañana atípica, mi estado de ánimo está como el tiempo que amenaza con una tormenta de esas que traen demasiada lluvia y, aunque mi corazón palpita inquieto con la necesidad de exponer mi cuerpo al

escrutinio matutino, mi mente decidió descansar y dormirse a pesar del sonido del despertador.

Cuando por fin desperté ya era tarde para todo, para correr, para admirar esos maravillosos ojos, para ir a trabajar... incluso era tarde para enojarme por haberme quedado dormida.

Tomé un baño largo, delicioso, caliente y hasta me hice ese baño de crema para el pelo que hacía meses necesitaba y nunca encontraba el tiempo. Quedé relajada como nunca.

Una bata sobre mi ropa interior era lo ideal para lo que pensaba hacer ese día: Nada. A eso me quería dedicar en exclusiva.

Puse música y comencé a prepararme el desayuno, tarareando y moviendo el trasero y el timbre me interrumpió en lo mejor de la canción. Debo reconocer que pensé en no atender porque, supuestamente, no estaba en casa, sin embargo, algo en mi interior me dijo que lo hiciera, que era importante y entonces abrí la puerta.

¡Oh, mi Dios!

Sí, era mi Dios. El de los ojos verdes. Alto, buen mozo, increíblemente sexy, vestido con ropa casual: jeans y camisa, nada original, pero ¡qué bien le quedaba! Si tuviese que describirlo podría decir que era algo así como una fantasía hecha realidad, algo parecido a la perfección, a lo imaginado por cualquier mujer.

OK, tal vez es mucho, pero es la emoción de verlo en mi casa.

Miles de preguntas hicieron cola en mi mente para salir por mi boca, una era la más importante: ¿Cómo supo dónde vivo? Tal vez otra competía en jerarquía: ¿Qué hace aquí?

—¿Estás bien? —preguntó él, sin que yo fuese capaz de hacer mis preguntas, ni la más importante ni la que seguía. Solo pude asentir con la cabeza,

mudita, mi voz se negó a salir—. Muy bien, diría yo.

Debo aclarar que enfatizó en el “muy”.

A partir de ese instante todo fue borroso. Bueno, no todo, sí el comienzo. Está bien, nada fue borroso. Confuso y rápido sí, pero no pude negarme; lo intenté, un poco... o tal vez menos que poco.

Sus dedos, largos y elegantes, desprendieron el cinturón de mi bata y la abrió sin despegar su mirada de mí; la misma de todas las mañanas, esa que cargaba con demasiada intensidad. Recordemos que me debía la de hoy y me la estaba pagando con creces, ahora sobre mi semidesnudo cuerpo. Añado a semidesnudo... excitado, palpitante y acalorado cuerpo, para ser más explícita.

Sus manos acariciaron mis hombros y llevaron con ellas la prenda que tapaba mi desnudez y me dejó solo con mi ropa interior. Si recordamos, yo no pensaba salir y solo quería hacer nada, por lo que la prenda era de un simple algodón blanco con la palabra “Sexy” en color rosa chillón, con purpurina para dar más detalles. Se ve que le gustó, porque su sonrisa ocupó su cara y llegó a sus ojos.

—Me encanta —agregó, por las dudas que no me hubiese dado cuenta.

Esas fueron sus palabras antes de prenderse a mi boca como una ventosa. Fue increíble el beso que me dio y que yo me dejé dar. Su boca arrasó con la mía, su lengua entró y salió sin permiso, rozando mi propia lengua con confianza y sus dientes atraparon mis labios con fuerza y sensualidad.

Con un brazo apretó mi cintura y me elevó del piso, nos movimos unos metros y chocamos contra la pared.

Su pecho quedó contra mi pecho, sus piernas entre las mías y su necesidad enorme y dura, contra mi vientre.

Mi respiración ya estaba un poco descontrolada, ni hablar de mi mente, que no sabía ni qué pensar.

¿Mi cuerpo? No, él no tenía dudas, estaba como loco de feliz por las atenciones recibidas, tal vez solo un poquito más ardiente que otras veces, pero de eso no me quejaría.

Su mano libre agarró la mía y me la guió para que lo tocara por sobre el pantalón. Al sentirme soltó un jadeo y una palabrota.

¡Madre mía, esto es demasiado excitante!

Creo que ese fue el instante en el que reaccioné. Tal vez no lo empujé, no lo insulté ni le grité como debería haber hecho. Mucho menos lo eché. Simplemente, apreté su erección y moví mi mano de arriba hacia abajo, succioneé su labio inferior tirando de él y gemí. Como respuesta obtuve un gruñido de satisfacción y la mano de mi cintura se perdió entre mi ropa interior y mis glúteos.

Tres segundos tardé en desprenderle el pantalón y bajárselo y otros tres segundos en desabrocharle la camisa. Ya sus manos estaban por mis pechos acompañadas de su lengua, que también jugueteaba con ellos.

Nuevos jadeos y más gemidos atravesaron el silencio. Se rozó contra mi cuerpo, su piel estaba tan caliente como la mía y su pecho subía y bajaba al ritmo de su agitada respiración. Una de mis piernas terminó enganchada a su cintura y su sexo haciéndole una invitación al mío, imposible de rechazar, con su sensual acercamiento.

Me levantó para acomodarme a su antojo y en un abrir y cerrar de ojos estaba siendo invadida, con mi ropa interior de lado, sus dientes mordiendo mi cuello, sus manos agarrando fuerte mi trasero y moviéndolo para darse espacio y ahondarse en mí, lentamente.

Como si fuese un suplicio esperé hasta que llegó donde quería y entonces quedó inmóvil.

Solo escuchaba su respiración y la mía. Fue un instante en el que sentí

que el mundo desaparecía. De repente embistió contra mí y entró más profundo, su aliento calentó mi cuello y sus jadeos me transportaron al paraíso.

Es un hombre tan caliente, tan poderoso... sus movimientos son tan certeros y perfectos: lo necesariamente lentos para darme tiempo a respirar entre cada uno y lo fatalmente rápidos como para obligarme a sentirlo, haciéndome perder la razón.

Mis uñas se clavaron en sus hombros. Ya no podía controlarme, mis gemidos me estaban ahogando. Mi orgasmo era inminente, suponía que el suyo también porque sus jadeos eran sonidos desesperados.

Se detuvo unos segundos y me desesperé imaginando lo peor: que me dejaría así de incompleta, pero no... solo caminó hacia el sofá sin salir de mi interior y se sentó dejándome sobre él. ¡Quedó tan perfectamente dentro de mí...!

Su boca comenzó a bajar lentamente por mi pecho, su lengua humedecía mi piel y la erizaba a su paso. Sus dedos llegaron a mi entrepierna y mis caderas enardecidas comenzaron a moverse en círculos y de adelante hacia atrás o de cualquier forma que lograra aliviar un poco mi ardor.

Su cuerpo se tensó debajo de mí y dos simples palabras originaron que una sensación de electricidad me recorriera la espalda:

—Así, nena —Su voz ronca, distorsionada por el deseo, disparó en mí algo indescriptible que me llevó directo a mi primer clímax.

No permitió que dejase de moverme, me guió con una de sus manos y con la otra volvió a mi entrepierna y jugueteó con ganas mientras sus gruñidos eran más seguidos y mis sonidos casi lamentables. ¡Qué vergüenza!

Necesitaba gritar. Mordí mi labio y cerré los ojos, estaba transportándome a un mundo maravilloso donde lo único que existía era el calor de mi sexo con el suyo, sus manos en mí, yo a punto de estallar, su cadera

enterrada en la mía, sus labios en mi pecho... ¡Ahhh! Solo quería liberar mi ser en un grito desgarrador

Arqueé mi espalda y llevé mis manos a sus rodillas. No pude más y grité, no gemí, aullé de placer.

Mi cuerpo se tensó desde la punta de los pies hasta el cuello y sus movimientos finales alargaron mi goce. Su orgasmo lo tomó por sorpresa y me apretó contra sus piernas, más profundo, y se vació en mí.

Apenas podía mantener la espalda recta, cuando con sus manos me apoyó sobre su pecho y luchamos abrazados por recuperar nuestras respiraciones.

Me mordió el lóbulo de la oreja y un nuevo escalofrío me recorrió la columna. Eso me hizo sonreír y volver a la realidad.

Un susurro masculino y erótico irrumpió en mi cerebro y me dejó temblando de ansiedad.

—Esto es lo que va a pasar cada mañana que no te vea caminando.

—¿Perdón? —pregunté, porque creí no haber escuchado bien, sin embargo, afirmó con la cabeza sin dejar de mirarme y haciéndome saber que sí, había oído bien—. ¿Se supone que esto es un castigo?

No obtuve respuesta porque mi teléfono comenzó a sonar insistentemente, una vez y otra... y más veces...

De pronto mi mente conectó, intenté abrir los ojos que sentía demasiado pesados, ellos querían mantenerse cerrados y luché firmemente con intención de abrirlos más.

Estaba desorientada, agitada y sudada.

Me senté de un solo movimiento y algo confundida, porque no podía creer que todavía estaba en la cama. Miré el reloj que tengo sobre la mesa de luz y era casi el medio día.

—¡Dios mío! —dije susurrando—. Tuve el sueño más realista de toda mi vida.



Solo fue una actuación.

Yo:

Gracias por estar siempre que te necesito .

Escribí en un mensaje de texto en mi teléfono dirigido a Sebastian porque, como cada vez que discutía con mi marido, él me escuchaba, me entendía y me aconsejaba con infinita paciencia; no había sido la excepción esta vez.

Sebastian:

Así será siempre que quieras. También puedo estar para otras “cosas”, solo debes pedirlo.

Su respuesta fue casi inmediata y me robó una sonrisa. Nunca perdía la oportunidad de jugar esos juegos que prometían quemarnos en una hoguera infernal. Y mi cobardía, o tal vez mi cordura, nunca me dejaba seguir jugando, al menos, para sacarme las dudas de cuán reales eran sus promesas.

Yo:

Lo tengo en cuenta.

Respondí y ese fue mi último mensaje, y no mentí. Realmente lo tenía en cuenta. Más de lo que quería reconocer en voz alta.

Esas provocaciones llegaban cada vez más seguido y con más confianza. Hacían cada vez más ruido en mi mente y debo aclarar que provocaban uno que otro estremecimiento en mi cuerpo. Los recuerdos llegaban cada vez más nítidos, uno a uno volvían a mí y me hacían alucinar con volver a sentir esos hormigueos, esa pasión juvenil que había sentido en sus brazos.

Justo cuando mi cuerpo tanto necesitaba volver a recibir un poco de cosquillitas, mi mente se encendía recordando quién era capaz de hacérmelas sentir. Ansiaba una piel masculina rozando la mía, quería volver a disfrutar de esa urgencia, ese deseo... ¡Por Dios!, cuánto extrañaba sentirme así.

Sebastian era un amigo, ahora; en el pasado habíamos sido novios. De él tengo muy buenos recuerdos, diría que buenísimos para ser más justa. Por cosas de la vida su camino se disparó para el lado contrario al mío. Y, por cosas de la vida también, nos encontramos nuevamente.

Al día de hoy, mi vida matrimonial es un infierno. No soy feliz. Y justo llegó él para ponerme el hombro y el oído, aunque como amigo, uno de verdad. Obviando los textos atrevidos y mis pensamientos oscuros, me hace bien con su presencia, sus consejos y escuchándome sin juzgar.

Recuerdo el día que lo vi después de años de no hacerlo... Yo, para entonces, ya no soportaba a mi marido ni él a mí supongo. Las discusiones con él eran seguidas, inútiles, insoportables y eternas. Mis hijos aún son pequeños para comprender por qué sus padres discuten o se miran con mala cara, aunque mi esposo y yo intentábamos no hacerlo delante de ellos, nos fue imposible. No podíamos contenernos. ¡Llegamos a discutir por cada tontería...! Si yo hacía pasta para el almuerzo, él quería carne; si proponía una salida con los chicos, él prefería mirar una película en casa... y así era con todo. Si yo decía blanco; él, negro.

Cansada de toda esa porquería me anoté en clases de teatro. Eso me

mantuvo lejos de él tres veces por semana y yo hacía catarsis en el escenario creando personajes que me hacían largar la podredumbre de adentro. Ahí me encontré con Sebastian. No podíamos creerlo cuando nos vimos. Reímos y nos contamos miles de historias cuando, ese mismo día, nos tomamos tres cafés sentados en una cafetería cualquiera. No nos había alcanzado uno solo, entre tema y tema vimos pasar las horas del reloj y nos pusimos al día conversando sobre nuestras vicisitudes.

Me contó que su vida también había pasado por el infierno que yo estaba pasando, sin embargo, él ya lo había solucionado. Su divorcio era un hecho y estaba feliz con su nueva soltería desde hacía dos años. Tenía dos hermosas niñas de casi las edades de mis hijos.

—No entiendo por qué no lo dejas. —Me había dicho entonces, al escuchar mi historia.

—No sé. Tal vez la costumbre, los chicos, mis padres y los suyos, el dinero... Son muchas las cosas que me dan miedo y no me atrevo a dar ese paso. No sé cuál será su excusa, tal vez la comodidad. Él me necesita en casa para organizarle la vida.

Ese fue el comienzo de nuestra nueva amistad. Él me escuchaba y aconsejaba, yo le contaba y disfrutaba de su atención. No era condescendiente conmigo y sus consejos eran sinceros, yo hacía lo mismo con los míos. No había mentiras ni disimulos entre nosotros. Podíamos hablar de todo, no necesitábamos cuidar nuestras apariencias.

Hablando de apariencias, la suya es muy buena, incluso más de lo que recordaba. Ya era un hombre atractivo antes, muy seductor, masculino y algo atrevido, sin embargo, atrás quedó el joven rebelde y flacucho que fue; ahora tiene muchos más atributos dignos de ver. Se ha superado a sí mismo.

Ya hace poco más de un año que tenemos esta linda amistad. Largo y tedioso año en el que aguanto, estoicamente, no solo a mi marido, sino las insinuaciones de Sebastian.

Mi falta de sexo marital y su buena presencia me tenían al borde de la

tentación. Su mirada me decía que sus palabras eran ciertas, algo de deseo por mí había en esas pupilas brillosas y esa sonrisa picarona. Seguramente un poquito lo pervertía la situación de que su ex estuviese con necesidades de atención. Necesidades que, si bien no las expresaba, se daban a entender. Y en cuanto a mí, no solo me pervertía la situación, sino que me encantaba sentirme deseada, porque yo imaginaba que ansiaba, como un demente, hacerme suya. Me creía que esas miradas eran de deseo y que esas bromas eran verdades camufladas.

Quería con todas mis fuerzas sentirme una mujer anhelada otra vez. Solo eso.

Lo mensajes de texto comenzaban con simples comentarios o saludos, pero se desvirtuaban y calentaban al instante. Una vez, ante uno de sus desafíos, le mandé una foto mientras me probaba ropa en un local. Quién dice ropa puede decir trajes de baño, sí, ya lo sé, fue demasiado atrevido por mi parte. Su respuesta fue: «Acabo de tener una erección por tu culpa».

Me acobardé porque fue muy directo, y no contesté nada. A él no le pareció suficiente su comentario ni mi silencio y al otro día volvió al ataque.

Sebastian:

Ayer me tuviste todo el día excitado, ¿qué hacemos al respecto?

Después de pensarlo un rato, me atreví. Era un juego que estábamos jugando juntos desde siempre y no quería dejar de hacerlo. No medía consecuencias, me ilusionaba la idea. No pensaba en nada más.

Yo:

Lo que quieras y donde quieras.

Su respuesta fue una carita feliz. Me descolocó, no entendí... pero no preguntaría. Tal vez él tampoco se sentía cómodo con que la tontera avanzara

tanto y, un poco, me arrepentí.

Pasaron los días y seguíamos en contacto como si nada hubiese pasado. Nuestros consejos y largas conversaciones sobre la vida eran moneda corriente y cada tanto surgía una broma, aunque sin avance alguno. Como siempre.

Una noche, durante una de las clases de teatro que compartíamos, tuvimos que hacer una improvisación. Él y yo representaríamos a una pareja discutiendo y debíamos elegir el final, o nos peleábamos definitivamente o nos arreglábamos, pero debería surgir de la misma improvisación. Me pareció un lindo ejercicio para mi mente y me dejé llevar.

Comenzamos como si tuviésemos una pelea de celos por haberlo visto con otra mujer en intentos de seducción, y de pronto, nos vimos inmersos en una vorágine de sensaciones diferentes, mezclando todo, la ficción y la realidad.

—¡No entiendo por qué demonios buscas otras mujeres si yo estoy dispuesta a darte todo! —Supuestamente era una esposa reclamando fidelidad, así era el ejercicio. Sin embargo, me encontré recordando una de sus tantas aventuras con mujeres, que me había relatado entre risas. Lo que salía en palabras era lo que yo realmente sentía, muy dentro mío, y lo estaba gritando con furia y bronca. Puntualmente, el encuentro que había tenido con la secretaria del pediatra de sus hijas había aparecido de la nada en mi memoria, creando un espiral de emociones imposibles de manejar. Tal vez por ser la última que me había contado, quién sabe...

—Porque no me atrevo a pedirte más. ¿Acaso no te das cuenta?
—respondió elevando la voz, parecía frustrado.

—Hazlo, no te lo voy a negar. —Esas fueron las últimas palabras que yo dije en un grito lleno de lágrimas, y agitada.

Su cuerpo estaba cerca del mío, su mirada en la mía... De pronto y sin mediar palabra me tomó de la nuca, me acercó a su pecho y apoyándose de lleno en el mío, me besó. Fue un beso desesperado, embriagador y largo, perfecto y apasionante. Su lengua invadió mi boca sin pedir permiso y arrasó con mis miedos. Una mano llegó a mi cintura, bajó hacia mi trasero y me refregó contra

su sexo que ya estaba duro. Me asusté, esa reacción de él me hizo retroceder y reaccionar.

Respiré agitadamente y, mientras todos aplaudían, me alejé, aturdida y jadeando. Deseaba seguir esa escena, en otro lugar, solos. Pero sí, definitivamente, seguirla.

¡Estaba tan confundida, asustada y contrariada!

Me aterró al no comprender demasiado lo que había pasado y mucho más por no entenderme a mí misma. Su mano realmente me había tocado y sus labios me habían besado, a mí, no a un personaje ficticio, a mí. Un beso más que real y sentido que yo devolví de la misma manera. Y su erección... ¡Dios mío! también era real, como mi excitación al sentirla.

Pasaron al escenario un par de parejas más. Nosotros nos mantuvimos en silencio y alejados uno del otro. Mi corazón galopaba embravecido en mi pecho, mis piernas temblaban y tenía tanto calor que me desesperaba por aire fresco. Cuando pude escapar, salí al patio interno del teatro para tomar ese aire que me faltaba.

—Perdón, me dejé llevar —dijo Sebastian. Lo escuché después de un rato de estar sola, no sabía que estaba ahí.

Al escuchar mi suspiro se acercó indeciso y preocupado por mi actitud evasiva. Se mantuvo a mi espalda, yo no me animaba a darme vuelta y mirarlo a los ojos.

—No te preocupes, fue solo una actuación —dije, y mentí.

—No, no lo fue. —Me dio vuelta y me pegó a la pared empujándome con su pecho.

No habló, no me besó, no me tocó, solo respiró sobre mi boca. Me excitó tanto la situación que cerré los ojos y gemí. Sus manos se mantenían inmóviles apoyadas en la pared a ambos lados de mi cabeza. Sentí como de a poco su cuerpo rozaba el mío de una manera deliciosamente indecente. Mantuve mis ojos cerrados y mis manos quietas. Solo su jadeo y mi gemido se mezclaban. Su sexo rozaba mi vientre, aunque necesitaba que rozara otra parte que sufría en silencio

por un poco de su atención.

—Sebastian, Dolores... vamos que cierro. —Escuchamos a lo lejos la voz del profesor y volvimos a la realidad. Abrí los ojos y me encontré con los suyos cargados de deseo contenido.

Entramos al salón en silencio y cada uno salió del teatro rumbo a su casa, después de una despedida obligada al grupo de compañeros.

No volvimos a hablar ni a enviarnos mensajes, incluso falté a la clase siguiente ya que no quería verlo. Me daba miedo mi reacción. Nunca había vivido una situación igual y no sabía cuál sería mi respuesta a otra provocación, porque lo deseaba con locura. Quería ese segundo beso que me había negado, sus manos en mi piel y su sexo entrando en el mío, llenándome con furia. Me odiaba por eso, pero no podía dejar de imaginarme en sus brazos.

Un día más de clase de teatro... y yo estaba en la disyuntiva entre ir o no ir. No quería seguir faltando porque de verdad que me hacía bien. Lo analicé lo mejor que pude y no lo dudé más. Fui.

Esa noche llegué tarde, una nueva e inútil discusión con mi marido me había retrasado. Ya no daba para más la situación y nada tenía que ver Sebastian. Cargué un bolso con algo de ropa, llevé a mis hijos a casa de mi hermana y lo dejé solo. Estaba cansada de pelear por todo, no sabía lo que podía durar esa pelea o separación, pero sí sabía que no quería seguir así. Me había cansado de todo, de él y sus reyertas absurdas y hasta de los llamados telefónicos a media noche a su móvil. Una cosa nueva y demasiado humillante para soportar. Yo no me merecía eso.

Salí del automóvil e inspiré profundo para luego exhalar, no solo el aire retenido, sino las broncas y nervios. Caminé a paso rápido por la calle oscura porque no me sentía segura. Maldije en varios idiomas el no haber conseguido lugar para estacionar en la puerta del teatro.

Sebastian me asustó cuando me tomó del brazo para evitar que entrara al largo y oscuro pasillo del recinto y casi grité, pero entonces se colocó frente a mí.

—Dolores, tenemos que hablar. —Su aliento llegó a mi cara y me estremeció. Me gustó verlo tan desalineado, no sé por qué, pero me gustó; estaba despeinado, con un poco de barba y una simple camisa blanca. Parecía más joven y más buen mozo, aunque también parecía asustado o preocupado.

—No me parece —dije alertada por su mirada. Se acercó impulsivamente y apoyó sus labios en los míos, no me beso. Me gustaba que me dejase con las ganas, me seducía su actitud, sin embargo, me frustraba la idea de no animarme a terminar lo que él empezaba. Me alejé dándole la espalda, pero no pude dar un paso.

—A mí sí me parece —dijo rotundamente, y me tomó las manos llevándomelas hacia atrás, mis palmas quedaron a la altura de su sexo que crecía ante mi contacto, su pecho se inflaba y rosaba mi espalda en cada respiración. No se demoró en apoyarse más y refregarse contra mí después de escuchar mi gemido. Cerré los ojos al sentirlo, era delicioso escuchar como su respiración se agitaba. Una de sus manos apretó mi vientre y su lengua rozó mi oreja.

—Te deseo de una manera que ya no puedo controlar. Esto provocas en mí.

Empujó más su cuerpo contra mis manos y se movió. Mis dedos apretaron y me encontré acariciándolo, sin mirarlo. Gemí otra vez al sentir sus dedos en mis pechos. Su boca bajaba por mi cuello, lamiendo y mordiendo, excitándome como nunca creí que podía hacerlo una persona que no estaba tocando mi entrepierna. Mi marido necesitaba demasiado tiempo para hacerme sentir de esta manera y Sebastian solo necesitaba respirarme cerca.

—No sigas tocándome, muñeca, porque no respondo de mí. —La mano que pellizcaba mi pecho sensible llegó a mi cuello, llevó mi cara hacia atrás y por fin su boca apretó la mía—. Bésame.

Esa sola palabra me hizo cerrar los ojos, abrir la boca y perderme entre sus labios, su lengua y sus dientes; un trio perfecto de sensualidad. Giré entre sus brazos y nos besamos desesperadamente. Nuestras respiraciones no estaban controladas y mucho menos mi corazón. ¿Mi sexo? Era un caso perdido,

lagrimeaba por atención.

Escuchamos voces que se acercaban y para alejarnos tomó mi mano y me sacó de ahí. No me di cuenta cómo había llegado, sin embargo, ya estaba atrapada contra la pared en un lugar oscuro, en medio de la calle, siendo devorada por esa boca que me había quitado el aliento. Apoyaba su cuerpo, con todo lo que tenía, sobre el mío refregándose sin piedad.

Yo tenía pantalones por lo que, más que tocarme descaradamente como lo estaba haciendo, no podría hacer. Al menos, no en medio de la calle. Levantó una de mis piernas hasta su cintura y me apoyó justo en ese lugar necesitado y ardiente. Siguió con ese movimiento excitante por el tiempo que quiso. Yo estaba a punto de volar por los aires en un orgasmo incontrolable. Sus labios eran deliciosos, sus manos atrevidas y sabias, y su cadera demasiado ágil. Levantó mi camiseta, corrió la copa de mi sostén y con una mano estrujó, apretó, pellizcó... y todo me gustaba.

Cada tanto abría sus ojos para encontrarse con los míos, buscando aprobación y la encontraba, me era imposible alejarme de esa incontable cantidad de sensaciones placenteras. Estábamos a punto de explotar de deseo. No podía controlar mis gemidos ni él sus jadeos.

Apreté sus nalgas para que me apoyara más fuerte, lo necesitaba, necesitaba la descarga que viene normalmente después de tanta provocación. Al notarlo desprendió los botones de mi pantalón y metió su mano, evitó mi ropa interior y se encontró directamente con mi piel húmeda, caliente y expectante.

—¡Dios mío! —Esa fue mi pobre queja. Era demasiado. Llevé mi cabeza hacia atrás olvidándome de su boca que, al sentirse vacía, la llenó con mis pechos. Se movía con desesperación de uno a otro y, con desesperación también, movía sus dedos dentro de mí y fuera, guiándome, sin posibilidad de dominio alguno, al más arrollador de los finales.

Mis gemidos eran dignos de película triple X.

Ante tanta pasión no me resistí y metí mi mano en su pantalón, me apoderé de su necesidad y la dominé como una profesional. Sentí sus jadeos y no

me detuve, aunque él tampoco. Grité un «sí», fuerte y claro en el mismo momento que mi cuerpo se derretía en su mano. Me sostuvo y no paró hasta que pude silenciar mis sonidos.

Una vez que me recuperé y abrí los ojos, me encontré con la imagen, por demás de erótica, de su mano dentro de mi pantalón, su cara apoyada en mis pechos, sus ojos vidriosos cubiertos por el velo del deseo y mi mano con su firme erección entre los dedos. Sin pensarlo demasiado me arrodillé frente a él y le robé placer con mi boca. Sus ruidos fueron muy excitantes, tanto que ya me tenían otra vez deseosa de él, y él estaba al límite.

—Te necesito dentro de mí —dije sin vergüenza y entre suspiros con mi boca aún ocupada.

Sacó un preservativo de su cartera y en pocos segundos me quitó del medio y se lo puso. Yo me bajé los pantalones. Me giró y entró en mí desde atrás, sus manos se quedaron en mis pechos y su boca en mi cuello. Se movió rápido y efectivamente, como para guiarme al precipicio del placer en poco tiempo.

Soy de varios finales explosivos si mi acompañante es bueno y vaya que lo era. Vino un segundo estallido absolutamente poderoso. Sus jadeos se intensificaron en mi oído, sus dedos pellizcaron mi pecho con fuerza y terminó con una última estocada profunda y liberadora.

Nos quedamos pegados, cuerpo a cuerpo, durante un rato. Jadeando e intentando controlar la respiración. Estaba casi lográndolo cuando una risa ronca me llegó al oído y quedaba vacía de él.

—Esto fue una locura —dijo arreglándose los pantalones y besándome en la cabeza.

Yo no me moví, me daba demasiada vergüenza... No podía creer lo que había hecho siendo presa de la pasión y el deseo que ese hombre provocaba en mí.

Al notar mi inmovilidad, él me giró dulcemente y me acomodó el sostén y la camiseta, pero antes me besó cada uno de mis senos de una manera

demasiado dulce e íntima. Levantó mi pantalón con mi ayuda y mientras me lo prendía, me besó con un beso tierno, que acabó por derretirme. Tanta pasión y dulzura en un hombre no era lo que quería ni esperaba, y mucho menos buscaba.

O si y, por eso, no podía verlo más. No, al menos, en este momento de mi vida en el que mi corazón llora tanto como mis ojos por un matrimonio en agonía.

—No quiero volver a verte, Sebastian —dije sin pensarlo demasiado. Era cruel de mi parte, lo sabía. Pero necesitaba estar distanciada de él tanto como el aire para respirar. Me miró con algo de enojo y frustración.

—Pero... Dolo, no pensé que... Los dos lo disfrutamos. ¿O no?

—No me malinterpretes —dije, tomé su cara y lo besé. Me derretí por él, me sacié de su boca. Sus manos apretaban mi cintura y me abrazaba de una manera que me estremecía. No podía con todo, no podía... —Me gustó tanto que no puedo repetirlo. Ni verte y no querer hacerlo. Lo siento... Fue un verdadero placer.

Me alejé dejándolo desconcertado.

Hice dos pasos y volví.

—Por favor, no me llames ni me escribas. Podrías lastimarme demasiado y no quiero que lo hagas. Hasta puedo herirte yo, sin la intención de hacerlo. Una vez que resuelva mi vida, tal vez te llame. —Con una mano volví a tomar su cara y lo besé aspirando su aroma y llenándome de su olor—. Adiós.



Amándote en silencio.

Espero que esté lista, aunque lo dudo. Siempre tengo que esperar unos largos y tortuosos veinte minutos cuando la paso a buscar. Claro que no me importa mirar cuando se cambia y me muestra dudosa qué ponerse o qué no. Me encanta cuando me pregunta si prefiero el vestido o la falda, o si está bien el color de zapatos que eligió..., y no solo porque puedo recorrerla con mis ojos a gusto para dar mi veredicto, sino porque le interesa mi opinión y confía en ella.

A mí me gusta todo lo que se pone, es hermosa, me encanta todo de ella, sus piernas me fascinan y todo lo que un hombre mira de una mujer, en ella, me gusta. Por supuesto que si lo supiera no actuaría así conmigo. A veces es un castigo, una tortura que disfruto como loco, sin embargo, otras veces me hace sufrir. Ayudarla a deslizar un cierre desde la cintura hasta el cuello, con su suave espalda descubierta, y no poder tocarla como quisiera, hace que me duelan las manos, ni hablar de mi entrepierna.

Ella cree que soy una amiga más, así me trata, no como a un hombre que la ve como una mujer. No se da cuenta de que es hermosa ante mis ojos y que mi cuerpo la desea. Todo mi «yo» la quiere.

Cuando la veo, mi corazón se acelera enloquecido y me asusta no poder seguir manteniendo mi secreto. Tengo las palabras lastimándome la garganta. La amo. Ella no lo sabe, no se lo dije porque no me animo y prefiero seguir siendo su amigo del alma; su confidente; su compañero de salidas, borracheras y trasnochadas; incluso de dormidas en la misma cama, abrazados; cualquier cosa que la mantenga cerca, es eso o de perderla por declararle mi amor. Amor que, por cierto, no es correspondido.

Ella tiene millones de pretendientes, es demasiado simpática y carismática, todo el mundo queda encantado cuando la conoce, es extrovertida y divertida. Aunque también es selectiva y no deja que se le acerque cualquiera. Tiene pocos amigos verdaderos y yo, por suerte, soy uno de ellos, aunque muera de deseos por ser otra cosa.

La he visto besarse con varios chicos (odiando a cada uno de ellos), incluso la he rescatado de más de uno que, borracho, ha intentado propasarse con ella. La he acompañado al médico y me he quedado con ella mirando películas de amor un domingo de lluvia. La he ayudado a estudiar más de una vez y ella a mí. Hemos cocinado y hasta quemado la comida. El de ella es el primer llamado el día de mi cumpleaños y el último mensaje tonto por las noches antes de irme a dormir. Ella es quien me roba las sonrisas en un día malo y por quien más suspiro. Ella es mucho en mi vida.

Hemos hecho tantas cosas juntos... Por eso sé que ella es mi otra mitad, podría casarme mañana y sería feliz eternamente, lo tengo clarísimo. Sin embargo..., es mi amiga y sé que está esperando a que su príncipe azul llegue en su caballo blanco y la colme de amor.

Yo no soy príncipe, ni azul y mucho menos tengo un caballo blanco, aunque sí podría colmarla de amor.

Llego al edificio y abro la enorme y pesada puerta de vidrio sacudiendo la cabeza para quitarme los pensamientos que día a día se me hacen más

molestos. Al llegar a su departamento escucho la música a todo volumen, es lo normal, así escucha música ella. Toco timbre con la ansiedad a flor de piel, cada vez que la voy a ver me pasa eso. Daría lo que no tengo por un abrazo y beso de su carnosa boca cuando abra esa puerta, sin embargo, me conformo con esos labios sobre mi mejilla y que la imaginación me invada por las noches. Ahí sí, la beso como quiero, la acaricio y la toco como me gusta, le hago tantas cosas como mi cuerpo desea y la abrazo para dormir pegados después de decirle cuanto la amo. Gracias a Dios por mi imaginación y mi capacidad de soñar, porque sin ellas no podría resistir más las tentaciones. Aunque debo reconocer que cada vez son mayores y mi capacidad de resistencia está llegando a un límite que no voy a poder controlar.

—Hola, guapo. —Y ahí vamos... Me atiende envuelta en una toalla. ¡Qué castigo!, mierda. Me besa la mejilla y me da paso. —En cinco minutitos estoy lista.

—Me imaginaba que tenía que esperar cinco minutitos— digo, y sonrío. Me da la espalda, después de darme otro beso y camina hacia su habitación.

Yo no le quito los ojos de encima, me acomodo lo que crece en mi pantalón y me sirvo un vaso de agua para refrescar mi temperatura corporal. Odio esta situación, ya no la soporto. Sé que dije que prefiero tenerla cerca, pero ya es inhumano desearla y quererla tanto.

—Sergi, ¿falda o pantalón?

—Desnuda. —Uh, se me escapó. Solo quise pensarlo, me traicionó el subconsciente. Se asoma por la puerta, a medio vestir, y levanta una ceja. ¡Es tan linda! —Con tal de que te apures, sal como estés—. Creo que la arreglé, a juzgar por su sonrisa, eso me parece.

—Me parecía que no podía ser tan atrevido mi amigo.

—Sí, puedo serlo. —Esta vez le dediqué la mirada y la sonrisa que, los hombres, tenemos reservadas para la conquista, esas que creemos que nos

beneficia y nos transforma en galanes. Claro que no tengo ni idea si sirve, aunque yo me siento un ganador cuando las hago.

—Sí, lo he visto. Con alguna de tus “chicas” te esmeraste bastante. —Ok, eso sonó a queja, crítica, reclamo... ¿qué está pasando? Son solo ideas mías seguramente. Me convenzo de eso y me concentro en la tarea que me toca cuando la veo acomodarse frente a mí, de espaldas—. Súbeme el cierre, por favor.

Esta vez no evito el roce, sí, puedo ser atrevido. La toco con la punta de mis dedos, intento hacerlo con disimulo, pero me tiento y los apoyo demasiado. Me acerco para sentir el aroma de su piel limpia, aún no se puso el perfume que me gusta tanto, cierro los ojos y me envuelven mil sensaciones provocadas por la música, su cuerpo, su olor, mi amor y... Me encuentro besando su cuello con total dulzura y con demasiadas ganas de morderla y lamerla para seguir así hasta su boca. La noto estremecerse, una sonrisita traviesa se escucha lejana y me vuelve a la realidad.

—Me haces cosquillas. Ya entendí, puedes ser atrevido —me dice. Le sonrío y la veo alejarse otra vez.

¿Que fue eso?! No solo la besé, sino que se dejó. Su voz sonaba algo acelerada o relajada o que se yo, diferente. No quiero ilusionarme pensando que le gustó, pero su reacción fue... Sí, le gustó.

Conozco de mujeres, no soy un adolescente, tengo algo de experiencia. Hubo un instante de atracción, una tensión en el ambiente que nos envolvió a los dos, no solo a mí. ¿Qué hago ahora? Quiero más, quiero verla otra vez estremecerse, quiero escuchar esa voz de mujer confundida o ¿excitada? Tal vez no sexualmente, pero sí, esa excitación que produce la espera, el no saber cómo seguir...

Dije que no soy un adolescente, aunque estoy actuando como tal. Es que no es una mujer cualquiera, no puedo simplemente seducirla y llevármela a la

cama y si no resulta despedirme para no volver a verla. Ella es mi amiga, la que está en las buenas y en las malas y la que cuenta conmigo en las mismas circunstancias.

—Lista. ¿Cómo me veo?

—Hermosa. —Apenas si me moví desde que se fue y volvió. Estaba demasiado inmerso en mis pensamientos. Hasta que la ví y otra vez me sentí mareado por su presencia. No entiendo, ¿qué me está pasando? Si fuese mujer diría que estoy en “esos días”, pero soy hombre, mayor y experimentado... ¿Entonces?

Se pone en puntas de pie y me da un beso en la mejilla.

—¿Vamos? —La miro a los ojos, me sonrío y respondo a su sonrisa.

—No.

—¿Qué pasa? —Su carita es de desconcierto absoluto. ¡No puedo más!

—Pasa que voy a besarte.

Espero unos segundos buscando una reacción en ella que frene este impulso, pero no la encuentro o no quiero encontrarla. Una de mis manos va a su cintura y la otra a su cara. Me acerco como en cámara lenta, esperando la bofetada o la huida. Nada pasa, o sí, sus ojos se cierran ante mi cercanía y sus labios se abren.

¿Esto realmente está pasando? Ella quería que la besara, lo estaba esperando, y yo como un estúpido evitándolo tanto tiempo.

Mis labios se hunden en la suavidad de los suyos y cierro los ojos aspirando ahora sí, su perfume, que me vuelve loco. Claro que esto solo no me alcanza, vuelvo a repetir la acción, dos veces, inclinando cada vez más mi cabeza para poder anclar en esa boca tan tentadora y dispuesta, y poder invadirla como siempre quise. Cuando la tengo en la posición que buscaba, mi mano se acomoda en su cuello, la otra aprieta aún más la cintura para atraerla un poco

hacia mí y muerdo su labio inferior.

¡Por Dios esto es delicioso!

Tengo una erección increíble con solo este beso. Definitivamente deseo a esta mujer con desesperación. Abre los ojos unos segundos y sobre mi boca, sonrío. No puedo más, esto es irreal. La beso con dedicación, mi lengua encuentra la de ella y con mi suspiro ella larga un gemido, suave y precioso que me llena de necesidad de más.

Freno mis alocadas manos porque están tomando valor y quieren viajar por su cuerpo... No, no, ella es otra cosa. Con ella todo va a ser lento y maravilloso. Por supuesto, si ella quiere. Yo sí, por Dios que sí. Vuelvo a morder su labio y me alejo con dos suaves besos a modo de cierre de este inesperado momento. Cuando abro los ojos ella todavía los tiene cerrados, al levantar los párpados se encuentra con mi mirada y mi silencio. Estamos muy cerca. Mi cara a pocos centímetros de la suya y con demasiadas intenciones de seguir besándola.

—¿Puedes decirme algo? Quiero que me digas algo —pido. El silencio me está consumiendo.

—No sabía que besabas tan bien. —Me río de su comentario y le doy un suave pico en los labios.

—Esa es solo una muestra, si te interesa puedes... —No puedo seguir hablando porque ella me atrapa la boca con la suya y la cara con sus manos.

Esta mujer me va a matar, no la hacía tan pasional. Me está devorando la boca con apremio, yo la acompaño y por momentos le quito el control, porque no puedo serenarme. ¡Esta es la misma boca que me atormenta cada noche y ahora está entre mis dientes!

—Por favor, nena... No puedo así. —Quiero que pare porque mis manos ya están en su cadera a segundos de acercarla a mi sexo y apoyarla para hacerle

saber que la necesito.

—No te frenes, esto tenía que pasar algún día. —¿Qué? ¡Qué! Apenas si despega sus labios de los míos para hablar y sigue perdida en el beso que, a esta altura, me tiene con taquicardia.

—¿Qué me quieres decir? —digo sin frenarme, porque ella me lo pide. Su vientre se apoya en mi entrepierna, ya enorme y dispuesta a satisfacerla, gracias a mis manos que no son controladas por mi mente, sino por mi deseo. Y mi deseo las guía a su hermoso trasero para tenerla más pegada a mí. Quiero que me muerda o me pellizque para saber si todo es real o es un sueño más de esos que tan hábilmente me invento cada noche.

—Que te gusto y me gustas. Que tenemos ganas y nadie nos impide hacer esto.

Ok, basta. ¡No puedo ser tan estúpido!

Me alejo haciéndola perder el equilibrio, su boca queda abierta y sus manos caen a su costado cuando alejo mis hombros donde estaban apoyadas. Sus ojos se abren dejándome ver la furia y el deseo en su mirada.

—¿Qué? —pregunto.

—Sergi, por favor, que no viste un fantasma.

—No entiendes... No sabes lo estúpido que me siento, Pao. Esto... Este beso... o cualquier acercamiento, en realidad, era impensado para mí. ¿Desde cuándo? Digo, me gustas, sí, mucho. Más que eso... No importa. Pero..., mierda... que sí, importa. —No sé con certeza que quiero decirle. Necesito saber cómo y cuánto le gusto, porque ella para mí es algo especial. Me acerco otra vez, abrazándola por la cintura y pegándola a mi cuerpo, ya estoy decidido a todo, no hay más nada que pensar.

—¿Estás segura? —pregunto sobre sus labios, y apenas si la dejo razonar con mis besos. Siento su movimiento de cabeza afirmando y me dejo

llevar por el deseo inmenso que tengo por esta mujer.

Desprendo el cierre de su espalda y por fin puedo acariciar la maravillosa piel femenina con mis manos. La recorro un millón de veces sin alejar mis labios de ella, su cuello huele riquísimo con ese dulce perfume que me invita a morderla y lo hago, una y mil veces. Mi lengua lame después para sentir la piel erizada.

Esto es mejor que en mis sueños. Sus manos ya están dentro de mi camiseta y las siento quemándome. Me roza con las uñas, la muy atrevida, y mi sexo palpita, la reclama, la llama. Deslizo el vestido por sus hombros y en dos segundos cae al suelo. Solo tiene una pequeña tanga de encaje de color negro y su piel estremecida y caliente, nada más y nada menos, y todo está servido para mí. La ayudo a sacarme la camiseta, me desprende el pantalón y ese simple roce de sus manos en mí, me hace gruñir desesperado. Mi respiración está descontrolada y mi corazón es puro golpeteo. Ella no se queda atrás.

Una vez desnudos, me dedico a saborearla como lo soñé más de una vez. Bajo por sus hombros y beso cada centímetro hasta sus pechos, me pierdo en ellos. Sus manos se enredan en mi pelo y escucho sus gemidos suaves, son como una dulce canción. La abrazo por la cintura y la pongo a mi altura. Camino con ella en mis brazos y sus pechos en mi boca, estimulándolos con mis dientes y mi lengua. La llevo a su habitación. Tiramos toda la ropa desordenada de su cama y nos dejamos caer abrazados.

Mis manos están mareadas, sin rumbo fijo. Quieren tocar y apretar todo y a su vez no hacen nada. Respiro profundo perdiéndome en su mirada lujuriosa para lograr algo de control. Si dije que era hermosa, me parece que me quedé corto, es perfecta. Sus labios húmedos y rojos, su pelo enmarañado por mis manos, sus mejillas sonrojadas por el calor, su pecho que sube y baja y me regala una hermosa vista de esas dos tentaciones que ahora voy a estrujar, y su aliento mentolado invadiendo mi boca me tienen atontado.

Pienso en decirle que la amo, pero no lo hago. Lo digo en silencio y cierro los ojos para asegurarme de retener mis palabras.

Llevo sus piernas a mi cadera, no quito mi mirada de la suya y pongo otra vez esa sonrisa que, creo e intento, dice que la voy a hacer gritar de placer. Eso espero... que diga eso mi sonrisa y que yo logre hacerla gritar de placer.

Pone sus manos en mis mejillas y yo a cada lado de sus hombros. Entro demasiado lento en ella, aunque mis ganas me piden hacerlo de una vez, rápido y profundo. Mientras la penetro sus ojos van cambiando, su mirada se va transformando en algo precioso y sus labios se van abriendo, ahora sus párpados van cayendo y se deja llevar por el placer. Es una imagen divina y yo lo estoy logrando, la estoy guiando al goce que siempre soñé. Muerde su labio inferior y gime cuando llego a lo que cree que es lo más profundo, pero tengo más para darle y lo hago en un solo movimiento. Me quedo esperando su respuesta que no se hace rogar, abre los ojos rápidamente y grita ante mi intromisión agresiva. Sé que le gustó.

Voy por otro grito porque me hizo temblar de placer sentirla tan entregada y expectante. Clavo mi cadera en la suya y se arquea del gusto. La tengo como quiero. No dejo de moverme, me encantan sus reacciones, permanece con los ojos cerrados, se guía por el placer que siente. Sus dedos se clavan en mis brazos, hombros y espalda, a veces llegan a mis glúteos y me hunde más en ella como si necesitara más de mí. Llevo mis manos a su cara, apoyando mis codos a los costados, y acaricio su cabeza sin dejar de moverme. Quiero gritarle que la amo, no puedo despegar mi mirada de sus gestos y sentirme invadido por el amor que me genera, pero soy demasiado cobarde. Me descubre mirándola y me sonrío, pero no le sale demasiado bien porque no la dejo sonreír por mucho tiempo, exprimo su goce. Cada movimiento mío es más profundo y agresivo, está casi al borde de su fin, ese que quiero lograr, ese que deseo ver en detalle. Muerdo sus pechos suavemente y succiono para despertar más placer.

Ya casi no puedo respirar de lo agitada que es mi respiración, jadeo, digo su nombre, le pido su placer, su éxtasis... y me lo da.

Gime, grita y se retuerce bajo mi cuerpo. Arquea su espalda llevando su cabeza hacia atrás y, mordiéndose sensualmente el labio inferior, ahoga un grito tensando su cuerpo. Es demasiado para mí.

Sus músculos me aprietan y me obligan a llegar a la culminación que quería demorar un poco más, pero es imposible. Me dejo llevar, esto es un deleite que no quiero demorar más y la ayudo a que ella haga lo mismo.

Vamos juntos, explotamos juntos.

La abrazo y la beso mientras nos recuperamos, o eso espero. Yo ya sé que no podré recuperarme nunca de este torbellino de placer, deseo y amor.

Todas mis fantasías y sueños fueron opacados con esta realidad.

Me recuesto en la cama y la abrazo contra mi cuerpo. ¡Se siente tan bien tenerla así...! Su piel es suave, cálida, deliciosa; su boca me provoca besarla sin parar, sus labios se amoldan a los míos de una forma indescriptible y su cuerpo es maravilloso, me pide en silencio que lo toque y lo vuelva a encender para tomarla y hacerla gozar otra vez. Podría pasar la noche entera haciéndole el amor.

—¿Qué hacemos ahora? —me pregunta usándome de almohada, cosa que me encanta. No entiendo muy bien su pregunta porque abarca muchas cosas, sin embargo, no quiero parecer más tonto de lo que parecía al principio, por lo que opto por el silencio y las caricias—. Digo, salimos o nos quedamos a dormir. Esas son las dos opciones.

—Si yo soy quien decide, nos quedamos, pero no a dormir. Aunque puedo comportarme como un caballero y dejar que tú opines —digo riéndome y mirándola. Esa frase me hace ganar un beso.

—Entonces nos quedamos. —Gira su cuerpo y sube al mío, la abrazo y

quedamos totalmente en contacto, piel a piel.

Atrapo su cara con mis manos y la beso, dulcemente, porque estoy muerto de amor por ella y no lo sabe y, lo peor de todo, no se lo voy a decir.

Ella lo dijo: «te gusto y me gustas», no espero nada más. Realmente no esperaba nada, esto se dio sin pedirlo y lo voy a aprovechar otra vez.

Bajo mis manos a su espalda y comienzo a estimular sus sentidos. Muevo mi cadera y hago que me sienta. Ella me imita y comienza con esos besos intensos y sensuales que da. Tomo su pelo entre mis dedos y tiro de él para mirarla a los ojos. Veo otra vez deseo, mucho deseo.

Se sienta sobre mí; toma mi sexo en sus manos, cierro los ojos porque no me lo esperaba; me introduce en ella y largo un suspiro eterno hasta que logra la profundidad total. La tomo de la cadera y la hundo más, abro sus piernas un poco y me acomodo más dentro aún.

Ella gime. Me encanta que gima tan dulcemente, es tan sensual. Apoya sus manos en las mías y comienza a moverse, no tiene un ritmo fijo y me vuelve loco ya que no sé qué esperar, las sensaciones me bloquean y jadeo de puro placer. Ayudo sus movimientos con mis manos, al bajar la hundo más profundamente y ella se retuerce, se refriega contra mí. Sus pechos se mueven y no puedo dejar de mirar todo lo que mi vista abarca.

Llevo una mano a su sexo y ese simple roce la estremece y la hace largar un gritito demasiado caliente para soportarlo en mi estado. Acelera su movimiento y adquiere una cadencia que amenaza con hacerme perder el control de lo que se está originando en mi interior, un orgasmo arrasador está por arremeter mi cuerpo, tengo que pararlo, quiero que ella termine primero. Pero es tanto lo que me gusta su movimiento que no quiero cambiar de posición. Juego con mis dedos, la distraigo, bajo su cuerpo con una mano apoyada en su espalda y muerdo sus pechos. Muevo mi cadera lo más rápido que puedo y la siento temblar, está a punto, entonces sí, la vuelvo a dejar libre para que retome la

posición, que me destruya con ese movimiento suyo y que haga de mí lo que quiera.

Pellizco sus pechos y la incito con mis dedos en su sexo. Se tensa, grita, gime, suda, y me lleva a esa tormenta de placer que me había prometido en silencio con sus vaivenes. Cierro los ojos y me dejo caer en el más puro placer, escuchando sus sonidos. Esto es perfecto. Ella es perfecta. Más de lo que pensaba e imaginaba, incluso más de lo que soñaba.

Se desploma sobre mi cuerpo y la abrazo. Perdido en mis pensamientos, acaricio su espalda, bajo y subo una y otra vez, beso su frente y ella acaricia mi cabeza hasta que se queda dormida. En silencio.

¿Y ahora? ¿Qué pretende de esto? ¿Cuándo le digo que la amo? ¿Se lo digo o no lo hago nunca?

Escucho su respiración suave contra mi pecho, sus manos no se mueven. Está dormida en mis brazos, como tantas veces fantaseé.

Es tan adorable, tan dulce y sexy a la vez.

—Te amo, princesa, y seguiré haciéndolo en silencio hasta que quieras escucharlo y si ese día nunca llega... Seguiré amándote en silencio.



Una noche cualquiera.

Él la tomó con dos dedos y la sábana cedió los centímetros necesarios para dejar a la vista lo que faltaba de esa pierna larga y delgada que tanto le gustaba. Sí, era delgada, pero a él le gustaba mucho que ella lo fuese.

Sonrió con picardía al ver el camisón arrugado sobre la cintura, apenas si lograba tapar algo del costado derecho; el izquierdo le daba una tentadora imagen de su ropa interior rosada. Observó con detenimiento una rodilla un poco flexionada, la otra extendida, las uñas de los pies tan cuidadas y perfectamente pintadas en ese carmesí fascinante, el vientre demasiado plano y los pechos pequeños; y esa carita de niña buena, tan relajada y tan bonita a su modo de ver. Tenía labios finos y delicados, pestañas largas y nariz respingona... le encantaba.

A ella no le molestaría que él mirara un poco más, de eso estaba seguro. Porque él la miraba mucho y siempre, ella lo sabía y coqueteaba con eso volviéndolo loco más de una vez.

Acercó sus labios a un hombro y sopló con suavidad el hueco que se formaba en la unión de éste con el cuello. El roce de ese fresco aliento sobre la

blanca piel produjo una hermosa respuesta que no pudo dejar de admirar. Era precioso ver como toda esa suave piel se erizaba ante sus ojos y esos pechos, firmes y redondos, libres del sostén y cubiertos por la delgada tela del camisón blanco, se volvían oscuros y duros. Eran demasiado erótico. Ningún hombre que, se preciara de tal, podría dejar de observar esa imagen, pensó.

Otro soplido, otra ola de aire fresco y otra maravillosa reacción.

Volvió a sonreír al ver como ella se acomodaba de costado y su trasero quedaba a la vista, cubierto con casi nada de esa pequeña prenda de algodón.

Se acomodó desnudo en la cama, rozando cada parte de ese armonioso y precioso cuerpo. Le acarició la espalda con un dedo y con sus carnosos labios besó otra vez el hombro desnudo, siguiendo un sutil camino de suaves roces hasta el lóbulo de la oreja.

Un dulce gemido femenino fue la invitación perfecta para que esa mano que solo acariciaba la cadera de ella subiese por el vientre hasta una de esas redondeces perfectas y tan sensibles a sus pellizcos.

—Mmm, hola —dijo ella casi gimiendo.

—Hola —le susurró él al oído.

—¿Es muy tarde?

—No tanto. Te voy a dejar dormir por la mañana, no te preocupes.

—¿Fueron todos? —Esos ronroneos lo estaban matando. Y ese leve movimiento de cadera contra su sexo también era bastante provocador, pero jamás se quejaría.

—No faltó nadie. Era su cumpleaños, por supuesto que irían todos —respondió él sin dejar de acariciar el cuerpo de su esposa, que despertaba ante sus caricias.

—¿Había mujeres?

—Solo tres, la hermana, una amiga y la prima.

—¿Lindas?

—Preciosas y sexys —dijo sonriendo, sin creer ni una palabra de los mentirosos celos de ella, y le pellizcó el cuello con sus dientes.

—¿Y por qué volviste entonces?

—Dijeron que no les gustaban los morenos —ella rio, y se puso boca arriba para poder encontrar con la mirada esa cara dulce de rasgos fuertes y llamativos.

Él sonrió ante la expresión somnolienta de ella y vio esos ojos, tan celestes como el mar, anclar en su boca con una mirada anhelante. Ella amaba esa boca grande de labios gruesos y calientes, también esos ojos oscuros y brillantes que la recorrían ansiosos.

—Ellas se lo pierden. —Él cerró los ojos cuando ella enredó sus largos dedos en el cortísimo cabello crespo y áspero de él y los extendió abarcando las mejillas, las orejas y algo de su cuello también.

Ella disfrutaba de acariciar esa suave piel de color chocolate tan contrastante con la suya. Los labios que tanto le gustaban se pegaron a los suyos en un fabuloso beso, la lengua de su amado invitó a la suya a unirse en una danza húmeda y sensual. Cerró los ojos y se dejó llevar por la pasión que prometía ese contacto. Sintió la curiosidad de una mano entre sus piernas y gimió bajito.

Él sonrió y jugó con su recientemente despierta necesidad como siempre lo hacía. Era experto en despertar sus urgencias.

—¿Me extrañaste?

—Siempre te extraño en la cama.

Dos años de casados la habían hecho dependiente de esos brazos fuertes alrededor de su cintura para conciliar el sueño.

Él acercó su cadera y apoyó su sexo para estimular un poco más su deseo. Le quitó las pocas prendas que ella llevaba, en menos de lo pensado.

La deseaba muchísimo. Como siempre.

Los besos fueron bajando por su cuello y uno de sus pechos, hasta morder y succionar ese punto rígido y ansioso. Otro gemido y una electricidad, que le subió de los pies a la cabeza, la obligaron a levantar la espalda de la cama y buscar contacto con el cuerpo caliente que la provocaba.

El camino de esa boca lujuriosa descendía o eso intentó hacer. Ella gruñó y tiró del cabello rizado hacia el otro pecho y él lo mordió con una sonrisa dibujada en sus labios. Ella la devolvió y disfrutó de ver la diferencia de su piel clara con la oscuridad de la de su esposo. Le gustaba tanto... Esos labios carnosos y esponjosos sobre su cuerpo obraban maravillas.

Le encantaba esa boca, adoraba esa boca, soñaba con las cosas que hacía esa boca.

Cuando estuvo demasiado necesitada le permitió que bajase y la llenase de placer como él sabía. Le abrió las piernas con una suavidad extrema, con caricias firmes y fogosas y la llevó al abismo del deseo con la punta de esa lengua rugosa y juguetona. Él sabía cómo manejarse sobre la piel de su mujer para llevarla bien alto y dejarla caer entre gemidos y tensiones.

La observó retorcerse, la escuchó gozar, la sintió derretirse y al final, se alejó unos centímetros. Sabía que ella disfrutaba de que la observara perdida por el placer.

Miró el femenino cuerpo relajado, saciado y listo para dejarse vencer nuevamente por el sueño. Era tan dulce y hermosamente apasionada. ¿Cómo resistirse a esa tentación?

Trepó sobre ella y la insinuación fue bien recibida por unas largas piernas enredándose en su cadera y unos brazos que lo apretaron con fuerza.

Frente con frente, nariz con nariz, aliento con aliento.

El amor flotaba en el aire. La pasión se podía oler.

Ella lo recibió con ese canto de gemidos que a él lo volvía loco y lo obligaba a esforzarse para escuchar más y más. La velocidad y profundidad eran perfectas. Golpe tras golpe. Jadeos y suspiros. Sensaciones varias. Exigencias y necesidades a flor de piel.

—Te amo.

—Yo más, amor —le dijo ella, y sabía que ese sería el último resto de cordura. Lo que venía era la decadencia absoluta, la caída libre hacia el placer.

Él apoyó los codos en las sábanas y elevó el pecho, ella llevó sus manos al trasero de él. Lo vio morderse el labio en el instante que le clavó las uñas. Ambos sabían cuánto gustaba ella de ese duro trasero, con y sin ropa, daba igual.

Las fuerzas de las embestidas no se hicieron esperar. El calor, los gritos y gruñidos, tampoco.

El éxtasis llegó con fuerza en ella y el cuerpo se dejó llevar arrastrando al de él al mismo final.

Su cuello estaba húmedo de besos y mordiscos. Pero qué más daba, era esa boca grande y suave la que la besaba robando sus suspiros.

—Yo también te extrañé, rubita.

Él todavía recordaba la primera vez que la había visto en ese bar de mala muerte, en el que ella festejaba la despedida de soltera de una amiga y él acompañaba a su hermano en la primera salida de divorciado. Nunca había mirado a una mujer de cabello claro. A él le gustaban las morenas de curvas sinuosas y preferentemente de piel tan oscura como la suya. Eso había creído hasta que vio las suaves líneas femeninas de la rubia simpática y de piel pálida como la leche, que le había dedicado aquella maravillosa sonrisa de dientes perfectos. Tanto lo había maravillado que, sin darse cuenta, había susurrado:

«Me enamoré de esa rubita». Hasta el día de hoy su hermano lo molestaba con la cara de bobo que, según él, había puesto al verla. Y el mote, *rubita*, no había desaparecido jamás.

—No hubieses salido con tus amigotes, entonces.

Se dejó caer de espalda en la cama y ella apoyó la mejilla en su sudado pecho, para luego besarlo tantas veces como se le ocurriera. Ella era la mujer más cariñosa que había conocido en su vida. Besos, caricias, mimos, abrazos, palabras dulces, miradas eternas... y todo eso era para él.

—Creo haberte compensado por eso —dijo devolviendo un beso en los labios rosados y finos que parecían estar siempre hambrientos de los suyos. Y él disfrutaba alimentándolos cada vez que ella pedía.

—Te quise esperar despierta, pero me venció el sueño.

—Se me hizo más tarde de lo esperado, perdón.

—Quería darte una sorpresa.

Él la miró largamente en silencio. Si era lo que esperaba, su vida se transformaría en una fantasía hecha realidad.

Ella le ofreció una de sus perfectas sonrisas y se acomodó sobre su cuerpo, piel a piel. Su corazón se aceleró ante la ansiedad, esperaba esa noticia desde el mismo día que la vio caminando hacia él con su vestido de novia. Suspiró y besó su frente. Jamás le había contado sus deseos al respecto porque le parecía muy pronto, pero el instinto se lo gritaba.

Nunca se había animado a contarle sus sueños más hermosos: ella con una gran panza; ella con un pequeño niño de cabello oscuro, perfectos rulos, piel marrón y sonrisa gigante; ella riendo y persiguiendo a su travieso hijo corriendo a sus brazos para ser rescatado... Ella y un hijo de ambos.

—Estoy listo para escucharla.

—Estoy embarazada —susurró ella sobre sus labios.

Y una lágrima cubrió la oscura mirada del moreno, mientras besaba por millonésima vez a su esposa.



Esa primera vez...

La verdad es que dudábamos si entrar o no, no sabíamos hasta qué punto había sido una buena idea conocer este antro. Al menos eso es lo que pensaba, como primera impresión, de un bar de intercambio de parejas, de solos y solas y demás actividades sexuales de las que nosotros no teníamos ni idea. Con *nosotros* me refiero a mi esposo y a mí.

Todo esto comenzó por él, Germán, mi marido. Un día tuvo una conversación con el amigo de un amigo, un desconocido en realidad, quien le contó las cosas que se veían en este tipo de lugares y su curiosidad quedó encendida.

Después encendió la mía, para qué negarlo.

Reconozco que no somos conocedores de estas actividades, digo, sí sabemos que la gente practica sexo y mantiene sus relaciones de mil formas diferentes, sin embargo, no conocemos más que la teoría y dejamos nuestra imaginación para el resto. La verdad es que somos algo convencionales en la intimidad.

Este desconocido conversador (amigo del amigo de mi marido), durante la charla, especificó que había un bar en el que se practicaban todo tipo de «cositas interesantes» (repito textual) y que era muy discreto. Germán se quedó prendado de la idea de conocerlo cuando escuchó la palabra *discreto*.

Su intriga fue tal que, con pocas palabras emocionadas y sumadas a su carita de «te prometo que lo vamos a pasar muy bien», me convenció.

Cada noche nos encontrábamos hablando y maquinando ideas, queríamos saber qué morbo podía crear en nosotros ver todo lo que se practicaba en la oscuridad, tras la puerta de un lugar en el que todo estaba permitido. O casi todo, porque había reglas, aunque no sabíamos cuales, por supuesto, no obstante, las averiguaríamos.

Investigamos, miramos fotos, videos y escuchamos experiencias. Lo conversamos mucho, demás está decir que no tomamos la decisión a la ligera. Nos convencimos y nos aseguramos de no mentirnos a nosotros mismos, porque teníamos miedo de equivocarnos. Es que nunca fuimos una pareja abierta ni hubo infidelidad tampoco, practicamos un sexo divertido sí, pero nada innovador... Supongo que puedo decir que somos una pareja como cualquiera. Aunque, ¿quién sabe lo que hace la gente puertas para adentro?

Una vez que tomamos la decisión nos pusimos de acuerdo en algunos detalles, por ejemplo: no mantener la vista fija en nada ni nadie estuviese haciendo lo que estuviese haciendo; no faltar el respeto a las personas que se nos acercaran, sin importar la intención; no reírnos... En fin, cosas de sentido común, al menos, nuestro sentido común.

Esas serían *nuestras* reglas, ya averiguaríamos las propias del lugar.

La idea era pasar una noche diferente.

¿La consecuencia?, después les cuento.

Era nuestra primera vez.

—¿Lista? —Germán fijó sus ojos en mí buscando en mi mirada algo más que la respuesta que le diera con las palabras. Quería estar seguro de que yo realmente quería entrar. No soy puritana ni mucho menos, aunque tampoco la reina de la sexualidad libre, debo reconocer, pero estaba decidida.

—Te dije que sí, amor. Entremos. Veamos que nos estamos perdiendo —dije.

Él largó una carcajada ante mi comentario bromista y me dio un beso. Me tomó la mano fuerte y entramos a un mundo desconocido.

Lo primero que vimos fue una barra de bar común y gente hablando como si nada, «*normal*», pensé. Hombres y mujeres coqueteando y conversando como en cualquier bar ordinario. Algunas sillas y sillones acá y allá, una pista de baile en la que algunas parejas se movían sensualmente... Nada sorprendente.

Caminamos por el pasillo que comenzaba al final de esa barra, nos llamó la atención porque nos alejaba de esa “normalidad”. Entonces sí, lo sorprendente nos invadió la vista... Bueno, en realidad, se involucraban todos los sentidos.

Sillones con gente ya no seduciéndose, más bien, seducida; algunos a medio desnudar y otros desnudos teniendo actividad sexual de algún tipo. No eran muchas las personas, pero chico el lugar, por lo que se hacía más impresionante la visión. Dimos unos pasos más y nos encontramos con habitaciones a nuestros lados, sin puertas; algunas cerradas con cortinas y otras abiertas de par en par; algunas vacías y otras con gente: parejas, tríos, cuartetos, no miré en detalle ni me puse a contar. Pero todos, absolutamente todos, practicando sexo de todas las maneras imaginables. También, en una de las habitaciones, había un señor muy acomodado en un gran sillón y no hacía nada, solo observaba las coreografías amorosas de varios personajes que compartían una cama. Supongo que eso era hacer algo para él.

Nadie miraba a nadie, o sí, pero de un modo libidinoso, sensual, para despertar el morbo que asaltaba sin piedad, aunque no lo quisiera asumir tan

pronto, nuestros cuerpos. El aire estaba viciado de deseo, sexo, fantasía... Las miradas insinuaban, invitaban, no juzgaban ni investigaban. Incluso nosotros nos mirábamos así. La latente atmósfera sexual nos atacaba sin aviso y solo nos instigaba a gozar del momento.

Estábamos extasiados y nuestras respiraciones estaban alocándose.

En el camino, mi marido, me soltó la mano y me abrazó por la cintura desde atrás, me sentía realmente excitada por lo que veía y escuchaba, no puedo negarlo. La sensación que tenía era como si alguien invisible me acariciaba la piel y me encendía, no me hubiese importado desnudarme y sumarme a alguno de esos escenarios. El ambiente era sensual, caliente, provocador y así me sentía yo también. Pude apreciar a mi marido en el mismo estado cuando me puso delante suyo y me apoyó su cuerpo, con erección incluida.

Seguimos caminando, él me abrazaba más fuerte y yo sentía que estábamos casi en el limbo, su sexo rozaba mi trasero de una forma provocativa y yo lo dejaba..., es más, lo incitaba caminando despacio y apoyándome más en él.

Con la respiración algo agitada me susurró algo al oído y me lamió el lóbulo de la oreja. ¡Dios mío!, estaba tan estimulada que me hubiese metido en cualquier cama de las que veía, sin importar cuan ocupada estuviera.

Seguimos caminando casi a oscuras. A lo lejos se veía un claro de luz y hacia allí nos dirigimos. Necesitábamos mirarnos y hablarnos, sacar nuestras emociones hacia afuera de alguna manera. No obstante, entendí que antes había más para ver, porque pasamos por una habitación más grande que las anteriores que casi no se veía desde el pasillo y estaba en total penumbra. Tenía solo una gran cama y parecía que ahí todo daba igual, se tocaban todos con todos, se besaban, se acariciaban y penetraban, hacían lo que les gustaba y disfrutaban sin prejuicios. Sexo duro, perversión..., todo parecía estar permitido en ese reducido espacio.

La realidad es que me incomodó un poco esa visión. Supongo que mi apertura sexual tenía un límite y era ese. Tanta gente junta... Eso de verdad no lo disfruté, no me gustó y apuré mis pasos seguida de Germán, que no me soltaba.

—¿Estás bien? —me preguntó mi marido mientras yo me apoyaba contra una pared vacía, para asimilar lo que había visto hasta ahora.

—Sí, ¿tú?

Me estudió la mirada y los gestos. Me conoce, supo que mi respuesta era sincera y que lo deseaba en ese instante.

—Excitado a más no poder y parece que tú también —susurró. Se acercó a mi boca desesperado y me besó con furia. Acepté y devolví el beso con la misma desesperación—. Amor, ¡esto está muy bueno!

Apenas pudo terminar la frase porque me prendí otra vez a su boca. Comenzó a acariciarme la pierna hasta meterse debajo de mi falda. Yo estaba encendida y un poco incómoda porque la gente pasaba por ahí, aun así, parecía que a él no le importaba nada y a mi cuerpo tampoco. Logró llegar con sus manos a mi trasero, me apretó contra él y su sexo rozó el mío, se refregó contra mí jadeando y me robó un gemido de placer. La sensación de poder ser observados era inquietante, pero placentera.

Otra pareja se puso cerca nuestro y comenzó a tocarse y besarse sin pudor alguno. No eran tan recatados como nosotros, los novatos.

Protesté un poco y le pedí parar porque descubrí que no era tan liberal como para practicar sexo en ese pasillo y frente a ellos. Supongo que era eso lo que me pasaba, porque de verdad estaba algo confundida y contrariada. Nada deseaba más que tener una buena sesión de sexo en ese lugar con mi marido y que todos nos mirasen, sin embargo, no me animaba.

Ante mi negativa de seguir, Germán apoyó su frente en la mía y me dio un último beso. Con una mano se acomodó el enorme bulto que tenía entre sus

piernas, suspiró, movió la cabeza de un lado a otro como negando su estado y me sonrió. Conocía esa sonrisa, me estaba prometiendo mucho sexo y del bueno.

—¿Tomamos algo fresco? —preguntó con una cara de diablillo hermosa que hizo que mis piernas se aflojaran—. Veamos si podemos hacernos de un buen lugar para que pueda comerte la boca como quiero. Ahora.

Esas palabras acompañadas de una mirada pícaro pegaron en mi sexo como una maza ardiendo y recorrieron mi espalda provocando que cada centímetro de mi piel se erizara. Otra vez se puso detrás de mí y caminamos hacia ese claro de luz que veíamos al final del pasillo.

Resultó ser otro bar, aunque más íntimo, con música suave y sensual. En ese espacio se vivía y se percibía todo diferente... No sé cómo describirlo..., era puro erotismo. No encuentro las palabras para contar lo que sentía en ese momento y en ese lugar, era como estar en otra dimensión, una en la que, el aspecto sexual propio y ajeno, quedaba a flor de piel, donde cada mirada y cada roce era una provocación.

Nos acercamos a la barra, me senté en una butaca alta, mi caliente marido se puso entre mis piernas y levantó mi falda. Volvió al ataque de mi boca, lo que agradecí con un gemido de placer, y con sus manos en mis piernas me acercó para apoyarse nuevamente en mí. Esta vez en el lugar adecuado.

Una joven mujer, bonita y sexy, nos interrumpió y nos acercó una copa de champagne a cada uno señalando a una pareja que, a pocos metros, compartía una botella de la misma bebida. Germán levantó la copa y les sonrió, a modo de agradecimiento, y ellos respondieron con el mismo gesto.

—Mi amor, creo que se levantan y vienen hacia aquí. ¿Qué hacemos? —pregunté, sin saber si me sentía más conmovida por el hecho o intrigada por lo que pasaría.

—¿Y yo cómo puedo saberlo!? —exclamó Germán, divertido y con una sonrisa en sus labios húmedos por el beso que interrumpimos—. No te pongas

nerviosa, actuemos naturalmente. Nadie hace nada que no quiere en estos lugares.

—¿Curiosidad? —La voz de nuestro apuesto acompañante nos llegó por sorpresa mientras Germán me daba otro beso para animarme. Nos presentó a su pareja y rápidamente nos sentimos cómodos con ellos. Eran demasiado amigables.

—Sí, para acabar con ella hemos venido —respondió mi hombre, sonriente y sonando seguro de sus palabras.

A simple vista eran un matrimonio, pero no podía confirmarlo. No había contacto cariñoso entre ellos, aunque sí, miradas cómplices y llenas de amor. Al menos eso quería creer yo, no tenía fundamentos, eran solo apreciaciones. Esa noche solo podía guiarme por el instinto no me quedaba otra opción.

—¿Tanto se nota que no somos habitués? —preguntó mi marido, después de cruzar algunas palabras con el caballero.

Cabe aclarar que Germán es de esas personas que caen bien siempre, que tienen la conversación adecuada con todo el mundo y suena interesante, aunque solo hable del tiempo. Solo por eso me relajé y no me preocupé por nada. Continué con mi sonrisa de «está todo bien». Y así estaba, él me hacía sentir de esa manera en ese lugar tan atípico para nosotros.

—Sí, se les nota un poco. Ahora soy yo el de la curiosidad. ¿Qué sintieron después del primer recorrido? —Quiso averiguar nuestro nuevo amigo.

Esa pregunta sonaba demasiado personal si pensaba en la respuesta que teníamos que dar, pero en un lugar como este parecía que la intimidad y privacidad, al menos la sexual, daban lo mismo. Aunque, juzgando por más de una cortina cerrada en los laterales del bar donde estamos, alguien buscaba algo de eso que otros eludían.

Creo que notaron nuestra sonrisa incómoda. Mi marido estaba a mi lado,

yo sentada y él parado. El hombre estaba a mi otro lado y la mujer, enfrentada a los tres, un poco separada de la barra, como si no se decidiese por el lugar a elegir.

—En estos lugares la vergüenza no entra, queda afuera —dijo la voz, por demás masculina, de nuestro acompañante; distrayendo mis pensamientos y mis observaciones.

—La primera vez que entramos a un bar de intercambio, nos sentimos igual que ustedes: vergonzosos, asustados, tímidos, aun así, muy, muy acalorados. Igual que ustedes. —Por fin le escuchamos la voz a la mujer. Era una voz suave, de hablar lento, seguro y muy sensual, tanto que mi marido puso cara de libidinoso en el mismo instante. Y, el muy baboso, le sonrió de esa manera que sonríe cuando se excita por algo que lo atrapa desprevenido. No era para menos, la mujer era muy linda y sexy, no puedo decir lo contrario, y lo estaba seduciendo.

¿De verdad, esto está pasando?!, pensé y también pensé en irme no lo voy a negar, sin embargo, me armé de valor y sonreí. Ella siguió hablando, pero yo dejé de escucharla unos segundos, o minutos, no sé. Necesitaba esa evasión para volver a liberar mi mente de prejuicios y preconceptos.

¡Por Dios!, ¿qué hace?, grité en mi interior cuando noté los dedos del señor acariciando mi hombro, entonces desperté mi aturdida mente y recordé el lugar en el que estábamos.

Miré a Germán que, entendió perfectamente de qué iba la situación, tanto como yo; no somos tontos, supimos enseguida lo que buscaban. Me refugié en su mirada brillante y oscura, estaba muy excitado con lo que lo rodeaba y yo también. Nos confirmamos de esa manera que estábamos de acuerdo en aceptar lo que venía y me acerqué a su boca de una manera sugerente para besarlo.

—Te amo. No quiero verte. Disfrútalo, pero no quiero mirarte cuando lo haces. —Me besó con la misma intensidad que antes y la mano de mi nuevo

acompañante me recorrió la espalda.

Germán abrió los ojos y ví un guiño... una seña... un movimiento en sus gestos, algo que supuse que sería el famoso consentimiento del que se habla en un intercambio de parejas. Mi esposo le permitía a ese desconocido tener sexo conmigo. Explicado en pocas palabras: me entregaba él.

Ya estaba hecho, era un trato.

No podía creer lo que íbamos a hacer, aunque me fascinaba la idea.

La mujer se acercó lentamente a mi amor y se interpuso entre nosotros que nos miramos dedicándonos una sonrisa traviesa. En el instante en que esa mujer se acercó a la boca, cuyos besos me pertenecían hasta ese momento, me giré en mi butaca y me enfrenté al sexy hombre que esperaba ansioso y deseoso de mi atención.

—Vamos a pasarla bien, no te preocupes por nada. —Fue un simple susurro en mi oído que me estremeció por completo. Y de pronto sus labios comenzaron un descenso delicioso por mi cuello hasta el hombro y luego subieron a mi boca.

Me engulló con un experto beso, primero lento y profundo y después descontrolado y “más” profundo. Cuando me dejó respirar y pude abrir los ojos, vi a su pareja y la mía cerrar una de las cortinas y quedar detrás, solos.

Sentí celos, una punzada en el vientre que me hacía desistir de la idea de seguir, pero entonces mi ardiente caballero metió sus manos bajo mi falda y en un segundo estaba con sus dedos en mi interior. Esa sensación me obligó a cerrar los ojos y a odiarlo con la misma intensidad que lo deseaba. Unos segundos de caricias y estaba en las nubes. Definitivamente ese señor sabía lo que hacía o había adivinado lo que yo necesitaba.

—Acompáñame, bonita —dijo cuando ya me tenía como quería, apremiada por gozar. Me extendió la mano y me guió hacia la cortina lindera a la

de la habitación en la que estaba Germán y la cerró cuando estuvimos dentro.

Nos encontramos encerrados en un pequeño, pero acogedor dormitorio amoblado con una cama, un sillón, una mesita y un baño en uno de los costados.

—No pienses en nada, solo déjate llevar. Si algo no te gusta me lo dices. Si quieres parar me lo dices. Si quieres más me lo dices, ¿entendido? —Sus palabras sonaban seguras y sensuales. Su mirada me recorrió el cuerpo y me sonrió con mirada de deseo, el mismo que tenía yo por él. Se acercó, sus labios se dirigieron a mi boca y sus manos a mis piernas—. Estamos aquí para pasarla bien y nada tiene que opacar eso.

No pude articular palabra porque sus manos otra vez estaban en mí y lograban que solo pensara en eso: en sus manos recorriendo mis piernas, subiendo por mi cadera y apretando mi trasero. Pude notar que estaba excitado, muy excitado, y jadeó en mi boca ante mi contacto.

Me sentía una mujer inexperta, no podía moverme ni hacer nada, solo disfrutaba sus caricias, sus dedos en mi sexo y su boca en la mía.

No sé en qué momento se alejó y me pidió, con la voz entrecortada, que me sacara la falda. Lo hice y él se arrimó después para quitarme la ropa interior. Me pasó una toalla húmeda y fría, limpiándome entre las piernas, y casi tengo un orgasmo por la lentitud y provocación con que lo hizo.

Me empujó lentamente hacia el sillón que teníamos detrás y caí sentada. Separó mis piernas con las suyas y sin quitarme la mirada se arrodilló para poner, sin preámbulos, su boca en mi sexo. Mi gemido fue instantáneo. Sus manos abrieron más mis piernas y me dedicó una sonrisa provocadora y sugestiva, de esas que dicen «vas a saber lo que es bueno» y ¡por Dios que estaba descubriendo lo que era bueno!

Su lengua rugosa y fuerte no dejaba lugar por recorrer y sus carnosos labios acompañaban de maravilla cada movimiento. A los pocos segundos ya estaba a punto de tener una fabulosa culminación, pero me desconcentré cuando

sus dedos entraron en acción no solo por mi ardoroso sexo, sino más atrás. Jugueteaban de una morbosa manera que no me dejaba más opción que disfrutar a pesar de estar reticente y con mis gemidos parecía incitarlo a que siguiera, y así lo hizo. Una y otra vez me tentó rodeando tímidamente mis entradas, sin embargo, se decidió por la tradicional y arremetió con sus dedos sin permiso o sí, el permiso de mis jadeos descontrolados y de mis manos en su pelo guiando sus movimientos.

Después de varios gritos mi éxtasis volvió a amenazar con su presencia, pero esta vez no se quedó en amague, se armó y revolucionó mi interior de una escandalosa manera. La tensión de mi cuerpo hizo que mi espalda se arqueara elevándome del asiento y mis ojos se cerraron, hasta que pude aflojarme y sonreír tontamente ante semejante sensación.

—¿Cómo te sientes? —Pregunta estúpida si las hay para un momento como este, pero entendí que quería saber si estaba cómoda y se lo hice saber con una sonrisa y un casi mudo: «Muy bien».

No se detuvo demasiado en mi respuesta y comenzó a besarme otra vez, en mis muslos, mi vientre y subió a mis pechos mientras se desprendía el cinturón y el pantalón. Se puso de pie y comenzó a sacarse toda la ropa invitándome con la mirada a hacer lo mismo. Y lo hice.

Nos mirábamos seduciéndonos. No era algo romántico, solo deseo, puro y perverso deseo.

Ya desnudos nos acercamos lentamente y me tomó en sus brazos para refregarse contra mí y nuevamente comenzamos a jadear. Este señor estaba que explotaba y no solo de excitación, sino de físico, era muy atractivo y sensual.

Llevé mi mano hasta su, nada despreciable, erección para satisfacerlo y aliviarlo un poco. Me gustó escuchar sus sonidos de placer. Cerró los ojos al primer contacto y se hundió con su boca en mis pechos. Otra vez pude afirmar que sabía lo que hacía.

Los dos ronroneábamos por nuestros toques, pero él estaba en profundo control, no quería llegar al orgasmo tan rápidamente y eso, sumado a la excitación que tenía, lograba una rigidez de increíble tamaño en su sexo.

Cuando lo sentí temblar en mis manos, me las apartó, alejándose y me recostó sobre el colchón, jadeando ya ahora sí, casi sin ese control del que hacía gala y con una asombrosa necesidad de meterse en mí.

Se notaba la lujuria en su mirada y en sus labios. Se puso un preservativo en tiempo récord, me tomó los tobillos para acercarme al borde de la cama y, tomándome de la cadera para levantarme hasta su altura, se colocó entre mis piernas y me llenó por completo.

Con sus movimientos me robó gemidos, alaridos y una terrible desinhibición. Me sentía poderosa ante el deseo que veía en sus ojos y los gruñidos que salían de su garganta. Entró y salió tantas veces como necesitó para su propia satisfacción, porque no necesitó esperarme. Antes de que llegase él a su final yo logré explotar en mil pedacitos, dos veces, quedándome sin aliento y con la respiración agitada, mientras con perfectas estocadas seguía alimentando su pasión y mi deseo.

Por supuesto no hubo abrazos ni cariño. No había sentimientos en esa cama, aunque me regaló un par de caricias en el pelo y en la cara una vez que se tendió a mi lado, tan agitado o más que yo.

Otra vez me hizo conocer su preocupación de saber si estaba bien y cómoda. Y otra vez le confirmé que sí.

Se levantó silenciosamente y caminó hasta el baño donde se dio una rapidísima ducha. Salió con una toalla en la cintura y el pelo aún goteando agua. ¡Madre santa!, era un hombre realmente buen mozo, no podía dejar de admirar su masculinidad y sensualidad, sabía moverse, mirar, sonreír y seducir con todo eso que la naturaleza le había dado y sin esforzarse demasiado.

Yo seguí tumbada en la cama, sin comprender cómo, después de tanto

deleite, quería más. Evidentemente la situación y el lugar promovían la lujuria en mí.

No sabía cómo seguía el tema, por lo que elegí incorporarme en la cama para quedar casi sentada entre almohadas y nos dedicamos una mirada bastante ardiente, tal vez no era la única que lo estaba pasando bien.

—¿Seguimos, bonita? Me incita tu entrega..., mucho.

Tiró la toalla a un lado y se acercó sugerente. Tomé la iniciativa y me llevé su nueva y limpia erección a mi boca. En ese instante, el que se entregaba era él, y lo hacía sin frenos, libre de sentir lo que yo le provocaba con mi seducción. Aparentemente no le alcanzaron mis movimientos porque arremetió con su cadera. Por un momento lo sentí descontrolarse y fue cuando me tomó con fuerza del pelo tirando de mi cabeza hacia atrás para que lo mirase. Me encontré con su rostro, que hablaba de urgente necesidad, con una mirada dura y oscura, lo que me excitó más aún y sin pensarlo me arrodillé en la cama para llegar a sus labios.

Nos devoramos en un beso que nos perdió otra vez y nuestras manos empezaron a deambular por nuestros cuerpos.

Yo ya estaba ajena al pudor, a la vergüenza y a la inhibición, nada me importaba más que seguir con ese momento de placer.

Sin que yo notase cómo, colocó las almohadas a un costado y me giró sobre ellas, dejando mi trasero más elevado que el resto de mi cuerpo. Mi sexo y glúteos estaban demasiado expuestos y por un momento sentí incomodidad, entonces sus caricias me recorrieron la espalda y se apoyó sobre mi cuerpo llegando con sus labios a mi oído.

—Tranquila, no voy a hacer nada que no quieras.

—Yo nunca... Yo no... No practiqué nunca sexo a...

—Entiendo, no te preocupes, linda —susurró.

Sus manos se instalaron en mi entrepierna y dejé de preocuparme. No sé por qué confiaba en un extraño, expuesta como estaba.

Me entregué otra vez a sus expertos dedos, que me exprimían gemidos tan fácilmente. Entraban en mí con descaros y me llevaban a un nuevo precipicio, volvería a caer sin paracaídas. Sí, así de fácil y rápido. Sin embargo, sin aviso alguno abandonó sus atenciones, dejándome en un estado confuso de frustración.

No fue mucho lo que tuve que esperar porque comenzó a acariciarme entre los glúteos y otra vez me tensé. Pero demasiada era la necesidad que tenía de ese negado final, por eso moví mis caderas buscando el contacto, en aquel momento su dedo estaba provocando la necesidad que nunca tuve de ser estimulada por primera vez en ese lugar que estaba acariciando tan sabiamente y le rogué con una voz apenas perceptible que lo hiciera.

Sí, se lo pedí porque en silencio, solo con ese roce, me estaba prometiendo placer, y necesitaba con urgencia que me llevase al éxtasis que me debía y sabía que sería increíble, sensacional, fabuloso... Tener dos manos sobre mí, haciendo maravillas en mi líbido, era una sensación demasiado excitante y poco conocida.

—¿Te gusta así? Sí, linda, te gusta mucho así. Dilo, dime que te gusta.

—Sí, me gusta... —dije, y no pude decir más, solo grité. Emití un rugido que salió desde lo más profundo de mi garganta, uno que desconocía en mí.

Cuando mi cuerpo dejó de temblar, sentí el peso del suyo sobre el mío y adiviné que había más.

Me penetró con fuerza y se movió frenéticamente hasta terminar con su necesidad en un jadeo mezclado de palabras que no escuchaba. Otro orgasmo me invadió en el interín.

Dejé de contar las veces que gocé y grité.

Cuando fui consciente de mis explosiones, casi desconocidas, dicho sea

de paso, pensé en mi marido y en si sería capaz de tanta resistencia como la que mi acompañante tenía. Siendo su esposa, la amante de Germán, suponía que ella esperaría un desenvolvimiento similar o superior al de su marido, o sea, mi compañero de cama.

Esta vez no descubrí celos en mí al pensar en ellos y todo lo que podían estar haciendo. Tal vez sí, me incomodé pensando en lo bien que yo lo había pasado, y rogaba porque él lo hubiese vivido de la misma manera.

No tener ni la más mínima idea del nombre de mi acompañante, ni conocer nada de su vida, me ayudaba a sentirme cómoda con lo que había hecho; sin preocupaciones, sin vergüenza, sin remordimientos. Eso era porque estaba compartiéndolo con mi pareja y supongo que tenía que ver que estábamos demasiado seguros de la decisión que habíamos tomado.

Si lo pienso fríamente, otra vez, me negaría rotundamente. ¿Yo...? ¿Intercambio de pareja...? Jamás de los jamases... Tal vez algo así hubiese sido mi respuesta ante la sola sugerencia, pero ahí estaba, dejando que mi cuerpo se recuperara del..., no sé qué número, de orgasmo y siendo observada por un desconocido, en su maravillosa desnudez, a mi lado.

Todo se dio tan naturalmente que así lo había vivido: Naturalmente.

—¿Todo bien, linda?

—Todo bien.

—Me voy a dar un baño, si tienes ganas podemos hacerlo juntos.

—No, gracias. Yo me ducho después.

Realmente esa era una propuesta un poco más íntima, al menos para mi forma de pensar. Además, necesitaba relajar mi cuerpo, estirar mis extremidades, recuperar mi respiración y dejar salir la sonrisa tonta que mis labios querían dibujar. Estaba saciada como pocas veces en mi vida.

Lo único que necesitaba, este amable caballero, no podía dármelo. Un

buen beso y un abrazo. Eso lo reservaba para mi amor.

Cuando estábamos vistiéndonos noté como todo, con lentitud, volvía a la normalidad. Con cada prenda con la que cubría mi cuerpo recuperaba un poquito de realidad.

Una realidad que estaba demasiado lejos de ese hombre y esa cama.

Los ojos de mi compañero me miraban con afecto, ya nada quedaba del sensual y fogoso amante. Seguía pareciéndome un hombre apuesto, por supuesto, pero no me provocaba nada de lo que anteriormente me había provocado.

Como usualmente se dice, todo está en la actitud y, en ese instante, la actitud de él era caballerosa y amable.

Le devolví la mirada, pero la mía estaba cargada de gratitud, porque me había hecho sentir muy cuidada y creí necesario que lo supiera.

—Gracias, has sido muy atento y cuidadoso conmigo.

—Los detalles cuentan en este lugar y necesito que lo pases tan bien como yo, de lo contrario, no sirve. —Me regaló una hermosa y sincera sonrisa—. Y debo decir que lo pasé realmente muy bien.

Salimos al bar. Germán y esa mujer ya estaban sentados en un rincón decorado con sillones oscuros y mesas bajas. Estaban tomando un trago y conversando animadamente. Ella también había perdido toda la carga sensual con la que había abordado a mi marido.

Mi hermoso hombre tenía el pelo húmedo y sus ojos brillantes, lo había pasado bien... no tenía dudas. Me dio un beso en los labios y me tomó la mano después de susurrarme un *te amo*. No me la soltó en el resto de la noche y me di cuenta que precisaba ese contacto tanto como yo, ambos queríamos ser conscientes de nuestras presencias. Él necesitaba saber que estaba conmigo, y yo con él, en esa situación nueva que llegaba a nuestra vida para ponerla de

cabezas, para movilizarla. Para modificarla de una manera que no comprendimos esa misma noche.

Conversamos con Miriam y Marcos durante más de dos horas.

Pasaron cuatro años desde aquella noche.

Yo sigo absolutamente enamorada de Germán y él, qué decir, me adora.

Miriam es una dulce y devota esposa de su galante y cariñoso marido.

Ellos son grandes amigos nuestros en la actualidad, de esos que están en las buenas y en las malas. Conocemos a la familia de cada uno y ellos a la nuestra. Incluso nuestros hijos son buenos amigos también. Hemos festejado hasta cumpleaños infantiles contando con su presencia y pasamos las últimas navidades juntos.

Seguimos practicando el intercambio de parejas e incluso probamos otras cosas, pero esa..., esa es otra historia.

La novela erótica de Lucía.



Lucía amaba leer esas novelas en las que se contaban fuertes historias de amor, pasión desenfrenada y sexo lascivo. Historias de hombres ricos, poderosos, hermosos, viriles al punto de lo irreal y con problemas de la niñez no resueltos, que se enamoraban de una mujer que no se reconocía bella o sexy y se veía casi insignificante. Dama que, generalmente, era de una realidad socio económica diferente, sin embargo, orgullosa a tal punto de no aceptar siquiera los regalos, de esos caros e incomparables, que dicho hombre le ofrecía llegando en su limusina con vidrios oscuros.

Las adoraba y fantaseaba con ellas hasta lo impensado. No le importaba que se pareciesen unas con otras y hasta sonaran repetitivas, todas llenas de páginas con párrafos de temáticas similares y personajes estereotipados... No, no le importaba, y las engullía cada noche, una tras otra.

Lloraba a mares y se enamoraba de cada uno de los personajes masculinos. Tanto si eran sadomasoquistas o practicaban un tipo de sexo con el que ella no estaba de acuerdo, si humillaban a las mujeres, si las engañaban o las celaban llegando a desconfianzas insanas; esos eran detalles que su mente no registraba porque esos hombres ¡eran tan bellos...! Y siempre terminaban

diciendo «te amo» y regalando una noche que... ¡Madre mía!, qué noches regalaban. Eternas y apasionadas, con finales increíbles, como los de sus propios sueños.

Sí, ella se enamoraba de esos caballeros vestidos con trajes a medida y de sus formas de amar, sin importar cuáles o cómo eran. Porque, sin analizar demasiado cuánto de real podía tener cada historia, Lucía terminaba siempre creyendo (y alimentando) la fantasía de vivir ese enamoramiento a primera vista, ese contacto visual que describían las escritoras como único. Quería experimentar la corriente que nacía en alguna parte del cuerpo y terminaba anidando entre sus piernas, quería derretirse ante una mirada intrigante y profunda de un hombre hermoso, enloquecía por ese roce impaciente que les erizaba la piel y les tensaba hasta los dedos de los pies, anhelaba sentir por un hombre un deseo casi irrefrenable que la obligase a luchar contra ella misma por no poder dejar de pensarlo y buscarlo para amarse en cualquier rincón y de la forma más loca y apasionada.... Todo eso quería, o algo al menos de todo lo que las escritoras contaban en sus libros.

Tanto idealizaba esas sensaciones que llegó a comparar su propia historia de amor con una novela erótica. Le buscó las semejanzas, también las diferencias, y las adaptó hasta lograr la idea. Claro que no se refería a su vida completa sino a una pequeña porción de ella. Y, fuera de toda utopía, sabía que su realidad no se asemejaba a la de ninguna sufrida protagonista literaria. Sin embargo, eso no le impidió soñar y enredar su vida con sus ilusiones.

Cuando esa pequeña porción de la historia de Lucía comenzó, tenía veintitantos años, menos de treinta. Sí, como sus personajes preferidos.

Entonces era secretaria ejecutiva en una empresa importante en la que el jefe máximo, el señor Girard, un elegante y simpático francés de ojos verdes, la trataba muy bien. Había comenzado como pasante y, por su buen desempeño, había sido contratada de forma efectiva, como una de las tres secretarías de

gerencia, mucho más rápido de lo pensado. Y así de rápido, un buen día el señor Girard le propuso un ascenso y le asignó tareas laborales con su hijo mayor, Jean, cuando este asumió como presidente.

Jean era muy amable y educado. Rondaba los cuarenta y, aunque era buen mozo, muy buen mozo, tal vez demasiado y lo sabía, no era el tipo de hombre que se ganara las miradas de alguien como Lucía. Porque, además de ser casado y divorciado, dos veces (detalle que a ojos de ella lo transformaba en una persona indecisa e insatisfecha), era arrogante y egocéntrico. Esas cualidades tampoco le parecían simpáticas en un hombre real, aunque la enamorasen entre hojas de papel.

Así era como, Lucía, lo tenía catalogado a su jefe.

Si bien Jean Girard no era el tipo de hombre por el que Lucía suspiraría, parecía que ella sí era el tipo de mujer que a él le gustaba. O uno de los tipos de mujer que a él le gustaba, ya que ella daba por seguro que era un mujeriego sin intenciones de compromiso que, como buen conocedor de su beldad, disfrutaba de seducir a señoras y señoritas de buen parecer, quienes se dejaban deslumbrar con su elegancia y su dinero.

Sí, era un poco prejuiciosa al respecto y lo sabía porque, a decir verdad, ella no lo conocía lo suficiente como para formarse una idea tan férrea sobre su personalidad. Solo tenía una perspectiva laboral, nada personal y, sin embargo, ella juraba por su madre a quien le preguntase, que él era así, pues daba esa impresión.

—Lucía, por favor, ¿me traerías las copias que mandé a imprimir? Ya deberían estar listas. —Su voz por el intercomunicador era impresionante, aun así, hasta eso le producía cierto rechazo.

—Sí, señor.

—Sí, Jean, Lucía. Sí, Jean. —Ella ignoró el comentario poniendo sus ojos en blanco. Nunca lo llamaría Jean y él no se daba por vencido, insistía e

insistía. Incluso delante del padre, cualquier empleado o cliente de la empresa, y era muy incómodo.

Además de que, llamándolo señor, a Lucía le parecía un trato de más respeto hacia un superior en su trabajo, era el trato que encontraba para poner freno a sus constantes insinuaciones y a algunas invitaciones. No en vano ella tenía tan mala impresión de su jefe. Era casi un acosador, elegante y educado, pero un cansino e incordioso perseguidor del “sí, acepto la salida”. Respuesta que no llegaría nunca de voz de su secretaria.

—Permiso... Las fotocopias —dijo Lucía al entrar en el refinado despacho.

—Gracias, Lucía. Debo decir que hoy estas demasiado hermosa como para volver a tu casa tan temprano. Podríamos ir a comer algo después. ¿Qué te parece?

—Lo mismo de siempre, señor, que no va a ser posible. Gracias por la invitación.

—Lucía, ¿qué tengo que hacer...? —El ruido de la puerta de la oficina abriéndose, los interrumpió. Un joven, del que ella no pudo definir la edad, entró sonriente y con un natural desparpajo giró sobre sus talones a modo de paso de baile, luego se inclinó como haciendo una reverencia a Jean y con una carcajada alta casi gritó.

—Aquí estoy señor Jean Girard para lo que me necesite.

—Michel acabas de arruinarme una posible cita con la señorita más linda de la empresa. —Lucía presionó sus párpados tratando de no dejar ver su enojo. Le molestaba que fuese tan desubicado. No quería dar que hablar a sus compañeros y mucho menos dejar el puesto que con tanto sacrificio había logrado, no obstante, si el señor Girard no cambiaba de actitud estaba dispuesta a hablarlo con su padre, o renunciar. Dependía del humor del día en que tomase la decisión.

—¿Podría dar fe de eso en unos días? Digo, lo de la señorita más linda de la empresa, tal vez no sea así —respondió el joven, presumiendo su encanto y simpatía.

«¿Y este...? Obvio que no me interesa serlo, pero por cortesía no debería decir nada parecido», pensó Lucía.

Tampoco es que ese caballero fuese el hombre más elegante del planeta vestido con esas zapatillas sucias y jeans rotos. Y eso que estaba haciendo caso omiso al desastre de peinado, o despeinado, mejor dicho, y de la camiseta vieja y desteñida. No podía discutir que era algo atractivo, pero tampoco es que fuese Brad Pitt, analizó, algo molesta por el comentario y, tras regalarle la mejor de las sonrisas falsas de su repertorio, se dirigió a la puerta para dejarlos solos con sus idioteces.

—Lucía, no te vayas —ordenó su jefe y ella, obediente volvió sobre sus talones. Claro que suspirando por lo bajo y pensando en qué responder si insistía, delante de ese desconocido, en invitarla a salir. —Quiero presentarte a Michel, es el nuevo director de sistemas. Por favor, necesito que lo acompañes al piso diez y le presentes a Romi. Yo ahora la llamo y le explico.

Llevó su mirada al nombrado quien la miraba con una sonrisa de esas enormes y tontas dibujada en su cara y movía sus cejas de arriba abajo.

«¡Dios mío!, ¿por qué a mí?», se dijo ella en silencio, no se animaba a hacerlo en voz alta.

Hubiese preferido un golpe en la mandíbula en ese momento. No tenía ganas de dirigirle la palabra a ese payaso que parecía divertirse con sus propios chistes. Pero no quedaba otra.

Después de un simple «sí, señor» miró otra vez al tal Michel para indicarle que la siguiera.

Él, tras sonreírle a su jefe, le abrió la puerta como todo un caballero y

salió detrás de ella.

—Espero no te hayas ofendido por mi comentario —dijo el desconocido y nuevo compañero de trabajo. Ya estaban en el ascensor y frente a frente. Ella hubiese preferido el silencio, pero nada de eso... y, como no estaba de un humor agradable precisamente, largó su ponzoñoso veneno sin miramientos.

—Vamos a dejar en claro una cosita. No soy de callarme lo que no me gusta y menos con los compañeros de trabajo. Imagino que tienes confianza con mi jefe, quien trata de seducirme, por así decirlo, todo el tiempo. No quiero ser grosera explicándote lo cansada que estoy del tema y espero que no le vayas con el cuento. Tu poco oportuno comentario no fue dicho del modo apropiado y es cierto, no me gustó. Te aclaro que no me afecta que te guste o no lo que ves en mí ni me importa ser la más bonita o no de la empresa. Y tampoco me interesa que me lo digas tú, pero antes que nada soy una dama, y acotaciones con ese mal gusto no son bien recibidas. Dicho esto, te pido que, por favor, de acá en más...

—Sh, silencio, por favor. Me perdí desde que dijiste: *imagino*. Por tu tono de voz creo que sí, te molestó. Perdón. Mi hermano es un adulator empedernido e insistente con las mujeres, lo sé. Por eso nunca le sigo la corriente. A mí también me cansa cuando lo escucho, puedo entender cuánto más a quien pasa de su atractivo.

«¿Dijo hermano? Sí, dijo hermano...», pensó en silencio Lucía, y las rodillas comenzaron a temblarle. Hubiese querido volver unos segundos el tiempo para evitar abrir la boca. No todos los días le decía al hermano del jefe, y dueño de la empresa en la que trabajaba, que está cansada de las insinuaciones que a diario le hace. Sin embargo, su interlocutor no pareció estar afectado por su atrevimiento y siguió con su pequeño monólogo.

—Entonces no te voy a decir si me pareces linda o no, porque no te interesa, pero sí quiero que te quede claro que mi comentario fue para él y no para ti. Por lo que te pido disculpas por lo que dije y por haberte hecho sentir

mal.

Le hizo una reverencia divertida con su pedido de disculpas, sí, otra reverencia... Una sonrisa llenó la cara de Lucía porque le había parecido muy tierno con su gesto que le recordaba a un cachorro abandonado bajo la lluvia.

De pronto le pareció jovial el nuevo señor Girard que, de parecido a sus jefes, no tenía nada. No tenía el cabello claro ni los ojos verdes ni era lo suficientemente elegante y seductor, ese aspecto no lo había heredado el pobre. Tampoco tenía las miradas y la sonrisa adquiridas frente a un espejo como las de los hombres Girard que ella conocía. Pero, había dicho hermano, por lo que sí, era un Girard.

«Michel Girard», repitió para sí misma intentando recordar y no, no creía haberse enterado con anterioridad de su existencia.

—Disculpas aceptadas —dijo entonces, y todavía sonriente.

—Así me gusta. Empecemos de nuevo —aseguró Michel mientras la dejaba pasar sosteniendo abierta la puerta del ascensor en el piso correspondiente. Romi esperaba de pie para guiarlo a su oficina mientras llegaba hacia ella. Como todo un caballero extendió su mano para presentarse—. Romi, ¿cierto? —preguntó, y la nombrada asintió con la cabeza estrechando la mano que le extendía—. Un gusto, soy Michel Girard. Lucía no te vayas todavía, por favor, tengo algo para Jean.

Terminados los saludos caminaron los tres hacia la oficina. Ambas secretarías siguieron al nuevo director de sistemas mirándose curiosas. Era un atípico miembro de la familia.

Después de un par de frases cruzadas entre él y su, recientemente estrenada, secretaria personal, le pidió que los dejara solos y cerró la puerta tras los ruidos del taconeo femenino.

—Soy Michel —dijo, con el rostro serio mirando a Lucía que esperaba

en silencio. Extendió la mano a modo de saludo—. Soy el nuevo integrante de la empresa. Un gusto conocerte, Lucía. ¿Este te parece un mejor comienzo?

—Mucho mejor, gracias.

Después de un par de sonrisas y bromas más, siempre con el mismo buen humor, Michel le entregó a Lucía unas carpetas para su jefe y no volvieron a verse en el resto de la semana.

Ya era viernes, por suerte para Lucía. Su trabajo era bastante agitado y al viernes llegaba con menos energías de las que quisiera. Faltaba menos de una hora para su horario de salida y estaba más entusiasmada de lo normal, ya que era día de salida con compañeros de trabajo y la experiencia le decía que el cansancio se esfumaba frente a la diversión de esas noches bastante alocadas.

Baile, muchos tragos, buena compañía y música estridente... Su mente no dejaba de pensar en que, cada minuto que pasaba, más cerca estaba de todo eso. En sus pensamientos ya estaba sentada en el coche de uno de sus amigos.

—Hola, Lucía, tanto tiempo sin vernos. ¿Mi hermano, está? —La voz casi desconocida y menos recordada de Michel la sacó de sus idílicos planes.

Decir que había quedado impresionada, era poco, y ella no era muy impresionable, sin embargo, el jovencito desalineado de jeans rotos y zapatillas sucias que había conocido hacía unos pocos días, se había presentado envuelto en un impecable traje oscuro, de los caros supo adivinar, y con una corbata que le combinaba a la perfección con sus ojos. Un toque moderno en su nuevo corte de pelo o peinado, no podía definirlo... y al mirarlo, se arrepintió de haber pensado que Michel no contaba con la elegancia de los Girard... Lo desmintió rotundamente. Estaba impecable.

—Bueno, bueno. ¡Qué cambio de atuendo! Te sienta muy bien el traje —le dijo sin dejar de repasarlo con la mirada.

—No te burles de mí. No seas rencorosa que ya te pedí disculpas y las aceptaste —sentenció él con su perfecto buen humor.

A Lucía le causó gracia su comentario y no pudo contener su risa. En ese mismo momento llegaba su jefe y la miraba como queriendo fulminarla. Sin importarle ni un poquito la actitud de Jean, siguió con la conversación. Después de todo ya estaba casi fuera de su horario laboral.

—De verdad, no es una burla, estás muy buen mozo, Michel. —Entonces, la sonrisa y mirada ensayadas de las que no lo creyó poseedor, se presentaron ante ella y acto seguido le guiñó un ojo. ¡Zas! De pronto toda la sensualidad que no le había encontrado antes, estaba ahí, frente a ella.

«¡Dios mío!, es hermoso, elegante, caballero, divertido y más, mucho más...», pensó.

—Amor, por fin te encuentro. Tenemos que apurarnos o llegamos tarde a la fiesta. —Como tenía que ser, apareció ese mucho más... Una rubia, tipo Barbie, peinada como Barbie, vestida como Barbie y linda como Barbie, se dirigió al hombre que ella acababa de descubrir sexy. Claro que así debía ser, tenía novia y era una Barbie.

Ese mucho más... era una pareja, afirmó mentalmente.

—Voy, voy. ¿No podías esperar en el auto? La fiesta no termina ni bien empieza. Jean, no puedo decirte lo que vine a contarte, después te llamo. Lucía, gracias por el piropo, lo necesitaba —dijo.

Le sonrió incluyendo un guiño de ojos de lo más hermoso y se fue con pura queja. No dejaba de susurrar enojado.

—Lucía, a mi oficina. —El tono de voz de Jean no era el de siempre. Había sonado casi como un gruñido y en unos decibelios más altos de lo normal.

—Sí, señor.

—¡Por favor, cuántas veces tengo que decirte que me digas Jean! Quiero

que me digas Jean. A mi hermano lo tuteas, lo llamas por su nombre y hasta le dices lo buen mozo que está ¿o escuché mal?

Estaba un poco enojado. Lucía estuvo a punto de largar la carcajada y, si no hubiese sido por el cabreo que le subía por las mejillas, lo hubiese hecho.

—Señor, me disculpo, pero nunca le diré Jean. Salvo que desista de invitarme a salir, a cenar o decirme cuán linda le parezco. A su hermano le hablo así porque no es mi jefe y no me incomoda en su trato. Con respecto a si es o no buen mozo a mi modo de ver, no me parece algo que tenga que comentarle a usted —dijo sin respirar ni hacer pausas. Estaba ya cansada de sus insinuaciones y subió su voz, un poco influenciada por el sentimiento de frustración que le originó la aparición de esa rubia, desubicadamente perfecta, justo en el momento en que descubría frente a ella a un maravilloso espécimen masculino. Y otro poco, porque su jefe se lo merecía.

—Lucía, ahora el que se disculpa soy yo. No desistiré de invitarte a salir y decirte lo bella que me pareces, aunque tenga que sufrir que me digas señor. Algún día lograré que aceptes salir conmigo.

No tuvo tiempo de nada, ni siquiera de reaccionar, porque sus compañeros llegaron entre gritos y risas. La sacaron por la fuerza de la oficina y todos estuvieron en el ascensor en menos de tres minutos. Lo sabía con exactitud porque antes que la puerta se cerrase pudo ver el reloj de su escritorio y también la colérica mirada que Jean Girard les dedicaba.

Llegaron a un bar, o pub, tal vez esa era una mejor descripción, que estaba lleno de gente divertida. Se acomodaron en una mesa y entre tragos y bromas, como era de esperar, pasaron las horas. Se podría decir que, a esas tantas de la noche, Lucía estaba un poco alegre y desinhibida por el alcohol que había ingerido. No estaba borracha, aunque por un momento lo creyó. Y ese momento había sido cuando por la puerta del recinto pudo ver entrar a Michel, sin corbata ni saco y más guapo incluso que desde la última visión que había tenido de él

por la tarde. Sonrió al recordar como persiguió, cargado de enojo, a su rubia y hermosa novia.

Michel y su simpática sonrisa, buscaron con la mirada entre la gente y encontraron lo que buscaba al divisar la larga mesa. Ayudó que Guille, un compañero de trabajo de ambos, levantara la mano para hacerle seña.

«¿Y Barbie?», se preguntó Lucía en voz baja, con una risueña mueca y ojitos vidriosos. Eran los efectos secundarios de la diversión acompañada por deliciosos mojitos.

—Pensé que habías dicho que no venías, Girard —gritó Guille palmeando la espalda del susodicho.

—No podía, pero cambiaron las cosas y aquí me tienen... —Miró a Lucía y la saludó con un guiño de ojo al descubrirla entre los presentes.

Se sentó al lado de ella y esa cercanía la hizo sentir incómoda. No por él, si era un divino, según sus pensamientos. Quien la incomodaba era ella misma, porque estaba demasiado tentada de seducirlo, al menos intentarlo, y llevárselo lejos del bullicio. Además, obviamente, necesitaba preguntarle por Barbie. Debería ser en el orden inverso y lo sabía, pero le importaba más seducirlo que saber detalles del paradero de la mujer perfecta.

Sirve haber aclarado antes que estaba intoxicada con alcohol y su mente, en ese estado, era peligrosa.

Sin aviso previo y sacándola de sus pensamientos, Michel se giró sobre su silla, la miró de frente y le dio un sonoro beso en la mejilla apoyando de lleno sus perfectos labios húmedos.

—Hoy no tuve tiempo de decirte que tú también estás muy linda. Sé que no te gusta y no te interesa que te lo diga —Lucía trató de disimular la imperiosa necesidad de gritar: *¡Ahora si me importa y quiero que me lo digas, por favor, me arrepentí, sí, me interesa!*—, pero es la realidad. Y si me permites que me

desubique más aun, doy fe de lo que dijo mi hermano, eres la más bonita de la empresa.

Como si hubiese dicho solo *buen día*, le sonrió, giró su cabeza y se dispuso a beber de su cerveza mientras conversaba con algún otro integrante de la reunión. Así, sin más...

Al estado de ansiedad que Lucía no podía gobernar desde la llegada del hermano de su jefe, se le sumó la excitación que le había provocado ese contacto tibio y húmedo, por supuesto que alimentado por la propia fantasía que su mente atontada le regalaba. Y eso que todavía no se había puesto a pensar en la hermosa sensación que, el masculino aliento tibio, había dejado sobre su cara y cuello mientras le decía que le parecía bonita. Y esa mirada... La miraba con deseo, adivinó, y se convenció de haberlo hecho bien. Había determinado en ese mismo instante que Michel la miraba a ella como ella lo miraba a él. Un poco en defensa propia y otro poco por anhelo.

No podía mantenerse cerca, estaba aturdida. Se desconocía. Se descubrió a medio camino de la distancia que la separaba de él, su destino era ese perfecto cuello. Quería poder clavarle los dientes debajo de la oreja izquierda, donde su sensual perfume se acentuaba, justo donde terminaba el cuello de su camisa... No podía permanecer ahí o lo echaría todo a perder.

No podía estar tan cerca.

Apenas podía quitarle la mirada de encima. Era un hombre impresionante. Sus ojos no eran verdes era cierto, pero tenían un color precioso parecido al color de la miel y una mirada que, definitivamente, intimidaba por la profundidad y sinceridad que desprendía. Y su boca era una invitación a ser besada, con inmediatez, de ser posible. No entendía como no lo había notado antes.

Quiso alejarse un poco, porque su estado no colaboraba con el intento de ponerse frenos. Por el contrario, la estaba invitando a tirarse sobre Michel.

Definitivamente estaba un poquito eufórica.

Caminó hasta la pista de baile, ahí seguramente podía eliminar un poco de esa excitación que estaba acumulando en vano. Sin embargo, y aunque su intención fue buena, no lo logró. Michel la siguió y, plantándose frente a ella, la invitó a bailar. Comenzó a menearse con ella antes de esperar respuesta.

—Vine para verte —le dijo muy cerca de su rostro. «Girard al ataque», pensó Lucía, no parecía ser como su hermano y sin embargo...

—¿Y Barbie? ¿Qué diría si se entera?

Tenía claro que, por más que su cuerpo rogase por pegarse al de él, no lo haría. Un poco de cordura conservaba. Ella no era esa desinhibida mujer que pedía pista en su interior, al menos eso pensaba.

—¿Barbie?

—Tu novia, Michel. —El nombrado, al darse cuenta de a quién se refería Lucía, rio sonoramente sin dejar de intimidarla con la mirada y las manos en su cintura.

—Es una exnovia que no quiere adueñarse del título de *ex*. Somos amigos y, aunque ella quiera ser otra cosa, yo ya no más. Hace cinco meses que no tengo nada con ella. Hoy me convenció de ir juntos al cumpleaños de su hermano. Pero me aburrí. Discutimos, de hecho, yo me inventé la discusión porque quería venir a buscarte.

—Mira qué fácil lo pones. ¿Y por qué se supone que yo me iría contigo?
—Sin responder la tomó de la mano y la llevó a una parte alejada del ruido, la gente y la luz. Justo como ella había querido hacer hacía unos minutos. Sin embargo, ahí estaban, pero bajo su absoluta responsabilidad, no la de ella.

Una vez apoyados sobre una pared, simplemente y sin palabras, la besó. Besar no era la palabra apropiada, le devoró la boca con pasión. Tal vez también el cuello y lo detuvo bajando rumbo a sus pechos porque no parecía querer parar.

—Basta. ¡¿Estás loco?! No es así. Yo no te voy a permitir hacerme esto.
—Lucía encontró ese momento como el indicado para poner a prueba su orgullo de mujer como lo harían aquellas heroínas de las novelas rechazando al protagonista atrevido.

—¿No te gusto ni un poco?

—Puede ser, pero eres... —Él la interrumpió suspirando y acercándose un poco más. Otra vez le estaba impidiendo pensar con coherencia.

—Si no fuese quien soy ¿me dejarías besarte más y llevarte a mi cama?

—No, claro que no. Y no es por quién eres, o sí, pero no por lo que te imaginas. No puedo tener una aventura con un compañero de trabajo, dueño de la empresa de la que soy empleada y hermano e hijo de mis jefes. —¿Sonó a muchas contras? Bien, porque así quería ella que sonara, la verdad era que no sabía por qué, pero necesitaba negarse a ese avance. Tal vez para darse poder frente a él porque ya estaba a punto de ceder a sus encantos, debilitada por sus besos y por su cercanía, aunque su pregunta «¿me dejarías besarte más y llevarte a mi cama?» no era una buena forma de convencerla de nada, estaba claro. Sin embargo, no le había molestado como debería haberle molestado a una señorita de bien, como creía serlo Lucía. Incluso, y jamás lo reconocería en voz alta, estaba más encendida que antes.

—Puedo ser discreto, muy discreto. Por ti puedo serlo, Lucía. Si supieras... No pude dejar de pensarte en toda la semana.

Lucía quedó muda ante esas palabras. Los ojos brillosos de Michel mirándola y ese maravilloso suspiro tibio pegando en sus labios, era lo último que podía soportar antes de perderse en el deseo que la estaba golpeando con fuerza por todos los flancos.

Su orgullo femenino se había esfumado, la inhibición ya no estaba presente desde las primeras dos copas de alcohol, por eso no estorbó y la coherencia entre su pensamiento con la frase de rechazo que había dicho antes,

había dejado de existir. Solo quedaban, su cuerpo, carente de juicio y su necesidad, ambos expuestos a los pedidos de Michel.

—Imagino que no tienes pensado trabajar en gerencia —dijo ella mirándolo fijamente. No fue una pregunta, pero de todas formas él la respondió con, un casi mudo «no». Era una condición que así fuera, porque estaba segurísima que no podría tenerlo de jefe después de conocer su... Ya saben ¿no? —Te juro que si comentas algo de esto hablo con tu padre, y ambos sabemos que él me aprecia mucho. Le digo que fue acoso de tu parte y el que pierda serás tú porque, además, pienso denunciarte.

—Prometo que nada saldrá de mi boca. Más que los besos que quieras, todos los que desees y donde los pidas.

«¡Por Dios!, era un terrible cursi», pensó ella. Sin embargo, con esa cursilería la sedujo por completo con solo imaginar esos besos, la cantidad y los lugares. No pudo dejar de sonreír y él tomó esa sonrisa como una aceptación. Otra vez se acercó a su boca para besarla como lo había prometido.

No tardó mucho en sentirse apretada contra la pared y entonces él se apoyó en su vientre para ponerla en conocimiento de su necesidad. Siempre es igual con los hombres, aunque, también siempre resultaba con las mujeres. Tanto había resultado con ella, que gimió bajito al notarlo, y se abrazó con más fuerza a los hombros de Michel.

Lucía no supo por cuantos minutos le dio cátedra de besos. Eran fabulosos y cálidos, más que eso, eran calientes y contagiosos, puesto que ella estaba besándolo de la misma forma. Por supuesto que él nunca se quejó.

Y ahí, en ese instante de poca sensatez y mucho deseo, decidió que su novela erótica se estaba haciendo realidad y con todos los condimentos que debía tener, por supuesto que, adornados con su realidad, pero allí estaban. Y con la poca colaboración de su inteligencia, ya seducida y alcoholizada, y mucho de su fabulosa imaginación, se puso a enumerarlos en silencio.

Como primer punto estaba él, un hombre atractivo, sexy, adinerado y con poder, al menos, siendo el hijo del dueño y un directivo de la empresa, más poder que ella tenía seguro, ya que era solamente una secretaria ejecutiva.

Los posibles problemas que influirían para separarlos podían ser: su insistente jefe, que además era el hermano del protagonista masculino, y esa exnovia que no aceptaba serlo. Ese era un hermoso y rubio problema para la intérprete femenina que, aunque se sintiese maravillosamente bien siendo el objeto de deseo de un hombre como ese que gemía entre sus brazos, la ponía de golpe en la realidad de creer ser poca cosa para él.

Lucía no era precisamente una mujer insegura. No se consideraba una diosa, era cierto, pero no le molestaba el reflejo que le devolvía el espejo al pararse frente a él. Aunque, comparada con la mujer que había visto, sí dejaba mucho que desear. Se descubrió pensando, furiosa, que no era justo que aquella mujer fuese una endiosada rubia sin defectos y ella una simple morena con curvas, algunas bastante sinuosas. Ahí es donde nacía una pequeña, pero molesta, vulnerabilidad.

Siguiendo con su propia fábula, era el momento de poner el erotismo en juego. Eso era justo lo que estaba haciendo perdida por la urgencia que esos besos y caricias le provocaban. En su mente la novelita ya era casi pornográfica.

«¡Deberían prohibirme el alcohol!», pensó casi sonriendo al escuchar el pequeño gruñido de Michel.

—¡Me mordiste! —exclamó él mirándola divertido.

—Me sentí tentada, perdón —ronroneó ella, y vió como su compañero sonreía negando con la cabeza.

—Nos vamos de aquí —susurró. La tomó de la mano y la guió hacia la puerta, intentando no ser vistos por el resto del grupo.

Michel tenía verdadera intención de cumplir con su palabra, si ella

quería discreción la tendría.

La limusina de sus novelas nunca existió, el vehículo que la había reemplazado había sido una gigante moto azul, digna de alguien como su futuro amante. Si pensaba bien, en algún libro, algún protagonista, tenía una moto igual.

Al llegar a destino, no muy lejos de donde estaban, pudo apreciar lo imaginado: Michel vivía acorde a las expectativas de un Girard. Su hogar estaba en un edificio muy moderno y lindo, al igual que su departamento. Por supuesto, no esperaba menos de él y ¿para qué describir lo obvio?, estaba decorado con el famoso estilo minimalista, en colores masculinos y bla, bla, bla...

Michel no le dio demasiado tiempo de mirar después de entrar y, contra la misma puerta, la arrinconó para seguir besándola y, a esa altura ella no se iba a resistir, claro estaba.

Las manos de Michel llevaron las de ella hasta arriba de su cabeza y con una sugerente mirada le pidió que ahí las dejara. Fue entonces cuando comenzó a bajar con sus dedos por sus brazos, de forma muy lenta, pasando por sus axilas y los laterales de su cuerpo, dibujando su silueta. Rozó con sus pulgares la punta de sus pechos solo para ilusionarla y le susurró algo, al notar que reaccionaban, que no pudo escuchar por ser presa de un estremecimiento de cuerpo completo.

Las palmas de Michel siguieron su camino por la cintura y cadera femeninas. No dejaba de besarla, con besos largos y apasionados o besos pequeños y ruidosos. Desconcertándola con sus intenciones. De pronto era un volcán y sin pestañear se convertía en un osito cariñoso... y solo con esas pequeñas atenciones ella ya estaba loca, aunque loca era poco decir, estaba loquísima. Eso sí, jamás lo demostraría.

Las manos masculinas anclaron en su cadera, contrariamente a la boca que, lejos de quietarse, comenzaba a bajar por el cuello y se dirigía con sensualidad hacia el lóbulo de la oreja, adonde susurró con una increíble voz, un

poco distorsionada por el deseo...

—Quiero que a partir de este instante y en este lugar, solo seamos tú y yo. No pensemos en nadie más. Después de esta noche, larga noche, vamos a poner nuestros mundos de cabeza.

—¿Eso qué significa? —preguntó Lucía un poco aturdida, apenas podía concentrarse en escucharlo.

—Que voy a dar todo de mí para que no puedas negarte a volver a estar conmigo mil veces o más y nunca quieras alejarte de mí. Me gustas muchísimo. Todo en ti me gusta, hasta tus enojos.

—¿Cómo puedes saber eso, si solo nos vimos un par de veces?

—Tal vez tú a mí, sí. Yo a ti, todos los días. No dejaba de mirarte, de observarte, de estudiarte, de desearte. —Dicho eso volvió a torturarla con sus manos y su boca. Mientras ella se repetía en silencio las palabras que él había susurrado.

La primera reacción fue asustarse. Podía ser un acosador, ella apenas lo conocía después de todo, aunque, no podía concentrarse en esa idea sintiendo esos labios sobre su piel y esas manos acariciándola sin pausa. Era dulce, apasionado y atento, su mente no se animaba a crear una idea diferente. Michel sabía cómo encontrar los lugares secretos que su cuerpo escondía.

No estaba al tanto de que la piel de sus hombros fuese tan sensible... ¿o era esa lengua áspera la que la hacía reaccionar de esa manera?

Descartó toda duda y se limitó a aceptar que estaba rendida. De rodillas ante él, así se sentía.

Gimió ante un estimulante mordisco en su cuello y la imagen de su jefe se le presentó, demasiado nítida para su mala suerte.

Cuando Jean se entere, estallará, pensó. No se consideraba demasiado importante para Jean Girard, pero a juzgar por el berrinche de niño rico de esa

misma tarde, podía adivinar que su ego masculino podría verse afectado al saber que la mujer a la que perseguía hasta el cansancio se resistía a sus encantos, sin embargo, caía ante los de su hermano menor.

Claro que podría no enterarse y mucho menos el padre. Ese amable señor la consideraba una adorable criatura, no una mujer que se aprovechaba de las habilidades sexuales de su hijo más chico.

De pronto se imaginó entrando en la oficina y encontrándose con Michel de frente... No podría volver a mirarlo a la cara. Tampoco a Jean o a su padre si no lograban guardar el secreto.

Su cabeza era un lío de pensamientos enredados y sensaciones fascinantes. Volvió a gemir ante un pellizco atrevido y abrió los ojos para encontrarse con una mirada inquieta y casi dorada. Entonces recordó que con esa boca que la besaba, Michel le había hecho saber que no quería estar con ella esa sola vez, sino muchas más. Miles, había dicho...

¿Y si no les gustaba? No podía detenerse a pensar una tontería semejante, si estaba gimiendo como una condenada solo con sus besos. Ni una mano debajo de la ropa le había metido y ya creía que estaba por tener un orgasmo.

Los dientes en su cuello y luego en su oreja no la dejaron seguir su hilo de pensamientos. Sus manos, como si tuvieran vida propia, se clavaron en los hombros y espalda de Michel sintiendo sus músculos, muchos de ellos, firmes y en movimiento.

—Dije solos los dos, aquí y ahora —susurró él en su oído—. Tú y yo, nadie más, Lucía. —«Mala mía», pensó. Él había notado como sus elucubraciones la alejaban y no se lo quería permitir. Le estaba dejando claro por cómo con la lengua recorría su oreja y se introducía en ella provocándole un escalofrío. Bajó lentamente con la punta hasta su boca y lamió en su labio superior. —No te distraigas.

No hizo falta que se lo volviese a pedir. La mantuvo atenta con besos en el pecho dibujando el escote de su vestido y llegando hasta la unión de sus senos, mientras con sus manos bajaba por la parte posterior de sus piernas. Sin hacer movimientos atrevidos volvió a subir a su boca... Lucía estaba a punto de desmayarse de placer. Era como ofrecerle un dulce a un niño y cuando lo aceptaba se lo quitaban.

Sí, era un tormento, pero le encantaba.

Por fin sus manos llegaron a sus glúteos... desnudos. En ese preciso instante, Lucía acababa de recordar que su tanga era diminuta porque no quería que se le marcara en el vestido, y no era lo que usaba para sus noches de seducción precisamente. Conocía el tamaño de su trasero a la perfección. Ya no tenía tiempo de avergonzarse.

Michel abrió los ojos al segundo de sentir la piel de esa carne que se le antojaba morder y los clavó en los de ella, mientras con la lengua dibujaba su boca y sus manos amasaban con fervor. Con un dedo enganchó el, casi, hilo que tenía por ropa interior y lo siguió de arriba hacia abajo hasta casi rozar el sexo femenino. Lucía imaginó que, si tuviese voz, gritaría “¡más, baja más!”

—Esto tengo que verlo —susurró él sin separar su boca de la de ella y con su aliento cargado de deseo —, pero antes quiero confirmar una teoría que tengo desde que te vi en la oficina.

—¿Cuál es esa teoría? —Lucía carraspeó desconociendo su voz y se sintió patética.

Estaba demasiado excitada como para que Michel se pusiese a confirmar nada, pero lo dejó hacer.

Dos dedos masculinos tomaron la punta del moño del lazo que rodeaba la cintura de Lucía. Ese lazo cerraba el vestido y lo mantenía cruzado, por lo que, con ese simple tirón, la prenda se abrió y dejó el cuerpo femenino en exposición. Listo para que esos ojos de mirada intensa lo recorrieran como lo

estaba haciendo, con una terrible sonrisa pícaro y enloquecedora dibujada en el rostro.

—La próxima vez quiero este vestido solamente sobre tu piel.

«Sí, la próxima vez. Lo pides lo tienes, pero ahora haz algo más que mirarme, por favor», le hubiese gritado Lucía, porque estaba desesperada, sin embargo, se contuvo.

Michel le deslizó las palmas sudorosas por los hombros dejando caer la ropa de ella junto a sus pies, ya nada la cubría, y con un suspiro profundo la giró sobre sus talones. Se lo había dicho, y quien avisa no traiciona, quería ver su culo “des-cubierto” por nada más que un hilo.

La tocó hasta que quiso y ella se dejó, aunque tuvo que apoyar sus manos en la pared para sostenerse. Ya era casi insoportable sentir esos hermosos labios en su espalda y las manos en su trasero... y bajando, sin llegar a nada.

¡Maldito!

No, no se lo dejaría pasar esta vez.

—Por favor, Michel, tócame. —Un simple jadeo sobre su oído y una mano en su vientre, que bajaba lentamente, la hicieron gemir y le confirmaron que él la había escuchado.

Todo ese fuerte cuerpo masculino, todavía cubierto de ropa, se apoyó sobre el del de ella que estaba completamente desnudo. La tanga no contaba como ropa y menos si se la juzgaba por su tamaño.

—Voy a hacer que sueltes un poco de tensión, pero esta es una larga noche, bonita. Y voy a dejar que me tortures también. Después. —No dijo nada más y su mano comenzó a acariciarla entre las piernas de una manera increíble.

No le dio respiro.

Le mordía el cuello y con su lengua la lamía por todos lados. Jugó con ella hasta que tuvo que tomarla de la cintura, y abandonar esos pechos

hambrientos de sus dedos, para que no cayera al llegar al orgasmo arrasador que le provocó.

Cuando Michel sintió que Lucía podía mantenerse otra vez en pie, la giró y la envolvió con sus brazos fuertemente.

¡Otra vez era un osito cariñoso!

Lucía se enterneció con el amoroso gesto y se dejó llevar por ese abrazo, acurrucándose contra su pecho.

Michel era un hombre de palabra. Estaba cumpliendo su promesa, estaba poniendo su mundo de cabezas y todavía no habían tenido sexo, del completo, en la cama, ambos desnudos y él moviéndose dentro de ella.

Lucía no se permitió mucho de ese sentimiento y avanzó con su derecho a verlo desnudo. Porque ella también tenía ese derecho, ¿o no?

Comenzó por los botones, a medida que lo empujaba lentamente hasta un sillón que vió a sus espaldas y se le ocurrió que podía utilizarlo para su tortura. Era su momento de hacerlo sufrir y hacerse desear, mucho, mucho. Al menos eso intentaría.

Cuando por fin ella se deshizo de la camisa, lo miró con lujuria y no de la fingida ni simulada. Era perfecto, musculoso, depilado, bronceado, con tatuaje en el antebrazo... Demasiado masculino como para poder contener las ganas de pasar su lengua por él.

Mientras lo hacía, y lo sentía jadear todavía controlado, le desprendía el pantalón y lo dejaba caer junto con su bóxer (ajustadito y de marca cara). Lo tendría que ver en detalle y con él llenándolos, por supuesto, pero más tarde. En ese momento lo quería desnudo.

Lo empujó despacio para que cayera sobre el mullido sillón y se dedicó a recorrerle con la lengua todo el cuerpo. Delicioso, sabroso, jadeante, caliente, así era y todo para ella. No pensaba detenerse. Llegó a su sexo, demasiado excitado

y siguió con su trabajo. No hizo lo que seguro él esperaba y lo escuchó suspirar tenso ante la ilusión quebrada.

—Vamos, bonita. Esto es demasiado sufrimiento.

—Lo siento, bonito, esta es mi tortura y la manejo como quiero —dijo ella sin dejar de lamerlo, como si de un helado exquisito se tratase.

Lo tenía demasiado loco. Ya no podía contenerse. Su mano intentaba tirar del pelo de ella para acomodarle la cabeza sobre su entrepierna, que palpitaba por la necesidad de contacto, y con la otra apretaba fuerte un almohadón que estaba por ahí.

Ella aprovechó sus manos libres para tocarlo y él se estremeció, llevando su cabeza hacia atrás con un sonoro jadeo, y cerró los ojos.

—Creo que esto lo vas a querer ver —le dijo ella cubriéndolo totalmente con su boca, hasta el final, de una sola vez y sin aviso. Mientras la masculina mirada se clavaba en el movimiento.

—Nena. ¡Sí! —Fue como un grito desesperado y de alivio en su voz.

Pero le duró poco, porque entonces ella alejó sus labios en el mismo momento que ponía las manos sobre su propio sexo y comenzaba a satisfacerse frente a la mirada libidinosa de su acompañante insatisfecho.

Michel no daba crédito de lo que esa mujercita alocada estaba haciendo. Su cabeza estaba por explotar.

Lucía pudo notar como sus ojos se convertían en fuego y su boca en un tentador bocado para la suya. Se mordió el labio inferior después de humedecérselo con la lengua, sin dejar de observarlo, no se perdió ninguno de sus movimientos. Era bello, sensual y provocador, así, desnudo y excitado era todo un espectáculo.

Lucía gemía ante el placer que su propia mano le daba y él comenzó a desesperarse. Jadeaba, ya sin control y gruñía sin saber qué hacer. Las manos

masculinas pasaron de estar inmóviles sobre las piernas a tomar con decisión la erección abandonada. Michel comenzó a tocarse también, al mismo ritmo que ella lo hacía. Era perfecto.

No había imagen más erótica para ella. La incendiaba por dentro ver a su hombre tocarse por estar hambriento de su cuerpo. Ese monumento masculino estaba haciendo “eso” frente a sus ojos, muerto de deseo por poseerla en ese instante.

Lucía gimió cuando alcanzó su éxtasis y se mordió el labio inferior. Estaba acalorada y húmeda por el sudor.

—Eres demasiado traviesa, pero me encanta —le dijo él, y se dejó caer sobre ella en el piso. Sin mediar palabras ni nada, entró en ella, y solo pudo ver las estrellas... Más y más estrellas en cada poderosa embestida.

Era sensacional. No dejaba de besarla mientras le daba el placer que le había prometido con la mirada antes de abalanzarse sobre ella.

Pasaron toda la noche juntos. Lucía tuvo los mejores orgasmos de su vida.

Durmieron abrazados, sudados y con mucho olor a sexo entre las sábanas húmedas como únicas testigos de esa flamante pasión.

Esa noche en ese departamento estuvieron solos, él y ella. Michel hizo que Lucía se olvidara de todos y de todo y, sí, puso su mundo de cabezas con sus atenciones y no solo las sexuales, vale aclarar.

Hoy, después de tres fantásticos, excitantes y pasionales años, Lucía entra a la iglesia para unirse en matrimonio a su amor de novela. Su fantasía hecha realidad. Su Girard preferido, el más bonito ante sus ojos, la espera. Lamentablemente, vestido, pensó al verlo enfundado en un smoking oscuro. Pero en pocas horas lo pensaba desvestir y torturar. Desde esa primera noche juntos, adoraba hacerlo.

Pasaron por muchísimas cosas en los últimos años. Obstáculos que el amor y la pasión pudieron derribar. Fueron más fuertes que todo lo que se interpuso en su camino. Incluyendo a Jean, que siguió unos meses con su capricho, hasta que tuvo que asumir su derrota y darse cuenta que Lucía solo miraba a un Girard y sus sentimientos eran profundos. Con pelea de hermanos incluida y su posterior reconciliación, pudieron resolverlo.

La Barbie también hizo de las suyas ofreciendo batallas y presentándose en la oficina de su demandado hombre, provocando en Lucía explosivas escenas de celos dignas de cualquier fuego artificial de año nuevo. Pero las reconciliaciones después de los celos eran fantásticas y en vez de separarse, se unían más.

Michel, su futuro marido, la mira con los ojos cubiertos de amor y le guiña el ojo al verla acercarse vestida de novia; Lucía suspira y sonríe.

El personaje principal de su propia novela erótica la espera en el altar.



Una Navidad diferente.

—¡Qué día fantástico! —susurró para sí misma admirando toda la belleza que la rodeaba desde hacía, exactamente, quince horas.

Había llegado al hotel cerca de las tres de la tarde del día anterior y era la segunda caída del sol que disfrutaba en la playa. Hacía tanto tiempo que no gozaba de una, que ya ni lo recordaba. Y lo peor de todo era que vivía a escasos cuarenta minutos de una de las más bellas costas que conocía. Esa playa tenía todo lo que a ella le gustaba, mucha arena blanca, aguas transparentes y la temperatura del mar ideal para refrescarse, sin morir de frío en el intento. Lo que le faltaba para poder visitarla más seguido era tiempo, simplemente, tiempo. Por eso para estas navidades no lo había pensado mucho y ahí estaba, disfrutando de su regalo navideño: silencio, paz, naturaleza y soledad.

Marga era una cuarentona, divorciada y con un hijo ya adulto, se podría decir, aunque le costase asumirlo. Roque, su hijo, era un buen muchacho que ya estaba de novio, era estudiante de tercer año en la universidad y además

empleado en un restaurante. Casi nunca paraba en su casa y por eso, Marga, decía que prácticamente vivía sola. Ella no lo lamentaba, adoraba sentirse plena en compañía de sí misma y todos sus conocidos lo sabían. Incluso Roque, lo que le ayudaba a quitar algo de esa culpa materna que tenía por no sentir la angustia que sus amigas sí. «El síndrome de nido vacío» no había golpeado a su puerta.

Ya habían pasado unos cinco años desde aquella sana separación con su marido, exmarido. Y había aprendido a vivir en la soledad que le regalaba la adolescencia de su activo hijo. Disfrutaba con sus propios silencios, sus espontáneos caprichos, sus explosivos enojos, su mal humor matutino, su poco apetito y hasta con su deseo sexual a veces insatisfecho. Eso ocurría cada tanto, no todas las noches. Ya no era una chiquilla hormonal ni una jovencita siquiera, lo tenía muy bien asumido. Era una mujer adulta, de cuerpo sano, vida plena y una actividad sexual... ligera, pobre, escasa. Sí, podría decirse todo eso. No obstante, tenía algunas técnicas bastante buenas, como la que había utilizado esa misma mañana, que suplantaban buenamente la compañía de un hombre en su cama. Sabía lo que un “hombre en su cama” significaba y nada de eso le interesaba ya, al menos, no la permanencia de *ese* hombre en su vida.

Nadie la conocía mejor que ella misma. Y, por ese conocimiento de sí misma, sabía que esos días necesitaba estar sola. Las fechas navideñas en donde la gente se reunía a disfrutar en familia ya no le parecían interesantes y menos sin su hijo, que ahora las pasaba en casa de su novia. Había sido invitada, sí, aunque había rechazado tal invitación con educación. No estaba lista para las tertulias con desconocidos que, eventualmente dejarían de serlo, sin embargo, no ese día.

Recostada sobre la toalla disfrutaba de la tibieza de la arena, esa placentera temperatura que le había dejado el sol de la tarde. Estaba a la sombra de las palmeras y de un par de rocas grandes porque ya había tomado demasiado sol. Le gustaba observar a la gente, a los niños jugando y peleando, a los padres

correteando detrás de ellos, a las parejitas abrazadas entre las olas... Ella alguna vez había sido abrazada entre las olas y le había gustado mucho, aun así, no lo extrañaba. También había sido acariciada con la excusa de aplicarle el protector solar, como esa muchachita tendida al sol, y tampoco lo extrañaba. Nada de eso necesitaba volverlo a vivir, no sentía añoranzas de un pasado bien habido. Se sentía satisfecha con su vida, la anterior y la actual.

«Soy feliz», pensó. Le gustaba ser ella, así como era, con todo su bagaje, defectos incluidos.

Lo que sí disfrutaba, y no quería dejar de hacerlo nunca, eran las miradas intensas de caballeros astutos y atrevidos. Le encantaban, la ponían en un estado de alerta excitante, la hacían sentir bella y femenina. Hasta joven se sentía en esos momentos. Y no porque se sintiese vieja, pero la edad era una realidad y muy joven ya no era.

Volvió a mirar de reojo y el moreno que la observaba se llevó el vaso a los labios. Daría cualquier cosa para poder dedicarle una mirada directa, de la misma forma que él lo hacía, pero no tenía el coraje. Le gustaba ser abordada, no abordar. Tal vez era una cuestión de generación o de gusto o de simple cobardía, sí, podía ser eso también. Una suma de las tres cosas y alguna que otra más, seguramente.

Miró hacia el cielo, todavía de un celeste brillante cortado con nubes blancas que parecían trozos de algodón desgarrado, y suspiró. El mar le daba esa energía que el trabajo y la cotidianidad le consumían.

El silencio de su interior se rompió con el sonido ahogado de una vibración. Atendió la llamada telefónica que hacía temblar su teléfono y sonrió. Su cara se iluminaba ante las palabras que jamás dejaría de querer escuchar.

—Hola, mamá.

—Hola, hijo. ¿Ya estás en el trabajo?

—Sí. Hoy hago doble turno, es Navidad y eso significa muchas propinas. Necesito el dinero para las vacaciones, ya sabes. ¿Qué tal el hotel?

—Hermoso. Muy cómodo.

—¿La fiesta de anoche?

—Divertida. Hubo baile, rica comida, música en vivo y un brindis navideño. Y ustedes, ¿cómo lo pasaron?

Siguió con su conversación mientras se ponía de pie, con sus gráciles movimientos levantaba sus pertenencias y se retiraba lentamente de la playa, rumbo a su habitación.

Esta vez no había reparado en la mirada del hombre que tomaba su trago acodado en la barra frente a la piscina, a pocos metros de la arena.

Tony, como le decía todo aquel que lo conocía, tuvo demasiado tiempo para admirarla y lo utilizó a conciencia. Pero para Marga dejaba de existir la gente que la rodeaba cuando su hijo aparecía, aunque fuese en una llamada telefónica. El moreno había pasado al olvido.

Tony repasó con la mirada el cuerpo armonioso y delicado de la mujer que se marchaba. Otra vez. Ya iba por la... Había perdido la cuenta de las veces que había mirado esas piernas, ese abdomen, esos pechos grandes y ese bronceado perfecto que dejaba, debajo del traje de baño, marcas claras en la piel.

¡Cómo le gustaba el cuerpo tostado y con el biquini dibujado! Cerró los ojos con fuerza ante la imagen y negó con la cabeza. Esa mujer le gustaba mucho. También había reparado en su rostro, bello rostro, por cierto, de rasgos fuertes y femeninos; con las pequeñas arruguitas de experiencia y confianza, esas que vienen con la edad; hasta el color caoba de su cabello y la forma en que su trasero se movía al caminar, le gustaban. No era una jovencita, no se movía igual, ni el trasero, ni ella.

La edad no trae solo arrugas, rollitos, celulitis y flaccidez, pensó Tony que, con tantas mujeres a su alrededor, bien sabía qué era lo que las aquejaba. Para él los años también traían un paso firme y decidido, una presencia innegable, una mirada segura y sosegada y la impertinencia propia de saber lo que uno quiere.

—Definitivamente la edad trae mucho más —murmuró. Y todo lo que traía, le gustaba.

Bueno, no todo. Al hombre, algunas cosas dejaban de funcionarle con los años, y eso lo tenía preocupado. Le gustaría saber en qué momento exacto pasaría para poder estar preparado. Lo bueno era que la gente de ciencia había pensado en eso y la pastillita azul era ya una gran aliada para los damnificados con el problema.

Sonrió al recordar cierta conversación al respecto con sus amigos y dos mujeres sentadas frente a él le devolvieron la sonrisa. Como todo un caballero levantó su copa para saludarlas, pero se giró ignorándolas después.

A sus cuarenta y ocho años, las canas mezcladas con las hebras de su cabello renegrado le quedaban de maravilla. Al menos eso decían las mujeres, incluyendo su hermana, su tía, sus dos sobrinas, sus tres hijas y hasta sus dos pequeñas nietas. Debía creerles, si eran tantos los halagos debían ser ciertos. Los pocos hombres de la familia reían ante el comentario y hasta se burlaban de él cada vez que se tocaba el tema.

Había enviudado relativamente joven y nunca había vuelto a tener una pareja estable. Con «estable» se refería a una pareja con una mujer que le interesara lo suficiente, como para sobrepasar los seis meses de relación, y presentársela a su hermana, su tía, sus dos sobrinas, sus tres hijas, sus dos pequeñas nietas y los pocos hombres de la familia. Tal vez era su propia responsabilidad que eso no pasara. No le importaba tener una mujer en casa.

Después de enviudar había comprado un departamento pequeño y había

logrado una decoración bien masculina, y le gustaba así. Disfrutaba de la comida comprada, del café a toda hora, de las frutas frescas, del buen vino, de los libros dejados por ahí, de los partidos de cualquier deporte que consumían sus fines de semana y, para que negarlo, ya tenía sus manías adquiridas, de las que también disfrutaba. Así estaba mejor. Ya tenía bastante presencia femenina en su vida. Sin embargo, necesitaba a las féminas porque el sexo era todavía una necesidad en su vida, le gustaba practicarlo seguido y, por suerte, todavía podía. Además, las mujeres le gustaban mucho.

Había sido un hombre enamorado y fiel, aunque *mirón*. Le gustaba admirar a las mujeres, verlas en detalle, sus movimientos, sus gestos, sus piernas y sobre todo sus pechos. Era un hombre que gustaba de los pechos femeninos, de los reveladores escotes, del surco que se dibujaba entre ellos cuando el sostén los unía y del movimiento instantáneo cuando ese mismo sostén se desprendía. Pero lo que más le gustaba era el seductor baile que bailaban ante sus ojos cuando la dueña lo cabalgaba como un ágil jinete.

—¡Madre mía! —se dijo a sí mismo acompañando un jadeo, y mirando el caminar de Marga. Estaba ardiendo de deseo con solo imaginar esa voluptuosa pechera en movimiento. Hasta los omóplatos sudados tenía. Por suerte para él la brisa del mar lo refrescó un poco. También los últimos sorbos de su trago.

Se agradeció a sí mismo la buena idea de aislarse, por primera vez, en esas fechas. La familia a veces era demasiado sobreprotectora, además, había imaginado una aventura navideña y como excepción, sus hijas se lo habían permitido. Por única vez quería otro tipo de Navidad para recordar, tal vez por lo solitaria, por lo silenciosa, por lo movilizante o, simplemente, por lo diferente, ya lo averiguaría.

Sabía, por conocidos, de hoteles que festejaban Navidad y Año nuevo con una lujosa cena y... «¿Por qué no?», se había dicho y había hecho la reserva.

Dejó unos billetes al muchacho de la barra y caminó en la misma

dirección que la mujer de sus nuevas fantasías. La había visto sonreír ante la llamada telefónica y quería comprobar que no hubiese un hombre esperándola, aunque antes ya la había visto sola y estaba casi seguro que no tenía anillo de casamiento. Aun así, no estaba de más una segunda confirmación.

«No solo los hombres engañan», pensó.

La vio, todavía con esa mueca de alegría, frente al ascensor, aunque ya sin el teléfono sobre su oreja. Cuando se acercó, y solo por un instante, las miradas se cruzaron y las sonrisas se dibujaron en sus rostros. Fue una simple comunicación visual y gestual de dos personas socialmente educadas, pero esas sonrisas tuvieron efectos secundarios en ambos.

Tony se estremeció de pies a cabeza. Ella era embriagadora y sus ojos algo traviosos. Pudo advertir como viajaron por su rostro y se posaron en su boca. Tuvo que reprimir esa inhalación profunda que requería su cuerpo para saciarse del perfume que ella desprendía: Olor a mujer. Nada especial, sin embargo, tan propio.

Marga tuvo que contar con toda su entereza para mantenerse firme. No todos los días, casi dos metros de hombre moreno y malditamente atractivo, le sonreía con una hermosa boca de dientes blancos adornada por una meticulosa barba canosa. No supo calcular el tiempo que dedicó a esa cara llena de rasgos imperfectos que conjuntaban armando algo tan imponente. Hubiese susurrado un «¡por todos los santos!», tal vez, hasta lo hubiese gritado mirando al cielo, no obstante, pudo contenerse, otra vez, gracias a su entereza.

El sonido del ascensor llegando la sobresaltó y más lo hizo el murmullo ronco y varonil a su espalda.

—Después de ti.

—Claro, gracias. Qué caballero —dijo en voz alta, y arrepintiéndose en el instante que pronunciaba la primera letra de esa frase.

—Con las damas uno debe serlo. Y si son hermosas... —Calló para dejarla a ella pensando la siguiente palabra y logró lo que quería, la mirada de esos ojazos curiosos y exigentes.

Con coquetería, Marga, bajó la vista y se giró hasta la botonera para marcar el número del piso en el que bajaría. Claro que Tony ya había decidido, arbitrariamente, que ambos lo harían.

—¿Qué piso le marco?

—Bajamos en el mismo —respondió él, y agradeció en silencio que ella se hospedase en el piso más alto, largos minutos de compañía había por delante. Al tenerla enfrente pudo repasar una vez más la figura que había apreciado de lejos hacía un instante. No estaba nada mal o más que bien.

Marga trataba de alejar todos los pensamientos y enfrentaba la desobediencia de su cuerpo. El muy ladino quería dar unos pasos hacia atrás y tropezar con ese monumento de masculinidad y elegancia para luego girar y mirarlo, mucho, muchísimo, hasta que sus retinas grabasen toda esa imagen de piel oscura, cabello entrecano, ojos brillantes, nariz varonil, pómulos marcados, mentón prominente, nuez de Adán ... «¡Basta!», se reprendió calladamente, y rio por lo bajo. Estaba nerviosa, ansiosa y excitada, por qué no reconocerlo.

—¿Hice algo gracioso?

—¿Perdón?

—Tu risa...

—Ah, no... Claro que no. Solo... No tiene importancia.

—Tony —dijo él estirando su mano—. Nunca nos presentamos —argumentó decidido.

Para qué dar vueltas, no había mucho tiempo. Qué más daba de qué reía después de todo. Extendió más su mano hacia ella y ya se había posicionado a su lado para poder mirarla a los ojos. ¡Qué ojos!

—Ma... Marga —titubeó.

Nadie, nunca se le había presentado en un ascensor. ¡Esas manos...! Dedos largos, con nudillos destacados y antebrazos venosos. Se estaba volviendo loca. Era mucho hombre, todo él era masculino y fuertemente varonil. Hasta olía a testosterona, eso imaginaba ella. No es que supiese cómo olía la testosterona, aunque imaginaba que lo hacía como ese tal Tony, que ya tomaba su mano y la apretaba con la fuerza necesaria para hacerla poner nerviosa.

«Que me suelte de una vez o no respondo».

—Me gusta. Tu nombre —aclaró él, ante el gesto de rebeldía de su acompañante. Lo había desafiado elevando una ceja y girando el cuello hacia un costado y eso lo inspiró para provocarla. ¿Acaso creía que él se amedrentaría?—. Y tú también me gustas.

—Caramba, qué atrevido. —Los colores, y también los calores, le subieron por la espalda y las mejillas. Marga volaba de deseo por dejarse llevar de la mano a cualquier habitación de ese enorme hotel. Cualquiera, menos la suya. Tampoco era una mujer tan liberal.

—Es que no soy de mentir. —Tony dijo esas palabras en un susurro ronco y muy cerca de la cara estupefacta de la bella mujer. Le daría un beso para ponerla peor. Pero no era tan atrevido después de todo, ¿o sí?

—Bien, entonces, se agradece.

Marga suspiró aliviada al ver la puerta abrirse y a un par de jovencitos entrar al ascensor, acompañados de risas y movimientos enérgicos, interrumpiendo el incómodo, aunque halagador, diálogo.

Tony no apartó los ojos de ella, de toda ella. La acarició de arriba abajo con su intrépida mirada y esa sonrisa de lado que la provocaba como ninguna.

Ante ese escrutinio, Marga hubiese querido que el pareo que llevaba puesto estuviese un poco más arriba y no anudado a su cintura. Puso todo de sí

para que no se notara su nerviosismo y sonrió con soberbia. Lo miró retadora. ¡Era atractivo el desgraciado!, y lo sabía.

La puerta volvió a abrirse y un anciano se posicionó frente a Tony. Marga dio un paso y luego otro, sin pensar siquiera, y dejó que la puerta se cerrara a su espalda. Si ese hombre creía que ella era alcanzable solo con una mirada, estaba muy equivocado.

Suspiró extasiada, para qué negar que la atracción había sido electrizante.

Buscó las escaleras y, peldaño a peldaño, subió los cuatro pisos que le faltaban.

Tony no pudo contener la carcajada. No le importó que lo mirasen como si estuviese loco. Bajó del cubículo cuando la campanilla sonó en el piso marcado y miró para todos lados. Instintivamente caminó hacia las puertas con el cartel de salida y ahí esperó unos minutos. Muchos minutos. Hasta que escuchó el repiquetear de los pasos de la mujer que lo había enloquecido. Menuda sorpresa la esperaba a la escurridiza mujercita.

No le dio tiempo a abrir la puerta y la arrinconó contra la pared. Su pecho chocó con esas maravillosas protuberancias, que en escasos segundos tendría en sus manos. Bajó la cara para encontrarse con la de ella. No estaba asustada, solo sorprendida, y tan ansiosa de que algo pasara como él mismo.

—Marga, has sido una chica mala.

—¿Sí?

—Ajá. —Atrapó la cintura de la mujer para elevarla tanto como pudiese para su comodidad y fundió sus labios en los de ella. Suspiró ante el contacto y un jadeo lo sorprendió. Ella olía a playa y a mujer, deliciosa combinación.

Marga estaba anonadada. No esperaba algo como eso. Eran un par de calentones besándose en el descanso de una escalera o eso parecían. Aunque,

que más daba. Se prendió a la boca rasposa y hábil que sabía a mentol y a hombre experimentado. Una mano en su pecho derecho la sorprendió aún más. No tuvo tiempo de acostumbrarse a la idea ni a recriminar. Él retiró el traje de baño lo suficiente para poder mirarla. Ambos pechos a entera disposición de esos ojos, ahora lascivos.

—¡Qué belleza! —Los pellizcó con destreza, los vio erguirse y rogar sus atenciones. La espalda de Marga se separó sutilmente de la pared, no pudo retener el movimiento, quería más pellizcos.

Tony acarició con parsimonia el contorno de un seno y el otro, para luego, como en cámara lenta, besarlos.

Marga suspiraba sonoramente, casi gemía. Claro que estaba muy enojada, pero su excitación era mayor que su enojo o eso creía. Un mordisco casi doloroso la obligó a meter los dedos en la tupida cabellera de Tony y lo retiró de su cuerpo. Apenas podía hablar, pero lo intentaría.

—¿Qué piensas que haces?

—No pude resistirme. —«Tiene una sonrisa preciosa», pensó Marga.

—Eres un desubicado —dijo acomodando su ropa, y empujándolo con fuerza para alejarlo de su cuerpo. Era demasiado alto y fuerte, tuvo que emplear más fuerza de la necesaria.

—Atrevido y desubicado. Por ahora no está mal. Hay más para descubrir sobre mí, lo prometo —retrucó Tony, apresándola entre sus brazos y besando la punta de su nariz.

—Arrogante.

—No, eso no. Pero a veces las apariencias engañan. En dos horas en la habitación 1312.

—De ninguna manera.

—Vas a venir. Prometo ser caballero. Te espero, Marga —le dijo

besando sus labios otra vez, y acariciando sus pechos por dentro del traje de baño.

Se alejó sin volver a mirarla. Ella no pudo moverse hasta que los pasos de Tony no se hubiesen silenciado detrás de la puerta que los separaba.

Sonrió con culpa y susurró su nombre. Atrevida era ella y eso era una novedad en su vida.

Las copas de más, en la fiesta de la noche anterior, la habían vuelto así. Un daiquiri, un mojito, una copa de vino blanco con la comida y otra con el postre, el champagne del brindis... No recordaba si había habido más. Solo recordaba a Tony, ahora sabía su nombre, invitando una y otra cosa mientras disfrutaban de la velada. También recordaba ese cabello oscuro, pintado con hebras plateadas, apoyado en su pecho mientras una boca, divinamente tibia, saboreaba su piel y cosquilleaba por culpa de una barba recortada y bien peinada. Algo de unas manos curiosas en sus piernas desnudas, un bulto inquietante debajo de un pantalón de vestir oscuro y sus propios dedos rápidos liberándolo entre gemidos, también pululaban por su mente.

Quería no recordar las sensaciones posteriores, pero no podía olvidarlas. Lo que no recordaba era como habían llegado a ese rincón de la playa oscura para besarse y tocarse de esa manera tan descarada. Su huida y las carcajadas del hombre llamándola cobarde y hermosa, todavía sonaban en su mente. Así como el «feliz Navidad» que le había gritado antes de perderlo de vista.

Tony entró a la habitación 1312 con la ansiedad a flor de piel. Estaba encantado con la seductora mujer que había conocido.

La noche anterior le había prometido una noche de placer. Habían sido sus palabras, un poco intoxicadas por el alcohol debía reconocerlo, aun así, había cumplido.

Cerró los ojos para recordar.

—¿Qué hacemos aquí? —Había susurrado ella sobre sus labios, y lo había encendido peligrosamente. Estaba al borde de su resistencia con solo ese roce. Cómo olvidarlo.

—Cumpliendo promesas. Tu no querías hacerlo en tu cuarto ni en el mío y me prometiste una noche de pasión.

—Sí, eso quiero —había respondido gimiendo, mientras él le besaba el cuello y ese maravilloso escote.

No había sido difícil levantarle la falda y retirar su ropa interior hacia un lado para entrar en ella tan profundo como se lo había permitido. Las enormes rocas, aun tibias, habían hecho las veces de lecho. La había escuchado gemir y rogar por más. Y con su entrega lo había hecho jadear y gruñir como un toro bravo.

«Es una mujer sabia, su cuerpo es poderoso, sus técnicas eficientes y ni hablar de su táctica», recordó pensar al verla disfrutar sin culpa de todo lo que hacían. Toda una bomba a punto de explotar en sus brazos llevándolo al mismo destino. Lo había acorralado en el límite en dos oportunidades, dejándolo con una urgencia latente mientras ella sonreía con sensualidad. Había sido exigente, pero generosa. Sus labios hambrientos habían paseado por su boca, su cuello, su pecho velludo, su abdomen y su sexo. Cada parte de él había sido rozada por esos labios carnosos.

Él no había sido menos, había aprovechado su descomunal deseo para enseñarle lo que era capaz de hacer con su cadera y sus manos. Definitivamente ella se había convertido en una ardiente amante entre sus piernas. Los pechos de esa mujer habían sido el detonante perfecto que, al compás de los movimientos de ambos, habían danzado un tango sensual ante sus ojos y lo habían hipnotizado hasta hacerlo explotar después de ella.

Abrió los ojos y se miró la entrepierna. Marga, ahora sabía su nombre, lo

tenía otra vez soñando despierto.

Se quitó la ropa y entró a la ducha con la esperanza de su visita. Necesitaba confirmar su idea de que esa mujer en una cama, desnuda y encendida, podía ser la gloria. Ahora dependía de ella aceptar la invitación o no.

Marga se probó por tercera vez el mismo vestido y todavía no se decidía si le gustaba más el verde o el negro. Uno dejaba sus piernas a la vista, pero el otro tenía unos finos breteles que dejaban adivinar que debajo no había nada más que piel y, a juzgar por la reacción de Tony ante sus pechos desnudos...

—Sí, el verde será —dijo acomodando lo que había que acomodar y calzándose unos zapatos a tono.

La campanilla del ascensor sonó sobresaltándola. Todavía no estaba segura de hacer lo correcto. Se miró en el espejo de la pared del fondo mientras el aparato descendía silenciosamente. Lo ruidoso eran sus pensamientos que gritaban todos juntos en una encarnizada lucha interna. Decidió ignorar algunos y aceptar otros.

Tomó asiento en la primera mesa vacía y llamó al camarero.

Tony volvió a mirar la hora. Ya no sonreía. Estaba furioso. No era su orgullo el mancillado, no lo había involucrado esta vez, sin embargo, sí su deseo. Esa mujer era demasiado hembra como para no aprovechar la oportunidad de volver a tenerla entre sus piernas. Suspiró ruidosamente, el sonido que salió de su garganta fue casi un gruñido, y con un golpe de puño en el respaldo del sofá salió de la habitación.

La campanilla del elevador le avisó de su llegada, la puerta se abrió y la imagen lo obnubiló.

—¡Guau! —exclamó mientras repasaba con la mirada toda la belleza de

Marga—. Iba a buscarte.

—No venía hacia aquí —dijo ella, y era cierto. Después de su copa de vino estaba lista para irse a dormir. Había creído prudente no aceptar la invitación de un desconocido a su habitación, por más buen mozo que este fuera.

Tony trabó las puertas que amenazaron con cerrarse en sus narices. No permitiría otra huida, podía actuar como el hombre de las cavernas que no era, ante semejante desafío.

En un paso largo y seguro entró al cubículo, tomó a Marga por detrás del cuello y estampó sus labios en los de ella. La espalda de la mujer golpeó contra la pared de acero y todo el cuerpo de él se pegó al de ella. Sin mirar apretó todos los botones del tablero, alguno debía funcionar.

La campanilla volvió a sonar. Apenas la escuchó, el gemido de Marga era un sonido más bonito para prestarle atención. La mano libre fue a caer directamente en la cintura de la mujer que lo estaba volviendo loco con sus ruidos y sus mordiscos. Por fin había cedido y revolvía su pelo con ambas manos. Le encantaban esos bruscos movimientos. Dio varios pasos hacia atrás, llevándose el cuerpo dócil de ella entre sus brazos.

Marga no estaba dispuesta a dejarse dominar. En un descuido empujó a Tony y lo pegó a la pared sin separar su boca de la de él, no era necesario semejante sacrilegio. Con hábiles dedos desprendió la camisa del moreno y acarició toda la piel que pudo mientras éste jadeaba sin control y amasaba su trasero con fuerza.

La excitación de ambos era un hecho. El pantalón de Tony lo demostraba y la ropa interior de ella, seguramente también.

—Vamos a mi habitación. —El susurro de esa voz ronca y sugestiva repercutió en la entrepierna de Marga y le aflojó las rodillas.

No hubo tiempo de llegar a la cama, tampoco al sofá. La pequeña mesa estaba más cerca.

Las manos de Tony levantaron el vestido de Marga lo suficiente como para quitar la ropa interior.

Las manos de Marga fueron lo competentemente diestras para hacer desaparecer el pantalón y bóxer de Tony.

Se miraron a los ojos en el mismo momento que él entraba en ella y ella lo recibía.

—Feliz Navidad.

—Feliz Navidad.



Compañeros de trabajo.

Sandy volvió a echar un vistazo hacia su izquierda y maldijo en voz baja. Eric se había dado cuenta de que ella lo miraba y era justo lo que no quería. Eso de tener los puestos de trabajo tan cerca no era bueno, nada bueno. Tal vez lo había sido antes, no ahora.

Cerró los ojos y tomó coraje, le daba... No sabía qué, pero algo le daba; quizás vergüenza, bronca... (o las dos cosas) pasar cerca de Eric y que él ni siquiera se dignara a levantar la vista o regalarle una sonrisa, tal vez hueca, no importaba, aun así, sería un gesto distinto a la indiferencia. Esa que ya le dolía demasiado.

Se puso de pie, dio dos sonoros pasos con sus tacones altísimos e inspiró profundo. ¡Qué duro era mantenerse alejada de la persona que amaba!

Se había enamorado estúpidamente jugando un juego que sabía que era peligroso. El coqueteo no les había alcanzado y lo habían llevado más allá. Habían terminado enredados en una cama, claro que, después de devorarse a besos en la sala de copadoras, y de tocarse sin vergüenza alguna en el ascensor aquel día de horas extras inventadas a conveniencia.

Ella no tenía la culpa de que Eric fuese un maravilloso besador, por supuesto que no. Aunque tenía la culpa de querer corroborarlo por segunda vez, después de haberlo sabido de primera mano. Tampoco tenía la culpa de que a él le gustaran los ligeros y las prendas íntimas de encaje, sin embargo, sí era responsable de habérselos mostrado con tanto atrevimiento. Y no tenía ninguna responsabilidad, ella, de que a él le encantaran los mordiscos, la rudeza propia de la pasión desenfadada o alguna que otra nalgada. ¿Cómo alejarse de ese gusto compartido? Acaso, por congeniar tan a la perfección, ¿era también responsable?

No, por supuesto que no.

¿A quién quería engañar? Sí, lo era.

Y lo peor de todo... no tenía derecho a decir nada, porque supo desde el mismo día que se presentó ante esa carita de niño bueno y cabello ondeado y despeinado, ojitos dulces y sonrisa perfecta, que él sería su perdición. Aun así, no había podido evitarlo. Y eso que, para entonces, todavía no conocía nada de su inquietante personalidad, eso había sido poco después.

Sandy reconocía que su propia apariencia era engañosa. Había comenzado a tenerla adrede, para contrarrestar su timidez, una que, por cierto, con Eric no había existido. Sin embargo, tanto había practicado su actitud, que ya se le daba de forma natural actuar como la mujer que no era en realidad. Por ese motivo él había pensado como pensó, que sería una de esas mujeres liberales y modernas que sabían jugar el juego de la seducción y practicar sexo vacío de sentimientos.

¡Vaya equivocación!

—¡Aquí estás, amiga!, por fin te encuentro —dijo Marta. Ambas estaban sirviéndose un café de máquina en el descanso de las escaleras. No pasaron ni dos segundos cuando la mujer notó la tristeza en los ojos de Sandy—. Hey, ¿ahora qué?

—Lo de siempre, Marta. Ya tomé la decisión: voy a renunciar. Es muy difícil seguir así. Duele. Duele mucho.

—Ni se te ocurra llorar —le dijo en tono de advertencia—. Después van a estar mirándote y cuchicheando por los rincones. Ya demasiado lo hacen.

Y era cierto.

Sandy no era una mujer bonita, aunque sí, atractiva, sugestiva, y por eso nadie podía quitar los ojos de ella al verla pasar. Las mujeres tenían cierto recelo; algunas, envidia también. Y los hombres, no todos, aunque sí algunos, le tenían ganas, así decía Marta. Sin embargo, ella solo había aceptado a Eric, el único hombre que había llamado su atención después de separarse de su novio. Eterno y dulce novio que más que pareja había sido un amigo.

El tiempo no había jugado un buen papel en su noviazgo, habían sido muchos años juntos que habían terminado con el poco amor que se tenían y con la escasa pasión que compartían. Se les había agotado la lucha por defender lo indefendible.

«*No nos queremos*», se dijeron un día y se despidieron para siempre. La consecuencia había sido una mudanza y, por necesidad económica, un cambio laboral.

Ahí estaba, en el nuevo trabajo, enamorada como nunca y llorando por los rincones por haber aceptado tener sexo (del bueno y del que disfrutaba

mucho, detalle no menor) con un compañero de trabajo que, además de guapo, era dulce y cariñoso. Bueno, también era simpático, generoso, buen conversador, con gusto para la ropa y los perfumes... también para las flores. Todavía conservaba la que le había regalado una vez, estaba secándose entre las páginas de su libro favorito.

—No voy a llorar —dijo borrando con un dedo la insolente lágrima solitaria que apenas alcanzó a rozar su mejilla.

—Díselo, hazme caso por una sola vez. Díselo. Dile lo que sientes, dile que te duele su indiferencia.

—¿Cómo voy a decirle que me enamoré de él? ¡Por favor, Marta! No quiero su lástima, mucho menos su regocijo masculino.

—No seas necia, sabes que no es capaz de eso.

Sandy se arrepintió de sus palabras, en realidad Eric no era capaz de eso. Él era una buena persona, tan buena, que se había ganado su amor. Y, por no encontrarle defectos, seguía anclado ahí en su corazón desde hacía ya dos meses y cuatro días.

—¡Dios mío! —susurró sorprendida Marta—. Me tengo que ir. Sandy, no olvides que te adoro y que lo que hago es por tu bien. Hola, Eric —dijo escabulléndose, ya se disculparía con su amiga por la encerrona.

Los músculos de Sandy se tensaron todos, ni uno quedó flojo. A su espalda estaba él, podía olerlo, sentirlo... No quería darse vuelta porque mirarlo de cerca era una crueldad. Además, sus manos se elevarían solas hasta esa pequeña y revoltosa hebra de cabello que a veces le tapaba un ojo, sus labios se acercarían a los de él para confirmar la suavidad y su mirada se perdería en el chocolate de los brillantes ojos que seguramente la observarían.

Escuchó el movimiento detrás de ella e intentó no sobresaltarse al sentir la mano de él en su hombro. La esquivó como si le quemase, y es que así lo sentía.

—Perdón, no quise molestarte. Me quiero servir un café —murmuró Eric, y buscó la mirada felina que lo había atrapado un día, para no soltarlo nunca más.

Adoraba la mirada de esos ojos rasgados y que, bien maquillados, resaltaban por ese color verdoso tan poco común: una mezcla de verde y marrón que nunca había visto.

—Claro, sírvete, y no me molestas, es solo que me asustaste —dijo ella sorbiendo de su vasito de plástico. Incómoda era una palabra que no le hacía justicia a su estado—. Te dejo, tengo que ir a trabajar.

—Sandy, espera —susurró Eric, nunca en la vida le había costado tanto pronunciar dos palabras tan sencillas. No obstante, ahora venía lo peor, lo que no

quería escuchar y, aun así, se arriesgaría. Demasiado tiempo pensando le había hecho tomar la decisión de enfrentarla de una vez—. Creo que necesitamos hablar.

—No, no es necesario, Eric. —«Para que me humilles con tus palabras de rechazo, no gracias», pensó ella.

—Sí, sí lo es, al menos para mí. Tengo algo que decir y es importante. Te espero en mi casa esta noche después del trabajo. Por favor, Sandy, no faltes.

—No lo sé.

Eric tomó la mano libre de ella y se la llevó a los labios. Un simple beso seco y silencioso en los nudillos volvió loco al corazón de Sandy. Su cabeza afirmó con un movimiento automático y Eric sonrió de esa manera tan suya: con hoyuelos marcados y dientes visibles, con ojos brillosos y hasta con arruguitas en el entrecejo. A Sandy le encantaba su sonrisa.

—Por favor —repitió él.

Después de eso, Eric la dejó sola otra vez. No necesitaba ningún café. Lo que quería hacer ya estaba hecho, solo restaba esperar a la noche y definir esa tonta situación creada por callar, por no decirse las cosas de frente, por huir... Él las diría, ya nada podía perder.

Se sentó en la silla de su lugar de trabajo, sabía que la vería pasar como aquella primera vez y como cada maldito día. Cerró los ojos y se acomodó el pelo, ella ya no lo hacía, y aunque hubiese querido tener el valor de cortárselo para no recordarlo, no lo había hecho, tal vez por nostalgia. «Tonto», se dijo en silencio. El mechón de cabello de su frente volvió a revelarse cubriendo su ojo y robándole una sonrisa melancólica.

Se concentró en el sonido armonioso de los tacones, que hoy eran negros, sencillos, como lo era su falda ajustada. Su meneo de cadera era sensual, lento, brutal. Las piernas eternas la hacían lucir más delgada de lo que realmente era. Hasta no verla desnuda no hubiese imaginado ese cuerpo de sirena muy bien oculto entre la ropa.

Recordaba el primer día que la había visto como si hubiese sido ayer nomás. El mismo taconeo lento, aunque aquella vez sus zapatos eran rojos. Llevaba falda gris y blusa blanca, nada especial, ni el delgado cuerpo lo era; tal vez sí su altura y ese caminar presuntuoso que la caracterizaba; o su cintura ceñida y tan pequeña como la de una muñeca. No obstante, todo lo demás era un espectáculo, sus pechos firmes, altos y erguidos; el cuello largo y elegante; el corte de cabello muy, muy corto y engominado, renegrado y brillante; y su rostro... ¡vaya rostro! Original, exótico; con ojos rasgados y maquillados exacerbando la forma y ese extraño color que hipnotizaba; nariz larga y fina, muy personal y a juego con los pómulos marcados; y la boca, grande, pulposa,

roja; tanto como los zapatos. Recordó la indiferencia, casi arrogancia diría, en los hombros rectos y en la postura firme, que susurraba en cada paso: *mira que poco me importas*.

Sonrió al recordarlo y negó con la cabeza, ¡cuánto se había equivocado! En todo. Ella no era arrogante, era tímida y esa actitud de *femme fatal* era un disfraz ante su inseguridad de ser la nueva, la observada y juzgada por desconocidos.

Volvió a mirarla, ya estaba sentada y con las piernas cruzadas con elegancia, como siempre. Reparó en sus manos, sin decoración alguna, solo el esmalte rojo que usualmente tenía y ese detalle único y, según su opinión, divino: un falso brillante adherido en la uña del dedo meñique de cada mano.

Ella era todo estilo, *glamour* y elegancia. Toda una mujer de pies a cabeza; una que no era hermosa, que era simplemente ella, con sus singularidades y con sus defectos y virtudes. Todo ese maravilloso conjunto de excentricidades lo había enamorado hasta el tuétano. Y eso solo sin pensar en ese largo cuerpo tendido en una cama, sediento de placer, húmedo de deseo, tenso de goce y atrevido ante la lujuria.

Solo una vez había adorado cada curva de esa anatomía y le había bastado para enloquecer. Estaba perdido... Ya una vez había amado con la misma intensidad, o parecida, sabía lo que era sentir el ahogo al llegar al éxtasis oyendo sus roncros gemidos, conocía la sensación de plenitud ante el abrazo con piernas incluidas y había disfrutado de sonrisas pícaras, miradas cómplices, palabras de doble sentido, insinuaciones mudas... Todo eso que había disfrutado ya no estaba, lo había vuelto a perder. Esta vez porque era un cobarde.

Se tomó el cabello con ambas manos, con los codos apoyados en la mesa de trabajo y la cabeza baja, suspiró y jaló furioso con los puños apretados. Tenía miedo al rechazo, había tenido uno muy doloroso, tanto que lo había marcado a fuego y había hecho de él un amante despreocupado y libertino. Hasta el día en que Sandy lo había mirado y le había susurrado, con esa particular voz ronca, un simple «Hola, soy nueva».

Lo había fascinado, y cohibido, aunque eso no lo había acobardado.

Probó de todas maneras eso de seducirla como si fuese una presa a cazar. Se le daba bien, lo sabía. No se reconocía buen mozo, pero su apariencia de niño bueno le daba un empujoncito a su verborragia y simpatía. Aunque, si tenía que ser sincero, ella lo había cazado primero.

Su seducción lo tenía atrapado desde el minuto cero y esa timidez oculta entre carcajadas y silencios lo volvía loco, porque no le daba pautas de lo que en esa cabecita se maquinaba, eso le hacía pensar y buscar ingeniosas formas de abordarla.

Levantó la mirada hasta su compañera, Marta, ella ocupaba el escritorio de adelante, justo enfrente al suyo. Marta lo miró en respuesta y sonrió. Recordó que, al ver a Sandy con esos tacones, y esa actitud tan altiva, entrar por el pasillo, pensó que a su compañera no le gustaría ni un poco esa mujer. Otra vez había errado su pronóstico. Ya eran tan amigas que parecía que se hubiesen conocido de siempre.

Su radar de personas estaba fallando, definitivamente.

Frustrado, enojado, impaciente y, vaya a saber cuántas otras cosas más, se levantó y caminó hasta el sanitario. Quería soledad, además de irse a su casa y que el tiempo pasara rápido... Tal vez, que ya fuese mañana, pero eso lo daba por imposible. Aunque le encantaría, así saltaría el mal trago de la conversación con Sandy y pasaría casi sin notarlo. Así de esperanzado estaba con ella.

¿Cómo mantener alguna esperanza? si ella no lo miraba, no le hablaba, no le sonreía... Se sentó en un rincón y ahí se quedó con los ojos cerrados, recordando ese primer día.

—Hola, soy nueva —había dicho la mujer con cara de hembra y actitud de gata. Sí, esa había sido su primera impresión y la había confirmado, erróneamente (ahora lo sabía), al escuchar esa voz endemoniadamente sensual, susurrante, ronca y de hablar lento—. Soy Sandy.

—Eric, encantado —no había mentido, estaba encantado, como hechizado.

—Me puedes indicar un lugar cercano para comprar algo de comer, parece que ya todos se fueron.

Ambos miraron a su alrededor y nadie quedaba, todos estaban almorzando.

—En la esquina, saliendo a la derecha y cruzando la calle hay uno. Otro al que solemos ir está a pocas cuadras... —dudó unos segundos y agregó—, creo que a ese camino tengo que mostrártelo, no es fácil de explicarlo con palabras.

Ella no había quitado la mirada de su boca, pudo notarlo, incómodo, por cierto. La electricidad de sus manos era insoportable, le sudaban ante la presencia de ella. ¿Qué tan mal quedaría besarla en ese instante?, se preguntó. Esa boca tentaba demasiado; roja, enorme, sexy, carnosa y sonriente.

—Te tomo la palabra, me gusta variar cada tanto la comida, si no, me aburro —dijo Sandy con una carcajada sincera y nerviosa. Con la intención de dialogar con alguien, lo estaba haciendo con el menos indicado, con el único que le había hecho desviar la mirada más de una vez y el único que le agitaba los latidos del corazón—. ¿Vamos juntos?

—No puedo —respondió Eric, y mantuvo las maldiciones en secreto. Estaba retrasado por haberse distraído toda la mañana mirándole las piernas e

intentando indagar algo sobre ella con algún compañero, y estaba pagando las consecuencias—. Estoy retrasado con algo que tengo que entregar y es urgente.

—Otro día entonces. Fue un gusto conocerte, Eric —Sandy caminó dos pasos y se dio vuelta de golpe casi descubriendo la mirada de él sobre su trasero—. Puedo traerte algo, ¿qué prefieres?

—Cualquier sándwich estará bien y una botellita de agua, gracias. Ten —Eric le extendió unos billetes que ella no tomó.

—No, deja, yo invito esta vez. Me debes —sentenció, y acompañó una sonrisa, que a Eric le pareció ponzoñosa, con un guiño de ojo.

Volviendo al presente, Eric apretó los párpados y se obligó a no seguir recordando, ¿para qué? Para qué recordar esa sensación de electricidad que le recorrió las piernas al verla sonreír (el veneno había entrado en su sistema justo en ese instante), para qué recordar que se puso de pie para seguirla sin importar el trabajo atrasado (pero recuperó la cordura al instante), para qué recordar que su líbido se había puesto alerta imaginando un simple beso de esa boca roja...

Desde ese mismo día se había puesto una meta: una cama y ella encima... de la cama y de él. Meta que, hoy estaba seguro, lo había condenado a sufrir por un amor no correspondido.

Se sentía tan torpe, tan inexperto, tan poco hombre... ¡Demonios!, si hasta ganas de llorar tenía.

Sandy envió un mensaje de texto a su hermano, ya no podría acompañarlo a cenar esa noche. Había decidido aceptar la invitación de Eric para mantener, de una vez por todas, esa conversación pendiente. Dolería, lo sabía, no le gustaba exponerse así y mucho menos con Eric porque, él, no le había prometido nada. Se habían acostado como producto de una mutua atracción, ¿esas habían sido las palabras de Marta?, ya no las recordaba, pero poco importaba. Lo que importaba era que la atracción había mutado en cariño. Amor sonaba demasiado fuerte, demasiado largo y permanente, por eso no usaba esa palabra.

Hermano:

No te preocupes, lo dejamos para mañana. Pero paso por tu trabajo a dejarte algo que mamá me dio para ti.

Fue la respuesta que recibió y envió un «Ok». No necesitaba decir más.

La tarde fue una tortura, Eric la observaba, podía notarlo y su corazón acusaba recibo con unos poderosos y acelerados latidos... Pum, pum, pum... Hasta retumbaban en su cabeza que no dejaba de cavilar y recordar. Odiaba recordar... Cerró los ojos con fuerza para ahuyentar pensamientos, aun así, no

pudo evitarlo.

—¿Ya te aprendiste el camino? —le había dicho Eric una vez que llegaron a ese “otro lugar” para almorzar.

No era un camino complicado de explicar: una cuadra a la derecha, otra a la izquierda, cruzando la calle, media cuadra más y... Sí, era complicado de explicar.

—Creo que sí. Mañana te cuento si me perdí o no.

—Mejor me das tu número de teléfono, por las dudas, ¿no te parece?

Sonrió al recordar la pícara mirada de él al anotar el número en su teléfono móvil, hasta un poco de regocijo vio en el color chocolate brillante de esa mirada.

Desde aquel día había comenzado a enviarle un mensaje o a hacerle una llamada; algo tonto, nada relevante, tal vez una broma o comentario al pasar. Sin embargo, a ella, la sola idea de que él la pensara le había empezado a ilusionar. Eso debería haberle llamado la atención, debería haberla puesto en alerta. En otro tipo de alerta, no en la de la ansiedad y la excitación de verlo, no la de esperar sus miradas, sus gestos atrevidos, sus sonrisas que deberían ser prohibidas, y mucho menos en el tipo de alerta que el cuerpo muestra ante la inminente presencia de un beso.

Un beso... el primero, el mejor. El más sabroso, tan dulce como picante, el más osado, el inexperto, el dubitativo, el más esperado. El que enciende la llama y desencadena las sensaciones placenteras, divinas y a veces imprevistas que erizan la piel y alocan la respiración.

Sonrió de lado y rememoró el cosquilleo intenso en su espalda, justo entre los omóplatos, al recibir ese primer roce suave y sedoso que, de a poco, se transformó en electrizante y atrevido. En escasos segundos, esa fricción convertida en beso intenso, incluyó lenguas curiosas y suspiros que, pronto, se hicieron gemidos bajitos y vergonzosos.

Inspiró profundo, ensanchando el pecho. No, no podía olvidar nada... ni siquiera esa tarde de desvergüenza, dentro del ascensor, cuando la mano de él apretó su trasero por primera vez; ni esos labios atrevidos succionando sus pechos cubiertos por la traslúcida tela de su sostén; o el aliento caliente que quemaba su cuello antes de ser mordido. Todos esos pequeños actos se intensificaron en esa excitante situación prohibida y se convirtieron, con el correr de los días, en pequeños trozos de leño vivo quemando en su memoria.

Ya no podía seguir así... Abrió su casilla de correo electrónico y comenzó a redactar la carta de renuncia, ya vería cuando la enviaba. Tal vez primero necesitaba buscar algún otro trabajo. Su hermano podía ayudar con sus contactos, sí, seguramente. Le pediría el favor y, dependiendo de los resultados,

remitiría su carta al gerente.

Miró el reloj, no faltaba mucho, tan solo cinco minutos que se le harían eternos, por eso y para evitarlo, tomo su bolso para dirigirse a la salida. No tuvo que esperar, allí estaba la figura alta y delgada de su hermano mayor. Traía un paquete entre las manos y una sonrisa enorme, tan enorme como su boca, y la propia. Herencia paterna.

—Mamá dijo que le hagas saber si te gusta, aunque sea con una llamada y no se ofende si lo haces con una visita —le dijo dándole un abrazo fuerte y un beso en la frente después de entregarle el paquete.

—Tiene razón en quejarse, no he tenido tiempo de visitarla. ¿Vienes de allí?

Y la conversación fluyó por unos minutos que ayudaron a Sandy a olvidar su compromiso, al menos, por ese escaso tiempo.

Eric tuvo una corazonada, única y sorpresiva, así como rápido había llegado se había marchado, sin embargo, él no la dejó pasar... ¿Y si se declaraba? Si en vez de disculparse por su indiferencia y por no saber manejar la situación con más adultez, ¿le proponía comenzar a verse con la intención de conocerse? ¿Por qué no?

Sin pensarlo dos veces salió en busca de un obsequio para sorprenderla. Compró un ramo de rosas, de las que a ella le gustaban: amarillas con el borde anaranjado, no lo había olvidado. Escribió la tarjeta de puño y letra en el mismo puesto de flores, no quería que se le borrara de la memoria lo que había pensado.

Con el ramo en mano volvió sus pasos para buscar el coche en el garaje de la empresa y vio lo que no hubiese querido ver. Un hombre abrazaba a Sandy con demasiada confianza y creyó descubrir, en ese instante, el motivo de la ausencia de miradas, sonrisas y coqueteos que ella le había regalado alguna vez.

Echó un vistazo a las flores con resignación. No, no las tiraría, tal vez se las daría a su abuela, a ella le encantaban los regalos.

Se escabulló en el garaje y, rápidamente, también dentro del automóvil. Con suerte ella no lo vería, y con más suerte aun, no iría a su casa. Ya no tenía demasiadas ganas de disculparse y mucho menos de declararse. No todos los días le rompían a uno el corazón.

Debía reconocer su necedad... Se había ilusionado un poco con la sola idea de contarle que se había enamorado de ella, porque lo dijera o no, así estaba: enamorado como un tonto de una mujer exóticamente hermosa y que, con él, era fría y silenciosa.

Llegó a casa en menos tiempo del pensado. Decidió no meterse en la ducha, tal vez ella sí iba, no obstante, no la esperaba... Aunque si tenía que ser

sincero, un huequito de sus pensamientos estaba conservado para la esperanza.

Se puso un pantalón deportivo y una camiseta cualquiera, de ninguna manera se quedaría con el traje puesto. Tiró las flores sin cuidado alguno sobre la mesa de la cocina y mientras pensaba, con el refrigerador abierto, en qué cocinar, sonó el timbre. Cada uno de sus músculos se hizo notar con una tensión dolorosa. Con el rabillo del ojo vio el vino y las dos copas que había dejado preparadas y sonrió con ironía. ¡Se sentía tan tonto...!

El timbre volvió a sonar.

—Voy, voy —dijo caminando lento mientras exhalaba para aflojar los nervios—. Hola, pasa.

—Hola —dijo Sandy, arrepentida. No debería haber ido, no quería verlo. No podía tolerar que estuviese tan guapo y pareciese tan despreocupado mientras ella estaba a punto de sufrir un colapso. No era justo.

—Preparo café, ¿te parece? —Eric necesitaba dejar de temblar, las rodillas no le estaban siendo de ayuda para poder mantenerse en pie. Odiaba las inmanejables sensaciones que ella le producía.

—Si es lo que vas a tomar, acepto. —Eric le sonrió, era tan dulce y sutil. Ella no quería café, notaba tan claro eso, que hasta apostaría lo que no tenía. «¡Al diablo con todo!», se dijo, e intentó probar con la sinceridad.

—La verdad es que pensaba ofrecerte vino.

—Es una mejor idea. —Fue el turno de ella de sonreír.

—Ya vuelvo, ponte cómoda.

Eric caminó hacia la cocina luchando con sus dudas. ¿Qué hacer? La idea original era disculparse y el *plan B* era declararse, ninguno servía ya, y no tenía otro método de acción. Aunque pensándolo bien y, por más que no tuviera ganas, la idea original servía. Sí, y lo haría rápido, la quería fuera de su casa, de su vista, de su olfato... Lejos de sus manos.

Sandy recorrió el departamento con la mirada y cerró los ojos, no quería recordar nada más. Ni las risas ni la guerra de cosquillas ni los besos ni los jadeos y gemidos, nada... sin embargo, ¿cómo no hacerlo?, si en ese mismo sofá había perdido su blusa y el sostén, los zapatos habían quedado debajo de esa mesa baja y el pantalón de él en el respaldo de aquella silla.

—Espero que te guste —dijo Eric interrumpiendo sus recuerdos y sonando más dicharachero de lo que estaba en realidad.

—Seguro que sí —susurró ella, sobresaltada.

Sorbieron un par de tragos sumidos en un silencio bastante incómodo y cuando, por fin, las miradas se cruzaron, Sandy concluyó que su tiempo ahí estaba terminando.

—Bueno, dime.

—Sí... bueno, yo... —Eric maldijo para sí mismo, ella lo afectaba más de lo que podía decir o imaginar—. Mira, yo creo que nos estamos... Que yo me estoy comportando como un tonto y tú, de alguna forma, también.

—Puede ser, pero no te preocupes...

—Sí, me preocupo —la interrumpió, ya había tomado coraje y no quería detenerse—. No te mereces que no te dirija la palabra, me disculpo. No me porté bien. Trabajamos juntos y, si bien no podemos volver el tiempo atrás, sí podemos actuar como los adultos que somos, asumir que lo que hicimos es un hecho y seguir adelante.

—Eric, no te preocupes, de verdad. No te negaré el saludo y evitaré ponerte incómodo. Solo serán pocos días porque me voy de la empresa.

—¿Qué? ¿Por qué? Pero... recién llegas, no hace ni cuatro meses que estás trabajando ahí. —Su corazón latía frenético ante la idea de no verla a diario, de no escuchar su taconeo, de no ansiar una mirada o una sonrisa.

—Tengo mis motivos —respondió ella, y se puso de pie—. En estos días podemos disimular una comodidad que no sentimos, será un esfuerzo pequeño. De todas formas, quiero que sepas que no te culpo, tal vez fui yo la que dejó de hablarte y tú actuaste en consecuencia.

Sandy suspiró creyendo sus palabras, porque sí, tal vez había sido ella y su incapacidad de lidiar con el cariño que tenía hacia él o con la atracción o con la necesidad...

—Sandy, yo... —Eric titubeó, no esperaba semejante golpe.

Ella levantó su mirada y supo al instante que las lágrimas le estaban humedeciendo los ojos, era el momento exacto de retirarse. Levantó su mano para silenciarlo, no quería su disculpa ni una aclaración, nada. Ya de pie, negó con la cabeza y se dirigió a la puerta.

—No te vayas, por favor, Sandy. No te vayas.

Eric estaba intrigado, porque eran lágrimas lo que veía en esos hermosos ojos, no tenía dudas de eso, aunque sí, las tenía sobre el motivo. ¿Por qué lloraba? La tomó de un brazo, ella giró y fue entonces que vio como una gota le caía por la mejilla, también le notó la mirada nublada y los labios apretados. Su corazón se detuvo un instante. Solo quería abrazarla y besarla, contenerla y, por sobre todas las cosas, entenderla.

—¿Por qué lloras?

—Mira, Eric, tú no tienes la culpa, ¿ok? Fui yo la que se ilusionó, la que creyó que podía hacerlo y quien intentó tomarlo como lo que era, algo sin compromiso, aunque no pudo.

—¿De qué demonios estás hablando, Sandy? No entiendo ni una palabra.

Ella bajó la mirada. No podía seguir reflejada en esos ojos inquietos que le recorrían la cara centímetro a centímetro. Le haría caso a Marta, no tenía nada que perder, porque no tenía nada ganado. Se secó un par de lágrimas, inspiró profundo, exhaló y, ya casi sin aire, se aventuró con la verdad.

—No pude hacer que tu compañía, tus besos y esa noche de sexo que tuvimos fueran solo eso. Me ilusioné contigo, no quise, aun así, no pude evitarlo.

—¿Cómo que te ilusionaste...? —Eric no podía creer lo que estaba escuchando y por ese mismo motivo, dudaba de estar haciéndolo bien. Quería frases más claras, palabra por palabra—. Aclárame, porque no creo entender.

Estaban cerca, muy cerca uno del otro. Eric le secó otra lágrima y ella sorbió con la nariz aspirando su olor.

—No voy a decir nada más, no quiero ser tan patética... Me voy.

—No, no, no. Deja que te dé un vaso de agua y... espera ¿sí? Voy a buscar un vaso de agua.

Ya en la cocina sonrió nervioso. Tenía tanto miedo de haberla malinterpretado... aunque estaba seguro que las palabras que ella había dicho eran claras. Ilusionado... ¿Ilusionado cómo? ¿Cuánto? ¿Lo quería?

—Eric, no quiero agua, mejor me voy —Sandy ya estaba de pie a su espalda y pudo ver el ramo de flores abandonado que descansaba sobre la mesa.

—No voy a permitir que te vayas ahora, Sandy.

No lo vio venir, no pudo impedirlo tampoco. Eric le tomó la cara con ambas manos y besó sus labios de una forma tan suave que apenas lo sintió. Sus ojos anclaron en los de ella y estaba ¿sonriente...?

Sandy no entendía nada. Tampoco le importaba, estaba demasiado concentrada en no dejarse llevar, en no besarlo ni acomodarle ese rebelde mechón de cabello que le ocultaba parte de uno de sus ojos. Se alejó como si su contacto doliera y negó con la cabeza, no era capaz de salir indemne de un encuentro apasionado con él, ya no. Fue entonces que reparó en las rosas y en la tarjeta en la que pudo leer su nombre.

Un solo paso la acercó a la mesa y con dedos temblorosos tomó el sobre.

Las lágrimas le cayeron como si de una catarata se tratase y con una mano se tapó la boca para no dejar escapar el grito histérico que tenía atragantado.

—Iba a decírtelo, pero te vi abrazada a un hombre en la puerta de la empresa.

—Mi hermano mayor —susurró entre hipidos, y levantó la mirada buscando respuestas.

—Tenía que ser hoy, quería que lo supieras hoy —dijo Eric al entender todo, y la abrazó por la cintura, ya no podía frenar sus labios sedientos de los de

ella—. Te quiero.

No hubo más palabras. El tiempo transcurrió entre miradas y caricias, tal vez fueron solo segundos, aun así, parecieron eternos.

—Cuando me dí cuenta de la fecha que era supe que tenía que hacer algo con esto que siento. Al principio no quería hablarte de mi amor, solo quería disculparme y volver a ser amigos o, al menos, buenos compañeros de trabajo. Después se me ocurrió lo de las flores, pero te vi con...

—Mi hermano mayor —repitió ella en un susurro apenas audible, y extendió una mano, por fin ese cabello suave estaba entre sus dedos y lo acarició como solía hacerlo. Eric cerró los ojos y asintió con la cabeza.

—Sí, con él.

Dejaron de luchar contra las dudas y se unieron en un beso desgarrador que gritó su amor. Eric la pegó a su cuerpo. Sandy suspiró como respuesta y le apretó los hombros. Las manos de ambos tocaron sin límites todo lo que pudieron hasta que las caricias no alcanzaron.

Él la sentó en la mesa y ella enredó sus piernas en la cadera masculina que ya hacía sentir su necesidad. Estaban siendo testigos de lo bien que sus cuerpos se atraían y se entendían. Esa sincronización había sido, aquella única vez, el fin de los dos como amantes y los había convertido en enamorados. Sentir como reaccionaban uno al otro, como sus pieles se encendían por el roce, como sus labios descubrían pequeños puntos sensibles, como sus manos sabían dónde tocar y de qué manera, era perfecto.

Sandy le mordió el cuello y él sonrió ante su propio estremecimiento. Esa sonrisa maravillosa determinó la aparición de la de ella, más sensual y provocativa. En pocos minutos estuvieron a medio desnudar, solo quedaba la ropa que no estorbaba.

Eric bajó por el largo cuello femenino, mordiendo, lamiendo y besando, hasta llegar a los pechos ansiosos, que Sandy misma acariciaba. A él le encantaba que ella fuese tan pasional y tan vulnerable al deseo. Se transformaba en esa gata en celo que había imaginado una vez, pero solo en la intimidad, solo para él. Ante la primera succión en las cimas ardidas, las uñas rojas se clavaron en su cuero cabelludo y sonrió al escuchar un gemido.

—Te extrañé, preciosa.

—No hables y sigue —dijo ella, entre risas y gozo.

—Que ansiosa has venido.

Los tacones de ella se clavaron en los glúteos de él, los dientes de él en el hombro de ella, las uñas filosas le arañaron la espalda y los dedos robustos y masculinos apretaron la cadera femenina.

Eric se hundió en ella con decisión, con anhelo, casi sin poder creer tener

esa posibilidad. Sandy lo recibió echando la cabeza hacia atrás y exponiendo sus senos, a medio desnudar, a la libidinosa mirada de su, ahora, amor declarado.

—Me gustas..., me gustas muchísimo.

—Y tú a mí —aseguró ella, haciendo sonar un chasquido con la mano abierta sobre el trasero masculino.

La cadera de él actuó en respuesta golpeando duro contra la de ella.

No importaba cuán incómodos estuvieran, el deseo reclamaba el éxtasis final.

Era pasión desenfadada, teñida de nostalgia e incredulidad. Ninguno supuso semejante final, por el contrario, esperaban una despedida triste y dolorosa. Por suerte la realidad superaba toda expectativa.

Las respiraciones sonoras calentaban la piel del otro con el aliento; el sudor corría libre, gota a gota, por cada hueco. Una nueva e insatisfactoria estocada los hizo gruñir, querían más del otro, lo querían todo.

Sandy se recostó en la mesa, Eric la acercó más a su cuerpo. Estar más pegados era imposible. Ella se acarició al ritmo del movimiento de las embestidas, él no podía alejar la mirada de semejante espectáculo. Le abrió más las piernas, estaba al límite.

Ella era fuego, era sexo salvaje, era pasión pura, pero después... Adoraba el *después*. Una ternura infinita se desprendía de la mirada verdosa y, los besos más dulces que jamás haya probado, los recibía en ese *después*.

Los músculos de Sandy se tensaron, los dedos de los pies se doblaron, el gemido enmudeció y la respiración se anuló; el desenlace era arrollador. Segundos de puro placer.

Eric no paró nunca de arremeter y golpear, no estaba en condiciones de hacerlo, porque ella alimentaba sus ganas con todos esos gestos y sonidos. Varios jadeos, gemidos y palabras ardientes después, Eric se entregó por fin y se vació en ella, con fuerza y entrega.

Retomaron la calma abrazados. Una calma que sería corta, sin embargo, necesaria.

Sandy se mantuvo apretada al cuerpo caliente de Eric y él la apretujaba besando su cabeza y frente.

Apenas podían creerlo. Estaban juntos, habían hecho el amor... Ella levantó la vista y se encontró con la de él.

—Hola.

—Hola.

Las manos masculinas, fuertes y grandes, atraparon la cara de ella y entonces sonrieron. Por fin podían hacerlo.

—Quiero leer otra vez la tarjeta —susurró Sandy, y después le besó el

pecho desnudo.

—Claro, es tuya.

No les importaba que tan desalineados estaban. Ella tenía la falda arrugada en la cintura, la blusa abierta y el sostén desabrochado, un zapato puesto (el otro quién sabe) y el maquillaje corrido. Él se había bajado el pantalón y el bóxer, ambas cosas seguían sobre sus pies, la camiseta había caído por ahí sobre el suelo y le ardían los hombros que seguramente estarían arañados.

Con los ojos brillando de amor le entregó las flores, como si de un acto solemne se tratase. Ella las recibió con una actitud de joven tímida y sorprendida que a Eric le disparó la imaginación... y el deseo.

Hoy es el día de San Valentín, el día de los enamorados. Mi día.

Solo te pido una oportunidad, volvamos a empezar.

Te quiero, Sandy.

Eric.

—Yo también te quiero —susurró ella segundos después.

Hizo lo imposible por retener ese par de lágrimas que la amenazaban. Eran de desahogo y de liberación, ya no de dolor.

—Feliz día de los enamorados, Sandy.

—Feliz día de San Valentín, Eric.



Nota de la autora:

Si te ha gustado la novela / libro me gustaría pedirte que escribieras una breve reseña en la librería online donde la hayas adquirido (Smashwords, iBooks, Amazon, etc.) o en cualquiera de mis redes sociales. No te llevará más de dos minutos y así ayudarás a otros lectores potenciales a saber qué pueden esperar de ella.

¡Muchas gracias!



Para ponerse en contacto con Ivonne:

[Website](#)

[Perfil de Facebook](#)



Biografía de la autora:

Escribe con un seudónimo. Ivonne Vivier, no es su nombre real.

Es argentina, nació en 1971 en una ciudad al noroeste de la provincia de Buenos Aires, aunque actualmente reside en Estados Unidos. Está casada y tiene tres hijos adolescentes.

Como madre y esposa un día se encontró atrapada en la rutina diaria y se animó a volcar su tiempo a la escritura.

Desde entonces disfruta y aprende dándole vida y sentimientos a sus personajes a través de un lenguaje simple y cotidiano y lo que comenzó como una aventura, tal vez un atrevimiento, hoy se ha convertido en una pasión y una necesidad.